

Primera edición en francés, 1841
Primera edición en español, 1986

CLASIF. DC103M5318
ADQUIS. 28570
FECHA 17-03-87
PROCED. F-C-E
1544



CENTRO DE ESTUDIOS
LITERARIOS

Título original:
Jeanne d'Arc

D. R. © 1986, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S. A. de C.V.
Av. de la Universidad 975, 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-2232-4

Impreso en México

Introducción

Un día entré en la casa de un hombre que mucho había vivido, hecho y padecido. En la mano tenía un libro que acababa de cerrar, y parecía sumido en el ensueño; no sin sorpresa vi que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Por fin, al salir de su ensimismamiento, dijo: “—Está, pues, muerta! —¿Quién? —La pobre Juana de Arco.”

Tanta es la fuerza de esta historia, tanto su imperio sobre el corazón, su poder para arrancar lágrimas. ...Bien dicha o mal contada, sea joven o viejo el lector, esté o se considere templado por la experiencia, endurecido por la vida, le hará llorar.

Hombres, no se sonrojen, no se avergüencen de ser hombres. Ésta es una hermosa causa. Ningún duelo reciente, ningún acontecimiento individual tienen derecho a conmover más a un corazón bueno y digno.

La verdad, la fe y la patria han tenido sus mártires, y en gran número. Los héroes tuvieron sus devociones; los santos, su pasión. El mundo ha admirado, y la Iglesia ha rezado. Esto es algo diferente. No hay aquí canonización, ni culto, ni altar. No se ha rezado, pero se llora.

FL 28570

Ésta es la historia.

Una niña de doce años, una jovencita, al confundir la voz de su corazón con la voz del cielo, concibe la idea extraña, improbable, absurda, si se quiere, de llevar a cabo lo que los hombres no pueden ya hacer: salvar a su país. Acaricia esa idea durante seis años sin confiársela a nadie; nada le dice tan siquiera a su madre, nada a ningún confesor. Sin apoyo alguno de sacerdote o de parientes, camina sola con Dios todo ese tiempo en la soledad de su gran designio. Espera cumplir dieciocho años y entonces, inmutable, lo ejecuta a pesar de los suyos y a pesar de todo el mundo. Atraviesa la devastada y desierta Francia, los caminos infestados de bandidos; logra que la acepten en la corte de Carlos VII, se lanza a la guerra, y en campos nunca vistos, en los combates, nada la asombra; con intrepidez se arroja en medio de las espadas; herida siempre, descorazonada nunca; a los viejos soldados los calma, a todo el pueblo lo arrastra y éste con ella se convierte en soldado, y nadie osa ya tenerle miedo a nada. ¡Todo está salvado! La pobre muchacha, con su pura y santa carne, con ese delicado y tierno cuerpo, ha embotado al hierro, roto la espada enemiga, cubierto con su seno el seno de Francia.

La recompensa es la siguiente. Entregada por medio de la traición, ultrajada por los bárbaros, tentada por los fariseos que en vano tratan de apoderarse de ella con sus palabras, resiste a todo en ese último combate, se supera a sí misma y lo manifiesta con palabras sublimes que eternamente harán llorar... Abandonada tanto por su rey como por el pueblo al que ella ha salvado, regresa al seno de Dios a través del cruel camino de las llamas. No por ello ha dejado

de fundar, en el cadalso mismo, el derecho de la conciencia, la autoridad de la voz interior.

Ningún ideal que el hombre haya podido haberse hecho se ha acercado a esta muy cierta realidad.

No se trata aquí de un doctor, de un sabio experimentado en la vida, de un mártir fortificado por sus doctrinas que acepta la muerte por ellas. Se trata de una muchacha, una chiquilla que no tiene más fuerza que su corazón.

Acepta y padece el sacrificio; la muerte no es pasiva. Es una entrega deseada, premeditada, preparada desde hace mucho tiempo; una muerte activa, heroica y perseverante, de herida en herida, sin que nunca la descorazone el hierro, hasta la espantosa hoguera.

Su ignorancia sublime que hizo callar toda ciencia en su última prueba, y volvió mudos a los doctores, es finalmente un rasgo único ante el cual todo se borra. Los verdaderos sabios y los sabios de corazón no dirán aquí como Moisés: "Dios ha pasado... Lo vi pasar." Dirán: "Helo aquí... Esta luminosidad es la mirada de Dios."

¡Misterio que nos confunde! ¿Cómo conoceríamos la fuente si no la hubiese revelado ella misma?

Cuando a esta sencilla muchacha, que no había hecho más que coser e hilar para su madre, le preguntaron cómo se le había ocurrido volverse parecida a un hombre a pesar de los mandamientos de la Iglesia, cómo había hecho el esfuerzo (ella, tan tímida y ruborosa) de irles a hablar a los soldados, conducirlos, ordenarles, reconvenirlos; obligarlos a combatir...

Sólo dijo estas palabras:

"La *piedad* que daba el reino de Francia."

¡Conmovedor secreto de mujer! Fue en ella tan grande la piedad que ya no tuvo piedad de sí misma, que hizo ese soberano esfuerzo de arrancarse a su naturaleza; sufrió tanto por los males de los demás, y tan tierna fue, que por eso se volvió intrépida y arrojó todos los males.

Se comprenderá mejor todo eso si, desde el elevado punto en que nos sitúa su leyenda, aceptamos descender; si observamos por un momento la sombría y siniestra época, el mundo de profundo fango del cual surgió la extraordinaria aparición. Pero, ¿cómo puede un momento dar la idea de la continuidad eterna, de una guerra sin fin, sin finalidad y sin idea?

Cuando de los nobles historiadores del siglo XIV se cae en el bárbaro y grosero cronista que inicia el XV (el burgués de París), se siente pesada la caída; se penetra en la agobiadora materialidad, en un mundo miserable y ruin, que sólo experimenta una cosa: el hambre. Ese triste cronista sólo se inquieta por el precio de las mercancías, por saber si podrá llenarse; el pan está caro, han faltado las legumbres, los viñedos se han helado, etc. El granero, del país, la Beauce, ya sólo es una selva. La miseria, las epidemias han matado cien mil almas en París. Por el contrario, otros habitantes llegan por la noche, los lobos, insolentes, impúdicos, sin temerle ya a nada. En medio de sus aullidos, fúnebres gritos de agonizantes se exhalan en las largas noches de invierno: “¡Me muero de hambre!, ¡de frío!” Unos veinte o treinta niños a orillas de los cotos, sin padres, sin atenciones ni cuidados, acostados en la basura, buscando su vida en el muladar...

¡Mundo de condena! El labriego, saqueado hasta

la ruina, deja ahí todo, abandona mujer e hijos; que se mueran de hambre si quieren. Se lanza al bosque y se convierte en bandido, tomando por amo y capitán al diablo, único rey visible de una tierra maldita.

¡Ay! ¿Dónde está Dios? Y, entre tantos muertos, ¿está también la piedad muerta?

Vivía en el corazón de una mujer.

En esas palabras ingenuas, de acento profundo, se revela por entero ese corazón:

“La piedad que daba el *reino de Francia*.”

“Nunca he visto *sangre de franceses* sin que se me pusieran los cabellos de punta.”

Y además (cuando no le advirtieron que había una batalla): “¡Malvados, no me van a decir, pues, que se ha derramado *la sangre de Francia!*”

Es la primera vez que se dicen esas palabras que van al corazón. Por primera vez, se siente a Francia amada como una persona. Y en ella se convierte a partir del día en que es amada.

Era hasta entonces una reunión de provincias; un vasto caos de feudos, gran país, de idea vaga. Pero, a partir de ese día, es una patria por la fuerza del corazón.

¡Hermoso misterio! ¡Conmovedor, sublime! Cuando el inmenso y puro amor de un corazón joven abrazó todo un mundo, le dio esta segunda vida, la vida verdadera que sólo da el amor.

Cuando era niña, amaba todo, dicen los testigos de su tierna edad. Incluso amaba a los animales; los pájaros se sentían en confianza con ella hasta llegar a comer en su mano. Amaba a sus amigas, a sus parientes; pero, sobre todo a los pobres... Ahora bien, el más

pobre de los pobres, la persona más miserable y la más digna de piedad, era Francia en ese momento.

¡Amó tanto a Francia!... Y Francia, conmovida, empezó a amarse a sí misma...

Se nota desde el primer día en que apareció ante Orleáns. Todo el pueblo olvida el peligro; esa arrebatadora imagen de la patria, vista por primera vez, lo conmueve y lo arrastra; osadamente sale de los muros, despliega su bandera, pasa ante los ojos de los ingleses que no se atreven a salir de sus bastiones.

Franceses, acordémonos siempre que en nosotros la patria ha nacido desde el corazón de una mujer, desde su ternura y sus lágrimas, desde la sangre que por nosotros dio.

Infancia y vocación de Juana

Lo que hace de Juana de Arco una figura eminentemente original, lo que la separa del montón de entusiastas que en épocas de ignorancia arrastraron a las masas populares, es que éstos, en su mayoría, alcanzaron su poder gracias a una rápida fuerza contagiosa. Ella, por el contrario, tuvo influencia gracias a una fuerza inusitada hecha de buen sentido y buen corazón.

Ella cortó el nudo que los políticos y los incrédulos no podían desatar. En nombre de Dios, declaró que Carlos VII era el heredero; lo tranquilizó respecto a su legitimidad, de la cual él mismo dudaba. Ella santificó esa legitimidad llevando a su rey directamente a Reims y tomándoles la delantera a los ingleses en cuanto a la decisiva ventaja de la consagración.

No era raro ver a mujeres tomar las armas. A menudo combatían en los sitios;¹ son testimonio las treinta mujeres heridas en Amiens,² de lo que es testigo Jeanne Hachette. En la época de la Doncella

¹ Los ejemplos serían innumerables. Citemos solamente a las damas de Lalaing (1452, 1581). La segunda defendió a Tournai contra el mayor capitán del siglo XVI, el príncipe de Parma. Reiffenberg, notas de la edición belga (6ª ed.) de Barante, V. 341.

² Véase tomo II de nuestra *Histoire de France*.

y en los mismos años, las mujeres de Bohemia se batían como los hombres, en las guerras de los husitas.³

La originalidad de la Doncella, lo repito, tampoco estuvo en sus visiones. ¿Quién no las tenía en la Edad Media? Incluso en ese prosaico siglo XV, el exceso de sufrimientos había particularmente exaltado los ánimos. En París, nos encontramos con el Hermano Ricardo que sacude a todo el pueblo con sus sermones, hasta tal punto que los ingleses acabaron por expulsarlo de la ciudad.⁴ El carmelita bretón Conecta era escuchado por masas de quince a veinte mil hombres en Courtraí, en Arras.⁵ En el espacio de algunos años, antes y después de la Doncella, todas las provincias tienen sus inspirados. Hay una Pierrette bretona que conversa con Jesucristo.⁶ Hay una María de Aviñón,⁷ una Catalina de la Rochela.⁸ Hay un pastorcito, al que Saintrilles se lleva de su región, con estigmas en los pies y en las manos,⁹ y que en los días santos suda sangre, como hoy día lo vemos en la Beata del Tirol.¹⁰

³ "Et armoient les femmes, ainsi que diables, pleines de toutes cruautés, et en furent trouvées plusieurs mortes et occises aux rencontres" [Y armaban a las mujeres, como diablos, llenas de todo tipo de crueldad, y varias fueron muertas y aniquiladas en los encuentros] Monstrelet, t. IV, p. 366.

⁴ *Journal du Bourgeois de Paris*, t. XV, pp. 119-122 [léase 383-387]. D'Artigny, Voltaire y Beaumarchais creyeron que ese Richard podía haber doctrinado a Juana de Arco. Véase la refutación perentoria de Berriat-Saint-Prix, en su *Histoire de la Pucelle*, pp. 242-243.

⁵ Meyer, *Annales rerum Flandricarum*, f. 271 verso.

⁶ "De Bretagne bretonnant", *Journal du Bourgeois de Paris*, t. XV, p. 134 [léase 411-412], 1430.

⁷ *Notices de mss.*, t. III, p. 347.

⁸ *Procès*, ed. Buchon, 1827, p. 87.

⁹ *Journal du Bourgeois*, t. XV, p. 411 [léase 428] 1430. Jean Chartier, p. 47.

¹⁰ Véase la *Mystique chrétienne* de J. Georres, y los artículos de Guido Goerres en la *Revue de Munich*, Historisch-politische Blaetter, 1839. Por alejado que este punto de vista pueda estar del nuestro, debemos prestar atención a hechos tan curiosos.

La Lorena era, al parecer, una de las últimas provincias en que tal fenómeno hubiera debido presentarse. Los loreneses son valerosos, batalladores, pero con facilidad se vuelven intrigantes y astutos. Si el gran Guisa salvó a Francia antes de perturbarla, no fue por visiones. En el sitio de Orleáns encontramos a dos loreneses y ambos despliegan la graciosa manera de ser de su ingenioso compatriota Callot; uno es el cañonero maestro Juan, quien simulaba muy bien estar muerto; el otro es un caballero que fue apresado por los ingleses, cargado de cadenas y que cuando ellos se fueron, regresó a caballo sobre un monje inglés.¹¹

La Lorena de los Vosgos tiene un carácter más grave, es verdad. Esta elevada parte de Francia de donde por todas partes descienden ríos hacia todos los mares, estaba cubierta de bosques, vastos bosques, tales que los carolingios los consideraron como los más dignos para sus cacerías imperiales. En los claros de esos bosques se levantaban las venerables abadías de Luxeuil y de Remiremont; ésta era gobernada, como se sabe, por una abadesa que era princesa del Sacro Imperio que tenía sus grandes oficiales, toda una corte feudal y hacía a su senescal llevar la espada desnuda ante ella. Esta majestad femenina había tenido durante mucho tiempo como vasallo al duque de Lorena.

Fue precisamente entre la Lorena de los Vosgos y la de las llanuras, entre Lorena y Champaña, donde nació, en Domremy, la hermosa y valiente muchacha que debía llevar tan bien la espada de Francia.

¹¹ *Histoire au vray du siège*, p. 92, ed. 1606.

Hay cuatro Domremy a lo largo del Mosa, en un círculo de diez leguas; tres de la diócesis de Toul, uno de la de Langres.¹² Probablemente, en tiempos más remotos, esas cuatro aldeas eran dominios de la abadía de San Remigio de Reims.¹³ Como se sabe, en los tiempos carolingios, nuestras grandes abadías tenían posesiones mucho más alejadas, incluso en Inglaterra.¹⁴

Esa línea del Mosa era la frontera de Lorena y Champaña, tan dispuesta por el rey y el duque. El padre de Juana, Santiago Darc,¹⁵ era un digno champañés.¹⁶ Juana sin duda se parecía a su padre; no tuvo la aspereza de Lorena sino, más bien, la dulzura de Champaña, la ingenuidad mezclada con buen sentido y finura, como puede encontrarse en Joinville.

Siglos atrás, Juana al nacer habría sido sierva de la abadía de San Remigio; un siglo antes, sierva del señor de Joinville. En efecto, él era señor de la ciudad de Vaucouleurs de la cual dependía la aldea de Domremy. Pero en 1335, el rey obligó a los Joinville a que le cedieran Vaucouleurs.¹⁷ Era entonces el gran

¹² Todavía existe un Domremy, pero más alejado del Mosa.

¹³ Un título de 1090 consigna entre las propiedades de la abadía a Domremy-la-Pucelle. Varin, *Archives administratives de Reims*, p. 242. Después, esa propiedad fue alienada; pero el cuidado de la aldea parece haber permanecido por mucho tiempo a cargo del monasterio de San Remigio (Varin, a partir de D. Martel, *Hist. mss. de Reims*). Ese hecho es más importante de lo que parece. Al haber nacido la Doncella en un antiguo feudo de San Remigio, puede comprenderse mejor porqué la idea de Reims, la idea de la consagración, dominó toda su misión. A Carlos VII sólo lo llamaba *delfín* hasta que fue consagrado.

¹⁴ Véanse entre otras obras, la sabia introducción de Varin, *Archives de Reims*, pp. 23-24 [léase XXIII-XXIV].

¹⁵ Es la ortografía que sigue Jean Hordal, descendiente de un hermano de la Doncella. Hordal, *Johannae Darc historia*, 1612, in-4º. Después de eso no puede sacarse el nombre de la aldea d'Arc.

¹⁶ De Montier-en-Der. — Dicen que un alemán acaba de encontrar el medio de dar a esta familia un ilustre origen italiano.

¹⁷ Carlos V la unió inseparablemente a la corona en 1365. "On voit encore en Champagne, près de Vaucouleurs, de grosses pierres que l'empereur Albert et

pasaje entre Champaña y Lorena, el camino directo para Alemania; no sólo el camino de Alemania, sino también el de las orillas del Mosa, el cruce de los caminos. Era entonces, por decirlo así, la frontera de los partidos; cerca de Domremy había una última aldea del partido borgoñón; todo el resto era partidario de Carlos VII.

Esta frontera entre Lorena y Champaña, había sufrido todo el tiempo cruelmente por la larga guerra entre el Este y el Oeste, entre el rey y el duque, por la posesión de Neufchâteau y las plazas vecinas; después, guerra del Norte contra el Sur, entre los borgoñones y los armañques. El recuerdo de esas guerras sin piedad nunca ha podido borrarse. Todavía, hace poco, cerca de Neufchâteau se mostraba un árbol antiguo de siniestro nombre: *El encino de los partidarios*, cuyas ramas sin duda habían portado muchos frutos humanos.

Las pobres gentes de la frontera tenían el honor de ser súbditos directos del rey, es decir que en el fondo no pertenecían a nadie, no eran apoyados ni manejados por nadie; no tenían como señor, como protector, sino a Dios. En una situación tal, las poblaciones se vuelven serias; saben que no pueden contar con nada, ni con los bienes, ni con la vida. Labran, y es el soldado el que cosecha. En ninguna parte se preocupa más el labriego por los asuntos del país, nadie se interesa más que él; ¡de manera tan ruda siente las mínimas repercusiones! Se informa, trata de saber, de

Philippe le Bel firent planter pour servir de bornes a leurs empires." [En Champaña, cerca de Vaucouleurs, todavía pueden verse grandes piedras que el emperador Alberto y Felipe el Hermoso mandaron poner ahí para que sirvieran como límites a sus imperios.] *Dict. géogr. de Vosgien*, canónigo de Vaucouleurs, ed. 1767. Lebrun de Charmettes, t. I, p. 323.

prever; por lo demás, se resigna, pase lo que pase, se espera a todo, es paciente y valeroso. También las mujeres se vuelven serias; es muy necesario que lo sean entre esos soldados, si ya no por su vida, al menos por su honor, como la hermosa y robusta Dorotea de Goethe.

Juana era la tercera hija de un labriego,¹⁸ Jaime *Darc* o d'Arc, y de Isabel *Roméé*.¹⁹ Tuvo dos madriñas, una de las cuales se llamaba *Juana*, la otra, *Sibila*.

Al hijo mayor le habían dado como nombre *Jaime* al otro *Pedro*... Los piadosos padres dieron a una de sus hijas el nombre más noble de *San Juan*.²⁰

Mientras que los otros hijos iban con el padre a trabajar a los campos o a cuidar a los animales, la madre mantuvo a Juana cerca de ella, ocupándola en coser o en hilar.²¹ No aprendió a leer ni a escribir,

¹⁸ Encima de la puerta de la cabaña que habitó Juana de Arco todavía se ven tres escudos esculpidos: el de Luis XI, quien hizo embellecer la cabaña; el que sin duda fue dado a uno de los hermanos de la Doncella con la denominación "Del Lis" y un tercero con una estrella y tres *rejas de arado*, para expresar la misión de la Doncella y la humilde condición de sus padres. Vallet, *Mémoire adressé à l'Institut historique, sur le nom de la famille de la Pucelle*.

¹⁹ El nombre de Romero-Romera era tomado a menudo en la Edad Media por quienes habían hecho la peregrinación a Roma.

²⁰ Ese nombre también es el de gran número de hombres célebres de la Edad Media: Juan de Parma, supuesto autor del Evangelio eterno, Juan Fidenza (San Buenaventura), Juan Gerson, Juan Petit, Juan de Occam, Juan Huss, Juan Calvino, etc. En las familias que lo daban a sus hijos parecía anunciar una especie de tendencia mística. La elección del nombre tiene particular importancia en todas las edades religiosas (Véanse mis *Origines du droit*), con mucha más razón entre los cristianos de la Edad Media que ponían al niño bajo la tutela del santo del que llevaba el nombre. En el tomo II de la *Histoire de France* (cap. I) yo he hablado del nombre de Juan, y en el tomo IV de la oposición entre Juan y Santiago.

²¹ "Interrogée se elle avoit apprins aucun art ou mestier, dist: Que oui et que sa mère lui avoit apprins à coustre, et qu'elle ne cuidoit point qu'il y eust femme dans Rouen qui lui en sceust apprendre aucune chose. Ne alloit point aux champs garder les brebis ne autres bestes... —Depuis qu'elle a esté grande et qu'elle a eu entendement, ne les gardoit pas...; mais de son jeune aage, se elle les gardoit ou non, n'en a pas la mémoire." [Cuando la interrogaron si había

pero supo todo lo que su madre sabía acerca de las cosas santas.²² Recibió su religión, no como una lección, una ceremonia, sino bajo la popular e ingenua forma de una bella historia de velada, como la fe simple de una madre... Lo que, con la sangre y la leche así recibimos, es algo vivo, y la vida misma.

Sobre la piedad de Juana tenemos un conmovedor testimonio, el de su amiga de infancia, de su cordial amiga íntima, Haumette, tres o cuatro años menor. "Cuántas veces, dijo; estuve en casa de su padre, y me acostaba con ella, como buenas amigas²³... Era una muchacha muy buena, sencilla y dulce. Iba con gusto a la iglesia y a los lugares santos. Hilaba, arreglaba la casa, como lo hacen las demás muchachas... A menudo se confesaba. Cuando le decían que era demasiado devota, que iba mucho a la iglesia, se ruborizaba." Un labriego, al que también pidieron testimonio, añade que atendía a los enfermos, que daba a los pobres. "Yo lo sé bien, dijo, yo entonces era niño y ella es la que me cuidó."

Todo mundo conocía su caridad, su piedad. Sabían bien que era la mejor muchacha de la aldea. Lo que ignoraban era que la vida de las alturas siempre absorbió en ella a la otra, suprimiendo su desarrollo

aprendido algún arte u oficio, dijo que sí y que su madre le había enseñado a coser y que ella no pensaba que hubiera una mujer en Ruán que pudiera enseñarle algo. No iba a los campos a cuidar las ovejas ni otros animales... "—Desde que era grande y tenía juicio ya no las cuidaba..." pero en su tierna edad, no se acuerda si las cuidaba o no.] *Procès*, interrog. del 22 y 24 de febrero 1431, p. 58, 69, ed. Buchon, 1827. Me parece que el testimonio de Juana debe ser preferido al de los testigos del segundo proceso, quienes por otra parte, hablan mucho tiempo después.

²² "Que autre personne que sa dite mère ne lui apprint sa créance". [Que ninguna otra persona aparte de su madre le había enseñado su creencia.] *Ibidem*, interrog. del 22 de febrero, p. 55.

²³ "Stetit et jacuit amorose in domo patris sui." Deposition de Haumette, Proceso ms. de revisión.

vulgar. De alma y cuerpo, tuvo ese don divino de permanecer niña. Creció, se puso fuerte y hermosa pero siempre ignoró las miserias físicas de la mujer;²⁴ fue preservada de ellas en provecho del pensamiento y la inspiración religiosas. Nacida bajo los muros mismos de la iglesia, acunada al sonido de las campanas y nutrida con leyendas, fue ella misma una leyenda, fugaz y pura, del nacimiento a la muerte.

Fue una leyenda viviente... Pero la fuerza de la vida, exaltada y concentrada, no dejó por eso de ser menos creadora. La joven muchacha, sin saberlo, *creaba*, por decirlo así, y *realizaba* sus propias ideas, de ellas hacía seres, y con el tesoro de su vida virginal, les comunicaba una existencia espléndida y todopoderosa que haría palidecer a las miserables realidades de este mundo.

Si *poesía* quiere decir *creación*, allí se encuentra sin duda la poesía suprema. Hay que enterarse de cuáles fueron los pasos para llegar hasta allí, a partir de cuál humilde punto de partida.

Humilde en verdad, pero ya poético. Su aldea estaba a dos pasos de los grandes bosques de los Vosgos. Desde la puerta de la casa paterna veía el antiguo bosque de encinos.²⁵ Las hadas frecuentaban ese bosque; les gustaba sobre todo cierta fuente cerca de una haya enorme que se llamaba árbol de las hadas, de las *damas*.²⁶ Allí los chiquillos colgaban coronas, allí cantaban. Esas antiguas *damas*, dueñas

²⁴ "A ouy dire à plusieurs femmes que la ditte Pucelle... oncques n'avoit eu..." [A varias mujeres les había oído decir que la dicha Doncella... nunca había tenido...] Deposition de su viejo escudero, Jean Daulon. Proceso ms. de revisión.

²⁵ "Que on voit de l'huys de son pere." [Que se ve desde el umbral de la casa paterna.] *Procès*, interrog. del 24 de febrero 1431, p. 71, ed. Buchon, 1827.

²⁶ *Ibidem*, p. 69.

de los bosques ya no podían, se decía, reunirse en la fuente; habían sido expulsadas de ese lugar por sus pecados.²⁷ Sin embargo, la Iglesia continuaba desconfiando de las antiguas divinidades locales; el cura, para expulsarlas, cada año iba a decir misa a la fuente.

Juana nació en medio de esas leyendas, rodeada de esas ensoñaciones populares. Pero junto a ellas, la región ofrecía una poesía completamente diferente, ésta, salvaje, atroz, demasiado real, ¡ay!, la poesía de la guerra... ¡La guerra!, esa palabra sola expresa toda la emoción; sin duda no todos los días hay asalto y pillaje, sino más bien la espera, el toque de alarma, el despertarse en sobresalto, y a lo lejos, en la planicie, el púrpura sombrío del incendio... Estado terrible, pero poético; los escoceses de las tierras bajas, los más prosaicos de los hombres, se han sentido poetas en los azares del *border*; de ese desierto siniestro que parece hasta maldito, sin embargo han germinado en él las baladas, flores silvestres y vivaces.

Juana tuvo su parte en esas novelescas aventuras. Vio llegar a los pobres fugitivos; la buena muchacha ayudó a recibirlos, les cedió su lecho y fue a acostarse al granero. Una vez también sus padres se vieron obligados a huir. Después, al pasar la oleada de bandidos, la familia volvió y encontró la aldea saqueada, la casa devastada, la iglesia incendiada.

Supo así lo que es la guerra. Entendió ese estado anticristiano, tuvo horror de ese reinado del diablo, en que todo hombre moría en pecado mortal. Se preguntó si siempre iba Dios a permitir eso, si no pondría un término a esas miserias, si no enviaría un

²⁷ "Propter earum peccata." Proceso de revisión, deposición de Béatrix.

liberador, como a menudo había hecho para con Israel, ¿un Gedeón, una Judith?... Sabía que más de una mujer había salvado al pueblo de Dios, que desde el principio había sido dicho que la mujer aplastaría a la serpiente. En el pórtico de las iglesias había podido ver a Santa Margarita, con San Miguel, pisoteando al dragón...²⁸ Si, como todo el mundo decía, la pérdida del reino era obra de una mujer, de una madre desnaturalizada, la salvación bien podría venir de una doncella. Era eso precisamente lo que anunciaba una profecía de Merlín; esa profecía, enriquecida, modificada según las provincias, se había vuelto totalmente lorenesa en la región de Juana de Arco. Una doncella de las marcas de Lorena era la que debía salvar al reino.²⁹ Probablemente la profecía se había embellecido así, como consecuencia del matrimonio reciente de Renato de Anjou con la heredera del ducado de Lorena, lo que en efecto, era muy afortunado para Francia.

Un día de verano, día de ayuno, a mediodía, estando Juana en el jardín paterno, muy cerca de la iglesia,³⁰ vio por ese lado una luz deslumbrante y escuchó una voz: "Juana, sé buena y prudente, ve a la iglesia a menudo." La pobre muchacha sintió mucho miedo.

En otra ocasión, de nuevo oyó la voz, vio la clari-

²⁸ Véase Actas de los bolandistas, 20 de julio. Santa Margarita vio aparecer al diablo bajo la forma de un dragón; lo hace huir con el signo de la cruz. Ella se escapa de la casa de su marido *en traje de hombre*: "Tonsis crinibus in virili habitu." *Legenda aurea Sanctorum*, cap. CXLVI, ed. 1489.

²⁹ Esa doncella debería llegar del bosque *pelado*; ahora bien, había un bosque llamado así, a las puertas mismas de la aldea de Juana de Arco: "Quod debebat venire puella ex quodam nemore *canuto* ex partibus Lotharingiae." Deposition del primer testigo de la pesquisa de Ruán. *Notices de mss.*, t. III, página 347.

³⁰ *Procès*, interrog. del 22 de febrero, p. 59, ed. Buchon, 1827.

dad, además unas nobles figuras en esa claridad, una de las cuales tenía alas y parecía un hombre sabio. Le dijo: "Juana, ve a socorrer al rey de Francia, y devuélvele su reino." Toda temblorosa respondió: "Señor, tan sólo soy una pobre muchacha; no sabría cómo cabalgar³¹ ni conducir a la gente de armas." La voz replicó: "Irás a encontrar al señor de Baudricourt, capitán de Vaucouleurs, y él hará que te conduzcan ante el rey. Santa Catalina y Santa Margarita vendrán a ayudarte." Se quedó estupefacta y llorosa como si ya hubiera vislumbrado por entero su destino.

El hombre sabio era nada menos San Miguel, el severo arcángel de los juicios y las batallas. Volvió otra vez, le infundió valor, "y le contó la lástima que causaba el reino de Francia".³² Después llegaron las blancas figuras de las santas, entre innumerables luces, la cabeza ornada con ricas coronas, la voz dulce y enternecedora, como para hacer llorar. Pero Juana lloraba sobre todo cuando las santas y los ángeles la dejaban. "Me hubiera gustado, dijo, que los ángeles me llevaran con ellos..."³³

Si con felicidad tan grande lloraba, no era sin razón. Por bellas y gloriosas que fueran esas visiones, a partir de ellas su vida había cambiado. Ella, que hasta entonces sólo había escuchado la voz de su madre, de la que era eco la suya, ¡ahora escuchaba la poderosa voz de los ángeles!... ¿Y qué quería la voz celeste? Que abandonara a esta madre, a este dulce hogar. Ella, a la que una sola palabra desconcer-

³¹ *Ibidem*.

³² *Procès*, interrog. del 15 de marzo, p. 123, ed. Buchon, 1827.

³³ *Ibidem*, 27 de febrero, p. 75.

³⁴ "Saepe habebat verecundiam", etc. Proceso ms. de revisión, deposición de Haumette.

taba,³⁴ se vería obligada a ir entre la gente, a hablarles a los hombres, a los soldados. Por el mundo, por la guerra, se vería obligada a dejar este pequeño jardín a la sombra de la iglesia donde sólo escuchaba las campanas³⁵ y donde los pájaros comían de su mano. Pues tal era la atractiva dulzura que rodeaba a la joven santa; los animales y los pájaros del cielo se acercaban a ella,³⁶ como antaño a los Padres del desierto con la confianza de la paz de Dios.

Juana no nos ha dicho nada de ese primer combate que sostuvo. Pero es evidente que tuvo lugar y que duró mucho tiempo, puesto que transcurrieron cinco años entre su primera visión y su salida de la casa paterna.

Las dos autoridades, paterna y celeste, ordenaban cosas contrarias. Una quería que permaneciera en la oscuridad, en la modestia y el trabajo; la otra, que partiera y salvara al reino. El ángel le decía que tomara las armas. El padre, campesino rudo y honrado, juraba que, si su hija se iba con la soldadesca, antes la ahorcaría con sus propias manos.³⁷ De una y otra parte, sería preciso que desobedeciera. Ése fue sin duda su mayor combate; a su lado, los que sostuvo contra los ingleses no debían ser más que un juego.

En su familia encontró no solamente resistencia, sino tentación. Trataron de casarla, con la esperanza de devolverla a ideas que parecían más razonables. Un muchacho de la aldea pretendió que cuando ella

³⁴ Tenía una especie de pasión por el sonido de las campanas: "Promiserat dare lanas... ut diligentiam haberet pulsandi." Proceso ms. de revisión, deposición de Périn.

³⁵ *Journal du Bourgeois de Paris*, t. XV, p. 387, ed. 1827.

³⁷ *Procès*, interrog. del 12 de marzo. ed. 1827, p. 97, [léase 100].

era menor le había prometido matrimonio; y como ella lo negaba, la hizo comparecer ante el juez eclesiástico de Toul. Pensaron que no osaría defenderse, que más bien se dejaría condenar, casar. Ante el asombro de todo el mundo, fue a Toul, compareció ante la justicia; habló, ella que siempre había permanecido callada.

Para escapar de la autoridad de su familia necesitaba encontrar en su familia misma alguien que creyera en ella; eso era lo más difícil. A falta del padre, convirtió al tío a su misión. Éste se la llevó consigo, como para que cuidara a su mujer parturienta. Logró de él la promesa de que iría a pedir para ella el apoyo del señor de Baudricourt, capitán de Vaucouleurs. El hombre de armas recibió muy mal al campesino y le dijo que lo único que se debía hacer era regresarla a la casa paterna "bien abofeteada".³⁸ Ella no se desanimó; insistió en partir y fue preciso que la acompañara su tío. Ése era el momento decisivo; dejaba la aldea y la familia para siempre; abrazó a su amigas, sobre todo a su pequeña amiga Mengette, a la que recomendó a Dios; mas, en cuanto a Haumette, su gran amiga y compañera, a la que más quería, prefirió partir sin verla.³⁹

Llegó pues a esa ciudad de Vaucouleurs con sus burdas ropas rojas de campesina⁴⁰ y fue con su tío a alojarse en casa de la mujer de un carretero que le había tomado amistad. Hizo que la llevaran a casa de Baudricourt y con firmeza le dijo que "venía a bus-

³⁸ "Daret ei alapas." *Notices de mss.*, t. III, p. 301.

³⁹ "Nescivit recessum... Multum flevit..." Proceso ms. de revisión, deposición de Haumette.

⁴⁰ "Pauperibus vestibis rubeis." *Ibidem*, dep. de Jean de Metz.

carlo de parte de su Señor, para que le hiciese saber al delfín que se mantuviera y no ofreciera batalla alguna a sus enemigos, porque su Señor iba a darle socorro a mediados de cuaresma... El reino no le pertenecía al delfín, sino a su Señor; no obstante, su Señor quería que el delfín se convirtiera en rey y que tuviera el reino como prenda". Añadió que, a pesar de los enemigos del delfín, éste se convertiría en rey y que ella lo conduciría a su consagración.

El capitán se asombró mucho; supuso que se trataba de algo diabólico. Consultó al cura, quien aparentemente tuvo iguales dudas. Ella no había hablado de sus visiones con ningún eclesiástico.⁴¹ Entonces el cura fue con el capitán a casa del carretero, desplegó su estola y conminó a Juana a que se alejara si había sido enviada por el espíritu del mal.⁴²

Pero el pueblo no tenía dudas; estaba lleno de admiración. De todas partes llegaban a verla. Para ponerla a prueba, un gentilhomme le dijo; "¡Y bien, amiga mía! Entonces es preciso que el rey sea expulsado y que nos volvamos ingleses." Ella se quejó a él del rechazo de Baudricourt: "Y sin embargo, dijo, antes de que sea media cuaresma, es necesario que me encuentre ante el rey, aunque para llegar a él deba desgastarme las piernas hasta las rodillas. Pues nadie en el mundo, ni reyes, ni duques, ni hija del rey de Escocia, pueden volver a tomar el reino de Francia, y no hay otro socorro para él más que el que yo misma le dé, aunque prefiriera quedarme hilando junto a mi pobre madre, ya que ése no es mi oficio; pero es

⁴¹ *Procès*, interrog. del 12 de marzo, p. 97, ed. 1827.

⁴² "Apportaverat stolam... adjuraverat." *Ibidem*, deposición de Catherine, mujer del carretero.

preciso que vaya y lo cumpla, porque mi Señor así lo quiere. —"¿Y cual es tu Señor?"— "¡Es Dios!..." El gentilhomme se sintió conmovido y le prometió "por su fe, con su mano en la de ella, que, conducidos por Dios, la llevaría ante el rey". Otro gentilhomme también se sintió conmovido y declaró que seguiría a esa santa muchacha.

Parece que Baudricourt mandó pedir la autorización del rey.⁴³ Mientras tanto la llevó ante el duque de Lorena que estaba enfermo y quería consultarla. El duque no sacó de ella más que el consejo de apaciguar a Dios reconciliándose con su mujer. No obstante, él la alentó en su empresa.⁴⁴

De regreso a Vaucouleurs, encontró a un mensajero del rey que la autorizaba a partir. La pérdida de una nueva batalla imponía ensayar cualquier medio. Ella había anunciado el combate el mismo día en que tuvo lugar. Las gentes de Vaucouleurs, sin dudar para nada de su misión, contribuyeron para equiparla y comprarle un caballo.⁴⁵ El capitán sólo le dio una espada.

Todavía le quedaba un obstáculo por vencer. Sus padres, alertados de su inminente partida, habían estado a punto de enloquecer; hicieron últimos esfuerzos para retenerla; le ordenaron, la amenaza-

⁴³ Sobre este importante punto compárese Lebrun y Laverdy. Estoy lejos de creer que Juana haya sido *elegida* y *designada*, como algunos dicen, por el bondadoso y valiente Andreas Hofer (Lewald, Tirol, tomo 2, 1835, Munich). Más bien creería que el capitán Baudricourt consultó al rey, y que su suegra, la reina Yolanda de Anjou, se entendió con el duque de Lorena sobre el partido que podían sacar de esa muchacha. El duque la alentó a partir, y a su llegada fue acogida, como veremos, por la reina Yolanda.

⁴⁴ "Chronique de Lorraine" *apud*. D. Calmet, *Preuves*, t. II, p. 6 [léase III, 6]

⁴⁵ "Equum pretii XVI francorum." Proceso ms. de revisión, deposición de Jean de Metz.

ron. Resistió a esa última prueba e hizo que le escribieran rogándoles que la perdonaran.

El viaje que emprendía era rudo y muy peligroso. La región entera se hallaba recorrida por gentes de armas de ambos partidos. No había ya caminos ni puentes, los ríos estaban por desbordarse; era el mes de febrero de 1429.

Irse así, con cinco o seis hombres de armas, era como para hacer temblar a una muchacha. Nunca se hubieran arriesgado una inglesa, o una alemana; la *indelicadeza* de una empresa tal les habría dado horror. Ella no se turbó; precisamente, era demasiado pura para temer algo por ese lado. Se había puesto ropas de hombre, y ya no se las quitó; ese apretado ropaje, fuertemente ajustado, era su mejor salvaguardia. Sin embargo, era joven y hermosa. Pero una barrera de religión y de temor se levantaba alrededor de ella, incluso para aquellos que la veían de más cerca; el más joven de los gentilhombres que la conducían, declara que, cuando se acostaba cerca de ella, nunca tuvo ni la sombra de un mal pensamiento.

Con una serenidad heroica atravesaba todo ese país desierto o infestado de soldados. Ya sus compañeros se arrepentían de haber partido con ella; algunos pensaban que era tal vez una bruja; ya sentían muchos deseos de abandonarla. En cuanto a ella, se sentía tan apacible, que en cada ciudad quería detenerse para oír misa: "No teman, decía, Dios forma mi camino; para esto es para lo que nací." Y añadía: "Mis hermanos del paraíso me dicen lo que tengo que hacer."⁴⁶

⁴⁶ "Sui fratres de paradiso." Proceso ms. de revisión, deposición de Jean de Metz.

La corte de Carlos VII lejos estaba de mostrarse unánime en favor de la Doncella. Esta inspirada muchacha que llegaba de Lorena, y que había sido alentada por el duque de Lorena, no podía dejar de fortificar cerca del rey al partido de la reina y de su madre, el partido de Lorena y de Anjou. A cierta distancia de Chinon fue tendida una emboscada a la Doncella, de la que sólo escapó por milagro.⁴⁷

Era tan fuerte la oposición en su contra, que, cuando llegó, el consejo discutió todavía dos días más para decidir si la vería el rey; sus enemigos creyeron diferir el asunto indefinidamente logrando que la decisión fuera que había que pedir informes en su región. Felizmente, también tenía amigos: sin duda, las dos reinas, y sobre todo el duque de Alençon, quien, recién escapado de manos de los ingleses, estaba muy impaciente por llevar la guerra al Norte para recuperar su ducado. Las gentes de Orleáns, a quienes Dunois desde el 12 de febrero prometía ese maravilloso socorro, enviaron un mensajero al rey recomendando a la Doncella.

Por fin la recibió el rey, en medio del aparato más grande; aparentemente esperaban que se desconcertaría. Eso sucedía en la noche, cincuenta antorchas alumbraban la sala; numerosos señores, más de trescientos caballeros, se encontraban reunidos en torno del rey. Todo el mundo estaba curioso por ver a la bruja o la inspirada.

La bruja tenía dieciocho años;⁴⁸ era una hermosa y

⁴⁷ *Ibidem*, deposición del hermano Séguin.

⁴⁸ En febrero de 1431 declaró: "Qu'elle avait dix-neuf ans ou environ." [Que tenía alrededor de diecinueve años.] *Procès*, interrog. del 21 de febrero, 1431, p. 54, ed. 1827. Veinte testigos hicieron su deposición en el mismo sentido. (Véase el resumen de todos los testimonios en Berriat-Saint-Prix, pp. 178, 179.)

atractiva muchacha,⁴⁹ de elevada estatura y de dulce y penetrante voz.⁵⁰

Se presentó humildemente, “como una pobre pastorcilla”,⁵¹ y descubriendo a primera vista al rey, que a propósito se había mezclado entre el grupo de señores, y aunque al principio sostuvo que no era el rey, ella le abrazó las rodillas. Pero como no estaba consagrado, sólo lo llamaba delfín: “Gentil delfín, dijo, mi nombre es Juana la Doncella. El rey de los cielos te manda decir por mí que serás consagrado y coronado en la ciudad de Reims, y serás teniente del Rey de los cielos que es rey de Francia.” Entonces el rey se la llevó aparte, y después de un momento de conversación entre ambos, hubo un cambio en el semblante de los dos; ella le decía, como después dijo a su confesor: “De la parte del Señor te digo, que eres verdadero heredero de Francia e hijo de rey.”⁵²

⁴⁹ “Mammas, quae pulchrae erant.” Depositiones, *Notices des mss.*, t. III, p. 373. Lebrun de Charmettes quisiera hacer de ella una espléndida belleza. Por el contrario, el inglés Grafton, con gracioso furor declaró: “Elle était si laide qu'elle n'eut pas grand mal à rester pucelle (*because of her foule face*).” [Era tan fea que no le costaba trabajo permanecer virgen.] Grafton, p. 534. - El retrato de Juana de Arco que se encuentra en el margen de una copia del proceso, es tan sólo un borrador hecho pro el ujier. Cf. el facsimilar de los mss. de la Biblioteca real, en la segunda ed. de Guido Goerres, *Die Jungfrau von Orleans*, 1841.

⁵⁰ Philippus Bergam. *De claris mulieribus*, cap. CLVII; según un señor italiano que había visto a la Doncella en la corte de Carlos VII. *Ibidem*. [Lebrun], p. 369.

⁵¹ “Paupercula bergereta...” Proceso ms. de revisión, deposición de Gaucourt, gran maestre de la casa real.

⁵² Decimoquinto testimonio, *Notices*, p. 348. Según un relato menos antiguo, pero bastante verosímil, ella le recordó una cosa que sólo él sabía: Que una mañana en su oratorio había pedido a Dios la gracia de recuperar su reino, si él era el legítimo heredero, si no, la de no perecer ni caer en cautiverio, y poder refugiarse en España o en Escocia. Sala, *Exemples de hardiesse*, ms. francés de la Bibl. real, núm. 180. Lebrun, t. I, p. 180-183 [léanse 379-385]. De las respuestas, por lo demás muy oscuras de la Doncella a sus jueces, parece resultar que esa astuta corte abusó de su candor, y para que confirmara sus visiones, hizo representar ante ella una especie de misterio en el que un ángel llevaba la corona. *Procès*, pp. 77, 94, 95, 102-106, ed. 1827.

Lo que además inspiró asombro y una especie de temor, fue que la primera predicción que se le escapó, se verificó de inmediato. Un hombre de armas que la vio y la consideró muy hermosa, blasfemando a la manera de los soldados, expresó brutalmente su malvado deseo: “¡Ay!, le dijo ella, ¡lo reniegas estando tan cerca de la muerte!” Un momento después, él cayó al agua y se ahogó.⁵³

Sus enemigos objetaban el hecho de que ella pudiera conocer el porvenir, porque podría saberlo por inspiración del diablo. Reunieron a cuatro o cinco obispos para examinarla. Éstos, que sin duda no querían comprometerse ante los partidos que dividían a la corte, transmitieron el examen a la Universidad de Poitiers. En esta gran ciudad había universidad, parlamento, muchas gentes diestras.

El Arzobispo de Reims, canciller de Francia, al presidir el consejo del rey, hizo venir a los doctores, a los profesores de teología, unos sacerdotes, otros monjes, y les encargó examinar a la Doncella.

Ya introducidos y acomodados en una sala esos doctores, la joven fue a sentarse a la orilla del banco y respondió a sus preguntas. Con una simplicidad llena de grandeza⁵⁴ les relató las apariciones y las palabras de los ángeles. Una sola objeción le fue hecha por un dominico, pero era grave: “Juana, dices que Dios quiere liberar al pueblo de Francia; si tal es su voluntad, no tiene necesidad de la gente armada.” Ella no se turbó para nada: “¡Ah, Dios mío!, dijo, la gente armada batallará, y la victoria la dará Dios.”

Otro se mostró más difícil de contentar; era un tal

⁵³ *Notices des mss.*, t. III, p. 348.

⁵⁴ “Magno modo.” Deposition del hermano Séguin, *ibidem*, p. 349.

hermano Séguin de Limoges, lemosín, profesor de teología en la Universidad de Poitiers, "hombre muy agrío" según la crónica. En su francés lemosín le preguntó: "¿Qué lengua hablaba entonces esa pretendida voz celeste?" Juana con algo de vivacidad respondió: "Mejor que la tuya." "¿Crees en Dios?, dijo el doctor encolerizado. ¡Pues bien!, Dios no quiere que se dé fe a tus palabras a menos que muestres un signo." Ella respondió: "No he venido a Poitiers para dar signos o hacer milagros; mi signo será hacer levantar el sitio de Orleáns. Que me proporcionen gentes de armas, pocas o muchas, e iré."⁵⁵

Sin embargo, en Poitiers sucedió lo mismo que en Vaucouleurs; en el pueblo resplandeció su santidad; en un momento todo mundo estuvo de su parte. Las mujeres, damiselas y burguesas, iban a verla a casa de la mujer de un abogado del parlamento, en la que estaba alojada, y regresaban totalmente conmovidas. Incluso iban los hombres; esos consejeros, esos abogados, esos viejos jueces endurecidos, sin creer se dejaban arrastrar, y cuando la habían escuchado, lloraban tanto como las mujeres⁵⁶ y decían: "Esta muchacha ha sido enviado por Dios."

Los mismos examinadores fueron a verla con el escudero del rey, y cuando trataban de reiniciar su eterno examen, haciéndole doctas citas y probando por medio de todos los autores sagrados que no debía creérsele, ella les dijo: "Escuchen, en el libro de Dios hay más que en los de ustedes... No sé ni A ni B, pero vengo de la parte de Dios para hacer levantar el sitio

⁵⁵ *Notices des mss.*, deposición del hermano Séguin, t. III, p. 349.

⁵⁶ "Plouroient a chaudes larmes." [Lloraban a lagrima viva.] *Chronique de la Pucelle*, p. 300, ed. 1827.

de Orleáns y consagrar al delfín en Reims... Sin embargo, antes es preciso que escriba a los ingleses y los intime para que se vayan. Dios lo quiere así. ¿Tenéis papel y tinta? Escribid, voy a dictar⁵⁷...: 'A vosotros Suffort, Classidas y La Poule, de parte del Rey de los cielos, os intimo que os vayáis a Inglaterra⁵⁸...'" Ellos escribieron dócilmente; Juana se había apoderado de sus mismos jueces.

El parecer de éstos fue que podía emplearse lícitamente a la joven, e igual respuesta se recibió del Arzobispo de Embrun al que se había consultado.⁵⁹ El prelado recordaba que Dios había revelado varias veces a las vírgenes, por ejemplo, a las sibilas, lo que escondía a los hombres. El demonio no podía pactar con una virgen; era preciso entonces asegurarse si en efecto ella lo era. Así, la ciencia exasperada, al no poder o no querer dar explicaciones acerca de la delicada distinción entre buenas y malas revelaciones, humildemente se remitía al cuerpo para las cuestiones espirituales, y del misterio femenino hacía depender esa grave cuestión del espíritu.

Las damas decidieron al no saber qué contestar los doctores.⁶⁰ La bondadosa reina de Sicilia, suegra del rey, acompañada de algunas damas, llevó a cabo el ridículo examen, para honor de la Doncella. Los franciscanos, que habían sido enviados a su región

⁵⁷ Deposition del testigo ocular Versailles. *Notices des mss.*, t. III, p. 350.

⁵⁸ Esta carta y las demás que la Doncella dictó, ciertamente son auténticas. Tienen un carácter heroico que nadie hubiera podido fingir, una vivacidad completamente francesa, como la de Enrique IV, pero dos cosas además: ingenuidad, santidad. Véanse dichas cartas en Buchon, Quicherat.

⁵⁹ Lenglet du Fresnoy, según el ms. de Jacques Gelu, *De puella aurelianensi*, ms. lat. Bibl. regiae, núm. 6199.

⁶⁰ "Fut icelle Pucelle baillée a la royne de Cecile, etc." [La dicha Doncella fue conducida con la reina de Sicilia, etc.] *Notices de mss.*, t. III, p. 351.

para pedir informes, habían traído las mejores referencias. Ya no había tiempo que perder. Orleáns clamaba socorro; Dunois golpeaba una y otra vez. Equiparon a la Doncella; le prepararon una mesnada. En principio, le dieron como escudero a Jean Daulon, valiente caballero de edad media del séquito del conde de Dunois y era el más honrado de todas sus gentes. También tuvo a un noble paje, dos heraldos de armas, un maestresala, dos ayudas de cámara; su hermano, Pedro d'Arc, fue a encontrarla y se unió a sus gentes. Le dieron como confesor a Jean Pasquel, hermano ermitaño de la orden de San Agustín.

Para los espectadores fue maravilloso ver por primera vez a Juana de Arco con su armadura blanca y sobre su hermoso cabello negro, al costado, una pequeña hacha⁶¹ y la espada de Santa Catalina. Ella había mandado a buscar esa espada detrás del altar de Santa Catalina de Fierbois, donde se la encontró, en efecto. En la mano llevaba un estandarte blanco flor-

⁶¹ "Et fit ladite Pucelle tres-bonne chère à mon frère et à moy, armée de toutes pièces, sauve la teste, et la lance en la main. Et après que nous feusmes descendus à Selles, j'allay à son logis la voir, et fit venir le vin, et me dit qu'elle m'en feroit bien tost boire à Paris, et semble chose toute divine de son fait, et de la voir, et de l'oïr... Et la veis monter à cheval armée toute en blanc, sauf la teste, une petite hache en sa main, sur un grand coursier noir... et lors se tourna vers l'huis de L'église, qui estoit bien prochain, et dist en esses voix de femme: 'Vous, les prêtres el gens d'Église, faites processions et prières à Dieu.' Et lors se retourna à son chemin en disant: 'Tirez avant, tirez avant', son estandard ployé que portoit un gracieux paige et avoit se hache petite en la main." [Y la dicha Doncella, armada completamente, salvo la cabeza, y con la lanza en su mano, dio muy buena acogida a mi hermano y a mí. Y después, cuando bajamos hasta Selles, fui a su alojamiento a verla, y mandó a traer vino, diciéndome que muy pronto me haría beber en París, y parece cosa tan divina en lo que hace, y también verla, y oírla... Y se la ve montar a caballo, toda de blanco, salvo la cabeza, sobre un corcel negro con su pequeña hacha en la mano... y entonces se volvió hacia la puerta de la iglesia que estaba muy cerca y con verdadera voz de mujer dijo: "Vosotros, sacerdotes y gentes de Iglesia, haced procesiones y plegarias a Dios." Y luego regresó a su camino diciendo: "Adelante, adelante", y su estandarte plegado lo llevaba un gracioso paje que tenía su pequeña hacha en la mano.] Carta de Guy de Laval a su madre y a su abuela. Labbe, *Alliance chronol.*, p. 672.

delisado en el que se veía a Dios con el mundo en sus manos; a la derecha y a la izquierda, había dos ángeles, con una flor de lis cada uno. "No quiero, decía, servirme de mi espada para matar a nadie."⁶² Y añadía que, aunque amara a su espada, amaba "cuarenta veces más" a su estandarte. Comparemos ahora a los dos partidos en el momento en que fue enviada a Orleáns.

En ese largo sitio invernal, los ingleses se hallaban muy debilitados. Después de la muerte de Salisbury, mucha gente de armas que él había contratado se creyó libre y se fue. Por otra parte, los borgoñones habían sido llamados por el Duque de Borgoña. Cuando el principal bastión de los ingleses fue forzado, allí se habían replegado los defensores de otros bastiones, estaban quinientos hombres. Es probable que en total fueran dos o tres mil. De ese pequeño número, no todos eran ingleses; había también algunos franceses en quienes, sin duda, los ingleses no tenían mucha confianza.

Si hubieran estado todos juntos, habrían formado un cuerpo respetable; pero se hallaban divididos en una docena de bastiones o plazas fuertes⁶³ que en su mayoría no se comunicaban entre sí. Esa disposición prueba que Talbot y los demás jefes ingleses hasta entonces habían tenido más valor y suerte que inteligencia militar.

Era evidente que cada una de esas pequeñas plazas aisladas sería débil contra la grande e importante ciudad que pretendían guardar, y que esa numerosa

⁶² "Nolebat uti ense suo, nec volebat quemquam interficere." Proceso ms. de revisión, deposición del hermano Séguin.

⁶³ Monstrelet exagera y habla al tanteo al decir *sesenta* bastiones y al llevar a *siete u ocho mil* hombres, los ingleses muertos en los bastiones del Sur, etc.

población, aguerrida por un largo sitio, terminaría por sitiarse a los sitiadores.

Cuando se lee la formidable lista de capitanes que se lanzaron a Orleáns: La Hire, Santrilles, Gaucourt, Culan, Coaraze, Armagnac; cuando se ve que independientemente de los bretones del mariscal de Retz, de los gascones del mariscal de Saint-Sévère, el capitán de Châteadun, Florent d'Illiers había arrasado a la nobleza de las cercanías a esa corta expedición, parece menos milagrosa la liberación de Orleáns.

No obstante hay que decir que faltaba algo para que esas grandes fuerzas actuaran con ventaja, algo esencial, indispensable: la unidad de acción. Podía haberla dado Dunois, si para eso sólo se hubiera requerido la destreza y la inteligencia. Pero eso no era suficiente. Se requería una autoridad mayor que la autoridad real; los capitanes del rey no estaban acostumbrados a obedecer al rey. Para someter esas voluntades salvajes, indomables, hacía falta Dios mismo. El Dios de esa época, más que Cristo, era la Virgen.⁶⁴ Se requería a la Virgen descendida a la tierra, una virgen popular, joven, hermosa, dulce, osada.

La guerra había convertido a los hombres en bestias salvajes; se necesitaba volver a hacer hombres de esas bestias, volverlos cristianos, súbditos dóciles. ¡Grande y difícil cambio! Algunos de esos capitanes armañques tal vez eran los hombres más feroces que jamás hayan existido. Basta nombrar a uno, cuyo solo nombre causa horror, Gilles de Rais, el original Barba Azul.⁶⁵

⁶⁴ Lo he señalado en otra parte; pronto volveré a ello.

⁶⁵ Véase el espantoso proceso, conservado en la escribanía de Nantes.

No obstante, había en esas almas un resquicio por donde se les podía llegar, habían salido de la humanidad, de la naturaleza, sin haber podido deshacerse completamente de la religión. Los bandidos, es verdad, encontraban el medio de acomodar la religión y el bandidismo de la manera más extraña. Uno de ellos, el gascón La Hire, de modo original decía: "Si Dios se convirtiera en soldado, sería sequeador", y cuando iba por el botín, hacía su pequeña plegaria gascona, sin decir claramente lo que pedía, pensando que Dios lo entendería bien con medias palabras: "Señor Dios, te ruego hacer por La Hire lo que La Hire haría por ti si tú fueras capitán y si La Hire fuera Dios."⁶⁶

Fue un espectáculo risible y conmovedor ver la conversión súbita de los viejos bandidos armañques. No se enmendaron a medias. La Hire ya no se atrevía a blasfemar; la Doncella tuvo compasión de la violencia que se hacía a sí mismo y le permitió jurar "por su bastón". De repente, los diablos se veían convertidos en pequeños santos.

Ella había empezado por exigir que dejaran a sus locas mujeres y que se confesasen.⁶⁷ Después, en el camino, a lo largo del Loira, hizo levantar un altar bajo el cielo, comulgó y ellos comulgaron. La belleza de la estación, el encanto de una primavera de Turena, debían aumentar particularmente el poder

⁶⁶ "Sur quoy le chapelain lui donna absolution telle quelle, et lors La Hire fit sa prière à Dieu, en disant en son gascon..." [Luego, el capellán le dio la absolución y entonces La Hire hizo sus plegarias a Dios, diciéndole en su gascon...] *Mémoires concernant la Pucelle*, col. Petitot, VIII, 127.

⁶⁷ Proceso ms. de revisión, deposición de Dunois. "Jeanne ordonna que tous se confessassent... et leur fict oster leurs fillettes." [Juana ordenó que todos se confesaran... e hizo que les quitaran a sus muchachas.] *Mémoires concernant la Pucelle*, col. Petitot, VIII, 163.

religioso de la muchacha. Habían rejuvenecido ellos mismos, que se habían olvidado; volvían a encontrarse como en sus bellos años, llenos de buena voluntad y de esperanza, todos jóvenes como ella, todos niños... Con ella, empezaban una nueva vida, de todo corazón, ¿A dónde los conducía? Poco les importaba. La habrían seguido, no a Orleáns, sino igualmente a Jerusalén. Y sólo dependía de los ingleses que también tuviesen que ir allí; en la carta que ella les escribió, graciosamente les proponía reunirse e ir todos, ingleses y franceses, a liberar el santo sepulcro.⁶⁸

⁶⁸ "Vous, duc de Bedford, la Pucelle vous prie et vous requiert que vous ne vous faictes mie destruire. Se vous lui faictes reison, encor *pourrez-vous venir sa compagnie*, l'où que les Franchois feront le plus bel fait que oncques fut fait pour la chrestienté." [A vos, duque de Bedford, la Doncella os ruega y os pide que no lo hagáis destruir. Si le concedéis razón, entonces podría ir en vuestra compañía, allí donde los franceses harán la más bella hazaña que nunca ha sido hecha por la cristiandad.] *Lettre de la Pucelle*, en Lebrun, I, 450, según el ms. 5965 de la Bibl. real.

Juana libera a Orleáns y hace consagrar al rey en Reims

Al no tener mujeres junto a ella, Juana se acostó completamente armada durante la primera noche que acamparon, pero todavía no estaba acostumbrada a esa ruda vida: enfermó.¹ En cuanto al peligro, no sabía en qué consistía. Quería que pasaran al lado norte, sobre la orilla inglesa, a través de los bastiones de los ingleses, asegurando que ellos no se moverían. No la quisieron escuchar; siguieron la otra orilla, con objeto de pasar dos leguas arriba de Orleáns. Dunois salió a su encuentro; ella le dijo: "Os traigo el mejor socorro que haya jamás sido enviado a nadie, el socorro del Rey de los cielos. No viene de mí, sino de Dios mismo, quien, a petición de San Luis y San Carlomagno, ha tenido piedad de la ciudad de Orleáns y no ha querido soportar que sus enemigos ingleses tuviesen a la vez el cuerpo del duque y su ciudad."²

A las ocho de la noche (29 de abril) entró lentamente a la ciudad; la multitud no la dejaba avanzar. Trataban al menos de tocar su cabello. La miraban

¹ "Multum laesa, quia decubuit cum armis." Proceso ms. de revisión, deposición de Louis de Contes, paje de la Doncella.

² Proceso ms. de revisión. Deposition de Dunois, *Notices des mss.*, III, 353.

“como si vieran a Dios”.³ Mientras ella iba hablándole dulcemente al pueblo, llegó hasta la iglesia, después fue a casa del tesorero del Duque de Orleans, hombre honorable cuya mujer e hijas la recibieron; la hicieron acostar con Carlota, una de las hijas.

Juana había entrado con los víveres pero el ejército volvió a descender para pasar por Blois. No obstante, ella hubiera querido que de inmediato atacaran los bastiones de los ingleses. Al menos envió una segunda conminación a los bastiones del Norte, después fue a hacer otra a los bastiones del Mediodía. El capitán Glasdale la abrumó de injurias groseras, llamándola vaquera y ribalda.⁴ En el fondo creían que era una bruja, y sentían mucho miedo. Habían apresado a su heraldo de armas y pensaban quemarlo, con la idea de que tal vez eso fuera a romper el sortilegio. Sin embargo, pensaron que antes que nada debían consultar a los doctores de la Universidad de París. Por otra parte, Dunois los amenazaba con matar también a sus heraldos que estaban en sus manos. En cuanto a la Doncella, nada temía por su heraldo; incluso envió a otro diciendo: “Ve a decirle a Talbot que si se arma, también yo me armaré... Si puede apresarme, que me haga quemar.”

Como el ejército no llegaba, Dunois se arriesgó a salir para buscarlo. La Doncella, que había perma-

³ Cuando menos parecía un ángel, una criatura ajena a toda necesidad física. A veces permanecía todo un día a caballo sin bajarse de él, sin comer ni beber, salvo un poco de pan y de vino mezclado con agua, por la noche. Véanse las diversas deposiciones y la *Chronique de la Pucelle*, ed. Quicherat.

⁴ Era muy vulnerable ante los insultos de los ingleses. Al oírse llamar “la putain des Armignats” [la puta de los armañaques] se soltó llorando, poniendo a Dios como testigo; luego al sentirse consolada, dijo: “J’ai eu des nouvelles de mon Seigneur.” [He tenido noticias de mi Señor.] (*Notices des mss.*, III, 359.)

necido en Orleans, era la verdadera dueña de la ciudad, como si hubiera cesado toda autoridad. Cabalgó alrededor de los muros y el pueblo la siguió sin temor.⁵ Al día siguiente fue a visitar de cerca los bastiones ingleses; toda la muchedumbre, hombres, mujeres y niños, también iba a mirar esos famosos bastiones en que nada se movía. A la hora de vísperas acarrió tras ella a la multitud a la Santa Cruz. En los oficios lloraba,⁶ y todo mundo lloraba. El pueblo se encontraba fuera de sí; ya no tenía miedo a nada; estaba ebrio de religión y de guerra, en uno de esos formidables accesos de fanatismo en que los hombres pueden hacer todo y creer todo, en que no son menos terribles con los amigos que con los enemigos.

El Arzobispo de Reims, canciller de Carlos VII, había detenido al pequeño ejército en Blois. El viejo político estaba lejos de pensar en esa omnipotencia del entusiasmo, o tal vez la temía. Fue, a pesar suyo. La Doncella iba delante, con el pueblo y los sacerdotes que cantaban himnos; esa procesión pasó y volvió a pasar ante los bastiones ingleses; el ejército entró protegido por sacerdotes y por una muchacha (4 de mayo de 1429).⁷

Esa muchacha, que con todo su entusiasmo e inspiración poseía mucha finura discernió muy bien la fría inquina de los recién llegados. Comprendió que querían actuar sin ella, con riesgo de perderlo todo.

⁵ “Après laquelle courait le peuple à très-grand foulle, prenant moult grand plaisir à la veoir et estre entour elle. Et quand elle eust veu et regardé à son plaisir les fortifications des Anglois...” [Tras la cual corría mucha gente que tenía mucho gusto en verla y estar alrededor suyo. Y cuando ella vio y consideró hasta que quiso las fortificaciones de los ingleses.] (*L’Histoire et discours au vray du siège*, p. 80, ed. 1606.)

⁶ Proceso ms. de revisión, deposición de Compaign, conónigo de Orleans.

⁷ *Ibidem*, deposición del hermano Pasquerel, confesor de la Doncella.

Cuando Dunois le confesó que temían la llegada de nuevas tropas inglesas bajo las órdenes de Sir Falstoff, le dijo: "Bastardo, bastardo, en nombre de Dios te ordeno que en el momento en que te enteres de la llegada de ese Falstoff me lo hagas saber; pues, si pasa sin que yo lo sepa, te mandaré cortar la cabeza."⁸

Tenía razón al creer que querían actuar sin ella. Una ocasión, cuando estaba reposando por un momento junto a la joven Carlota, de repente se irguió y dijo: "¡Ah, Dios mío! ¡La sangre de nuestra gente corre sobre la tierra... Eso está mal! ¿Por qué no me habéis despertado? ¡Pronto, mis armas, mi caballo!" La armaron en un instante, y como encontrara jugando a su joven paje le dijo: "¡Ah, malvado muchacho! No me vas a decir que la sangre de Francia se ha derramado." Partió a pleno galope, pero se encontró con que ya regresaban a algunos heridos. "Nunca, exclamó, he visto sangre de franceses sin que se me pusieran los cabellos de punta."⁹

A su llegada, los que huían cambiaron de parecer. Dunois, a quien tampoco habían advertido, llegaba al mismo tiempo. El bastión (uno de los del Norte) fue nuevamente atacado. Talbot trató de socorrerlo. Pero nuevas fuerzas salieron de Orleáns; la Doncella se puso a la cabeza y Talbot tuvo que hacer entrar a los suyos. El bastión fue tomado.

Muchos ingleses que se habían puesto ropas de curas para salvarse, fueron conducidos por la Doncella a sus cuarteles y puestos en lugar seguro;¹⁰ conocía la ferocidad de la gente de su partido. Era su

⁸ Deposition de Daulon, escudero de la Doncella (*Notices des mss.*, III, 355).

⁹ "Que mes cheveux ne me levassent en sus." [Que no se me pusieran los cabellos de punta.] *Ibidem*, deposición del mismo.

¹⁰ Proceso ms. de revisión, deposición de L. de Contes, paje de la Doncella.

primera victoria, la primera vez que veía un campo de matanza. Lloró al ver a tantos hombres muertos sin confesión.¹¹ Quiso confesarse, ella y los suyos, y declaró que al día siguiente, día de la Ascensión, comulgaría y pasaría el día rezando.

Aprovecharon ese día para que el consejo se reuniera sin ella, y se decidió que, por esa vez, atravesarían el Loira para atacar Saint-Jean-le-Blanc, uno de los bastiones que más obstáculos ponía a la entrada de los víveres y que, al mismo tiempo, simularían un ataque del otro lado. Los que tenían recelos de la Doncella sólo le hablaron del falso ataque, pero Dunois le confesó todo.

Entonces los ingleses hicieron lo que deberían haber hecho antes: concentrarse. Ellos mismos quemaron el bastión que iba a ser atacado y se replegaron a los otros dos bastiones del Mediodía, el de los agustinos y el de los Tournelles.* Los agustinos fueron atacados de inmediato y derrotados. El éxito se debió en parte otra vez a la Doncella. Los franceses tuvieron un momento de pavor y se replegaron precipitadamente hacia el puente flotante que habían instalado. La Doncella y La Hire se separaron de la multitud, se arrojaron en las embarcaciones y cargaron de flanco contra los ingleses. Quedaban los Tournelles. Los vencedores pasaron la noche ante ese bastión; pero obligaron a la Doncella, que no había comido en todo el día (era viernes) a volver a atravesar el Loira. Mientras tanto, el consejo se había reunido. Por la noche le dijeron a la Doncella que el parecer

¹¹ *Ibidem*, deposición del hermano Pasquerel, su confesor.

* Campos aledaños a la residencia real, hoy en día parte de la Plaza de los Vosgos, en París. [T.]

únanime había sido que, al estar la ciudad ya llena de víveres, iban a esperar un nuevo refuerzo para atacar los Tournelles. Es difícil creer que tal fuera la intención seria de los jefes; era de esperar un mayor peligro al verse los ingleses de un momento a otro socorridos por Falstoff. Probablemente se trataba de engañar a la Doncella para quitarle el honor del triunfo que tan poderosamente había preparado. Pero ella no cayó en la trampa. "Estuvisteis en nuestro consejo, les dijo, y yo estuve en el mío."¹² Y volviéndose hacia su capellán le ordenó: "Venid mañana al despuntar el alba, y no os alejéis de mí; tendré mucho que hacer: de mi cuerpo saldrá sangre, pues seré herida encima del seno."

Por la mañana, su huésped trató de retenerla: "Quedaos, Juana, le dijo, comamos juntos este pescado que acaban de sacar." "Guardadlo, respondió alegremente ella, guárdadlo hasta esta noche. Cuando vuelva a pasar el puente después de haber tomado las Tournelles os traeré un *Godden* que comerá su parte."¹³

En seguida cabalgó con numerosas personas de armas y burgueses hasta la puerta de Borgoña. Pero la tenía cerrada el señor de Gaucourt, gran maestre de la casa real. "Sois un hombre malvado, le dijo Juana; queráislo o no, va a pasar la gente de armas." Gaucourt se dio cuenta que, ante esa cantidad de gente exaltada, su vida pendía de un hilo; por otra parte, los suyos ya no le obedecían. La multitud abrió la puerta y forzó otra al lado.

¹² "Vos fuitis in vestro consilio et ego in meo." (Proceso ms. de revisión, deposición del confesor de la Doncella. *Notices des mss*, 359.)

¹³ Proceso ms. de revisión, deposición de Colette, mujer del tesorero Milet, en casa del cual se alojaba.

Cuando todo mundo se lanzó a las embarcaciones, el sol se levantaba sobre el Loira. No obstante, al llegar a los Tournelles, se dieron cuenta de que haría falta artillería y fueron a buscarla a la ciudad. Por fin atacaron la plaza fuerte exterior que protegía el bastión. Los ingleses se defendían valerosamente.¹⁴ La Doncella, al ver que los asaltantes comenzaban a debilitarse, se lanzó al foso, tomó una escalera, mas cuando la ponía sobre el muro, una flecha se hundió entre su cuello y su hombro. Ya salían los ingleses para apresarla, pero fue posible liberarla. Alejada del combate, tendida en la hierba y desarmada, vio cuán profunda era su herida: la flecha salía por detrás; sintió espanto y lloró.¹⁵ Pero inmediatamente se reanimó; sus santas acababan de aparecérsese; alejó a la gente de armas que creía distraerla con palabras; ella dijo que no quería jurarse contra la voluntad de Dios. Solamente dejó que le pusieran aceite sobre la herida, y se confesó.

Sin embargo, nada se lograba y la noche estaba por llegar. El mismo Dunois iba a sonar la retirada. "Esperad, dijo ella, bebed y comed"; luego se puso a rezar en un viñedo. Un vasco había tomado de manos del escudero de la Doncella su estandarte, tan temido por el enemigo; ella les dijo: "Cuando el estandarte toque el muro, podréis entrar. Lo toca. Pues bien, entrad, todo está a nuestra disposición." En efecto, los sitiadores, fuera de sí, subieron en tropel. En ese momento, los ingleses fueron atacados por ambos lados a la vez.

¹⁴ "Sembloit... qu'ils cuidassent estre immortels." [Parecía que pensarán que eran inmortales.] (*L'Histoire et discours au vray du siège*, p. 67.)

¹⁵ "Timuit, flevit... Apposuerunt oleum olivarum cum lardo." (*Notices des mss.*, III, 360.)

Mientras tanto, los habitantes de Orleáns, quienes desde la otra orilla del Loira seguían con la mirada el combate, no se pudieron contener más. Abrieron sus puertas y se lanzaron sobre el puente. Pero había un arco roto; echaron primero una pasarela frágil y un caballero de San Juan, completamente armado, se arriesgó a pasar encima. Bien o mal, se restableció el puente. Los ingleses, al ver llegar ese mar de gente, creían que el mundo entero se había reunido.¹⁶ Se sintieron presa de vértigo. Unos veían a San Aignan, patrón de la ciudad, otros al arcángel Miguel.¹⁷ Glasdale quiso refugiarse yendo de la plaza fuerte al bastión por un puentecillo, ese puente fue roto de un cañonazo; el inglés cayó y se ahogó ante la mirada de la Doncella a la que tanto había injuriado. “¡Ah!, exclamó, ella, cuánta piedad tengo de tu alma!”¹⁸ En la fortaleza había quinientos hombres; todos fueron pasados a cuchillo.

No quedaba un inglés en el Mediodía del Loira. Al día siguiente, domingo, los del Norte abandonaron sus bastiones, su artillería, sus prisioneros, sus enfermos. Talbot y Suffolk dirigían esa retirada en buen orden y con orgullo. La Doncella prohibió que los persiguieran, ya que ellos se retiraban por sí mismos. Pero antes de que se alejasen y perdiesen de vista la

¹⁶ Esto dijeron esa misma noche, cuando fueron trasladados a Orleáns. (*L'Histoire et discours au vray*, etc., p. 89.)

¹⁷ Según la tradición orleanesa conservada por Le Maire (*Histoire d'Orleáns*.), en memoria de esta aparición, Luis XI instituyó la orden de San Miguel, con la divisa: “Immensi tremor Oceani.” Sin embargo, Luis XI no dice nada al respecto en el acta de fundación. Esa divisa sin duda se relaciona únicamente con el célebre peregrinaje: *In periculo maris*.

¹⁸ “Clamando et dicendo: Classidas, Classidas, *ren ty, ren ty* Regi coelorum! Tu me vocasti *putain*. Ego habeo maonam pietatem de tus anima et tuorum”... “Incepit flere fortiter pro anima ispsius et aliorum submersorum.” (*Notices des mss.*, III, 362.)

ciudad, hizo levantar un altar en la llanura, en el cual se dijo misa, y el pueblo dio gracias a Dios en presencia de sus enemigos (domingo 8 de mayo).¹⁹

El efecto de la liberación de Orleáns fue prodigioso. Todo mundo reconoció un poder sobrenatural. Muchos lo atribuían al diablo, pero la mayoría a Dios; en general comenzaba a creerse que Carlos VII tenía el derecho de su parte.

Seis días después del sitio, Gerson publicó y difundió un tratado en que probaba que se podía verdaderamente, sin ofender la razón, remitir ese maravilloso acontecimiento a Dios.²⁰ La buena Cristina de Pisán también escribió para felicitar a su sexo.²¹ Varios tratados, más favorables que hostiles a la Doncella, fueron publicados, incluso por los mismos súbditos del Duque de Borgoña, aliado de los ingleses.²²

Carlos VII debía aprovechar ese momento, ir osadamente de Orleáns a Reims, tomar la corona. Eso parecía temerario y, a pesar del primer espanto de los ingleses, no dejaba de ser difícil. Pero puesto que habían cometido la insigne torpeza de no consagrar todavía al joven Enrique VI, habría que adelantarse-

¹⁹ El sitio había durado siete meses, del 12 de octubre de 1428 al 8 de mayo de 1429. Diez días bastaron para que la Doncella liberara la ciudad; entró a ella el 29 de abril por la noche. El día de la liberación siguió siendo una fiesta para Orleáns. Dicha fiesta empezaba por el elogio a Juana de Arco; luego, una procesión recorría la ciudad llevando en medio de ella a un muchacho que representaba a la Doncella. (Polluche, *Essais hist. sur Orléans*, nota 77, Lebrun de Charmette, II, 128.)

²⁰ No se tiene la certeza que dicho panfleto sea de Gerson. (*Gersonii Opera*, IV, 859.)

²¹ “Je Christine, qui ay plouré XI ans en l'abbaye close, etc.” [Yo Cristina, que he llorado once años en la abadía cerrada.] (Raimond Thomassy, *Essai sur les écrits de Christine de Pisan*, p. XLII.) Ese poemita fue, publicado por entero por el señor Jubinal.

²² Henrici de Gorkheim, propos. libr. duo, in *Sibulla Francia*, ed. Goldast. 1600. Véanse los otros autores citados por Lebrun, II, 325, y III, 7-9, 72.

les. Al primer consagrado iba a considerársele rey. Gran triunfo para Carlos era también realizar su real cabalgata a través de la Francia inglesa, tomar posesión, mostrar que en Francia el rey está en su casa por donde quiera.

Sólo la Doncella era de ese parecer, y esa heroica locura era la sabiduría misma. Los políticos, los empecinados del consejo, sonreían, querían que todo se hiciera lenta y seguramente, es decir, que a los ingleses se les diera tiempo de recuperar el valor. Todos esos consejeros daban opiniones interesadas. El Duque de Alençon quería que fueran a Normandía, que reconquistaran Alençon. Otros pidieron y obtuvieron permanecer en el Loira, poner sitio a pequeñas plazas; tal era el parecer más tímido, y sobre todo el que le interesaba a las casas de Orleáns, de Anjou, al poitevino la Trémouille, favorito de Carlos VII.

Suffolk se había lanzado sobre Jargeau; allí fue cercado, acosado.²³ También Beaugency fue apresado antes de que Lord Talbot hubiera podido recibir los socorros del regente que Sir Falstoff traía. El condestable de Richmond, quien desde hacía mucho tiempo se mantenía en sus feudos, vino, a pesar del rey, a pesar de la Doncella, con sus bretones a socorrer al ejército victorioso.²⁴

Era inminente una batalla; Richmond llegaba

²³ Véase sobre todo la deposición del Duque de Alençon en el proceso de revisión. Cuando el duque quería diferir el asalto, la Doncella se dirigió a él diciéndole: "Ah! gentil duc, as-tu peur?, ne sais-tu pas que j'ai promis a ta femme de te ramener sain et sauf? [¡Ah gentil duque!, ¿tienes miedo?, ¿no sabes que le prometí a tu mujer regresarte sano y salvo?]" (*Notices des mss.*, t. III, página 354.)

²⁴ Todo ello se extiende mucho en el panegírico de Richemond, por Guillaume Gruel, col. Petitot, t. VIII.

para obtener el honor. Talbot y Falstoff se habían reunido; pero, cosa extraña que pinta el estado del país y el de esta guerra completamente fortuita, en esa región desértica de la Beauce no se sabía dónde podía encontrarse el ejército inglés pues todo estaba entonces cubierto de sotos y de malezas. Un ciervo perseguido por la vanguardia francesa fue a lanzarse entre las filas de los ingleses y los descubrió.

Los ingleses iban en marcha y no habían plantado su defensa con picos como era su costumbre. Talbot era el único que quería batirse, furioso como estaba desde Orleáns, por haber dado la espalda a los franceses; Sir Falstoff, que había ganado la batalla de los Arenques, no tenía necesidad de una batalla para rehabilitarse; portándose como hombre prudente decía que con un ejército descorazonado había que permanecer a la defensiva. La gente de armas francesa no esperó el fin del debate; llegó a galope y no encontró gran resistencia.²⁵ Talbot se obstinó en combatir, al creer tal vez que se haría matar y sólo logró que lo apresaran. La persecución fue mortífera; dos mil ingleses cubrieron la llanura con sus cuerpos.

La Doncella lloraba viendo a todos esos muertos; lloraba aún más al ver la brutalidad del soldado y el trato que daba a los prisioneros que no podían pagar su rescate; uno de éstos fue golpeado en la cabeza de manera tan ruda que se desplomó expirando; la Doncella no resistió más, bajó de su caballo, levantó la

²⁵ Falstoff huyó como los otros, y fue degradado de la orden de la Jarretera. Era gran maestre de la casa Bedford. Su degradación, la que por otra parte pronto fue retirada, era probablemente un golpe dirigido contra Bedford. Véase Grafton y el curioso informe en que el señor Berbrugger rehabilita a Falstoff.

cabeza del pobre hombre, mandó traer a un sacerdote y consolándolo, lo ayudó a morir.²⁶

Después de esa batalla de Patay (28 o 29 de junio)* era el momento, si no nunca, de arriesgarse a intentar la expedición de Reims. Los políticos querían permanecer todavía en el Loira, asegurar Cosne y La Charité. Por más que dijeran esta vez, ya no podían ser escuchadas las voces tímidas. Cada día afluía gente de todas las provincias que acudía al rumor de los milagros de la Doncella; sólo creía en ella, y como ella, tenía prisa por conducir al rey a Reims. Era un irresistible ímpetu de peregrinación y cruzada. El mismo joven rey indolente terminó por dejarse arrastrar por esa ola popular, por esa marea que subía y empujaba hacia el Norte. Partieron rey, cortesanos, políticos, entusiastas, todos juntos, de grado o por fuerza; los locos, los prudentes. Al principio eran doce mil, pero a lo largo del camino la masa iba aumentando; llegaban otros y otros más; los que no tenían armadura, aunque fueran gentilhombres, seguían como simple paisanada a la santa expedición, como arqueros, como cuchilleros.

El ejército partió de Gien el 28 de junio, pasó delante de Auxerre, sin tratar de entrar en esa ciudad, que se encontraba en manos del duque de Borgoña, a quien se trataba con miramientos. Troyes tenía una tropa mezclada de borgoñones y de ingleses; cuando el ejército real hizo su primera aparición, parte de esa tropa se atrevió a salir. Careciendo de artillería era muy poco probable forzar una gran ciudad tan bien

²⁶ "Tenendo eum in caput et consolando." Proceso ms. de la Doncella, deposición de su paje Louis de Contes.

* Léase 18 de junio.

protegida. ¿Cómo detenerse, pues, para sitiarla? ¿Cómo, por otra parte, avanzar dejando tras de sí una plaza semejante? Ya el ejército sufría de hambre. ¿No valía más regresar? Estaban triunfando los políticos.

Sólo el presidente Maçon, un viejo consejero armañaque, quien comprendió que en una empresa tal la cordura estaba de parte del entusiasmo, que en una cruzada popular no se debía razonar, fue de opinión contraria. "Cuando el rey emprendió este viaje, dijo, no lo hizo debido al gran poder de la gente de armas, ni debido a la gran cantidad de dinero que tuviera, ni por que le pareciera posible el viaje; lo emprendió porque Juana le dijo que debía ir adelante y hacerse coronar en Reims, donde encontraría poca resistencia, pues tal era la voluntad de Dios."

Entonces la Doncella fue a tocar a la puerta del consejo y afirmó que en tres días se podría entrar en la ciudad. "Esperaríamos con gusto seis, dijo el canciller, si estuviéramos seguros de que dices la verdad." "¿Seis?, entraréis mañana."²⁷

Juana toma su estandarte, todo el mundo la sigue a los fosos, lanza todo lo que encuentra: haces de leña, puertas, mesas, vigas. Y todo sucedía tan rápidamente que las gentes de la ciudad creyeron que ya no habría fosos en un momento. Los ingleses comenzaron a cegarse como en Orleáns, creyendo ver una nube de mariposas blancas revolotear alrededor del mágico estandarte. Los burgueses, por su parte, tenían mucho miedo al recordar que en Troyes se había concluido el tratado que desheredaba a Carlos VII; temían que su ciudad sirviera de ejemplo; ya se refugiaban en las iglesias; ya clamaban que había

²⁷ Proceso ms. de revisión, deposición de Simon Charles.

que rendirse. No pedían nada mejor los soldados. Parlamentaron y lograron que los dejaran retirarse con todo lo que tenían.

Lo que tenían consistía sobre todo en prisioneros, en franceses. Los consejeros de Carlos VII al redactar la capitulación no habían estipulado nada acerca de esos desgraciados. Sólo la Doncella pensó en ellos. Cuando los ingleses salieron con sus prisioneros atados, se puso ante las puertas y exclamó: “¡Oh, Dios mío, no se los llevarán!” Los retuvo, en efecto, y el rey pagó su rescate.

Dueño de Troyes el 9 de julio, entró en Reims el 15 y el 17 (domingo) fue consagrado. En la misma mañana, la Doncella, siguiendo el precepto del Evangelio, puso la reconciliación antes del sacrificio y dictó una hermosa carta para el duque de Borgoña; sin recordar nada, sin irritar, sin humillar a nadie, con mucho tacto y nobleza le decía: “Perdonaos uno al otro de todo corazón, como debéis hacer los cristianos leales.”

Carlos VII fue ungido por el arzobispo con el aceite de la santa redoma que se trajo de San Remigio. Conforme al rito antiguo,²⁸ fue levantado sobre su sitial por los pares eclesiásticos, servido por los pares laicos tanto en la consagración como en el banquete. Después fue a Saint-Marcou a tocar las escrófulas.²⁹ Todas las ceremonias fueron cumplidas sin que faltara nada. Se daba cuenta de que era el verdadero rey, y el único, según las creencias de la época. Ya podían los ingleses consagrar a Enrique; esa nueva consagra-

²⁸ Véase Varin, *Archives de Reims*, y mis *Origines du droit*.

²⁹ Un anónimo del siglo XII ya habla de ese don transmitido a nuestros reyes por San Marculfo. *Acta SS. ord. S. Bened.*, t. VI. Reiffenberg da la lista de los autores que han mencionado eso. Notas de su edición de Barante, t. IV, p. 261.

ción, en el pensamiento de los pueblos, no podía ser más que una parodia de la otra.

En el momento en que el rey fue consagrado, la Doncella se hincó, abrazándole las piernas y llorando a lágrima viva. Todo el mundo lloraba también.

Aseguran que le dijo: “¡Oh gentil rey, ahora ya se ha cumplido la voluntad de Dios que quería que yo levantara el sitio de Orleans y que te condujera a tu ciudad de Reims para recibir tu santa consagración, mostrando que eres el verdadero rey y que te debe pertenecer el reino de Francia.”

La Doncella tenía razón; había realizado y concluido lo que tenía que hacer. Así, en la alegría misma de esa triunfante solemnidad, tuvo la idea, tal vez el presentimiento, de su próximo fin. Al entrar a Reims con el rey, cuando todo el pueblo iba por delante cantando himnos, dijo: “¡Oh buen y devoto pueblo!... Si he de morir, sería muy dichosa de que me enterraran aquí.” “Juana, la interpeló el arzobispo, ¿dónde crees morir, pues?” “Nada sé, donde Dios quiera... Preferiría que dispusiera que me fuera a cuidar las ovejas con mi hermana y mis hermanos... ¡Se pondrían tan contentos al volver a verme!... Cuando menos he hecho lo que Nuestro Señor me había ordenado hacer.” Y levantando los ojos al cielo dio gracias. La vieja crónica dice que todos los que la vieron en ese momento “creyeron más que nunca que todo venía de la parte de Dios”.³⁰

³⁰ *Chronique de la Pucelle*, colección Petitot, t. VIII, p. 206, 207. *Notices des mss.*, t. III, 369, deposición de Dunois.

Juana es traicionada y entregada

La virtud de la consagración y su efecto todopoderoso en Francia del Norte fue tal, que a partir de ese hecho la expedición pareció convertirse en sólo una apacible toma de posesión, un triunfo, una continuación de la fiesta de Reims. Los caminos se allanaban ante el rey, las ciudades abrían sus puertas y bajaban sus puentes levadizos. Era como una real peregrinación de la catedral de Reims a San Medardo de Soissons, a Nuestra Señora de Laon. El rey se detenía algunos días en cada ciudad, cabalgando el tiempo que quería, así entró en Château-Thierry, en Provins, de donde siguió hacia Picardía su paseo triunfal, bien restablecido y reposado.

¿Todavía había ingleses en Francia? Se hubiera podido verdaderamente dudar. A partir de la empresa de Patay ya no se oía hablar de Bedford. No es que le faltara actividad o valor, pero había gastado sus últimos recursos. Puede juzgarse su desamparo por un solo hecho elocuente: ya no podía pagar a su parlamento; así, esa corte cesó todo servicio y la entrada misma del joven rey Enrique no pudo ser escrita,

¹ "Ob defectum pergameni et eclipsim justicie." Registro del parlamento, citado en el prefacio del tomo XIII de las *Ordonnances*, p. LXVII. "Pour escripre

según el uso, con cierto detalle en los registros, "por falta de pergamino".¹

En una situación tal, Bedford no tenía la elección de los medios. Se vio obligado a recurrir al hombre que menos quería, a su tío, el rico y todopoderoso cardenal de Winchester. Pero, éste, no menos avaro que ambicioso, regateaba y especulaba sobre la tardanza.² El tratado sólo fue concluido el 10 de julio, dos días después de la derrota de Patay. Carlos entraba en Troyes, en Reims; París estaba alarmado y Winchester permanecía aún en Inglaterra. Bedford, para asegurar París, llamó al Duque de Borgoña. Éste fue, en efecto, pero casi solo; todo el partido que pudo sacar de él el regente, fue hacerle figurar en una asamblea de notables, hacerle hablar y repetir la lamentable historia de la muerte de su padre, hecho lo cual se retiró, dejando a Bedford por todo socorro algunos hombres de armas picardos; todavía hubo que prometerle a cambio la ciudad de Meaux.³

Sólo había esperanzas en Winchester. Este sacerdote reinaba en Inglaterra; el protector Gloucester, su sobrino, jefe del partido de la nobleza, se había perdido a fuerza de imprudencias y locuras. Año tras año había disminuído su influencia en el consejo; Win-

les plaidoiries et les arretz... plusieurs fois a convenu par nécessité..., que les greffiers... à leurs despens aient acheté et païé le parchemin." [Para escribir los informes y los decretos... ha convenido varias veces por necesidad..., que los escribanos... compraran y pagaran el pergamino a sus propias expensas.] *Archives*, registros del parlamento, vigésimo día de enero de 1431.

² A partir del 15 de junio se disponen barcos para su travesía; las condiciones en las cuales quiere ayudar al rey, su sobrino, sólo serán determinadas el 18; el tratado es del 1 de julio, y el 16 el regente y el consejo de Francia continuaban rogándole a Winchester que acudiera y llevara al rey sin tardanza. Véanse todas esas actas en Rymer, 3^o ed. t. IV, pp. 144-150.

³ Le dieron, además, veinte mil libras para pagar a la gente de armas. *Archives, Trésor des chartes*, J, 249, recibo del 8 de julio de 1429.

chester dominaba en éste y reducía al protector a nada, incluso llegaba a roer el salario del protectorado año con año;⁴ eso era matarlo, en un país en que cada hombre es estrictamente valorado en la proporción a su paga. Por el contrario, Winchester era el más rico de los príncipes ingleses y uno de los grandes beneficiados de la época. Como sucede, el poder sigue al dinero. El cardenal y los ricos arzobispos de Canterbury, de York, de Londres, de Ely, de Bath, constituían al consejo; si dejaban sentar ahí a laicos, era con la condición de que no dijeran nada, y en las sesiones importantes ni siquiera los llamaban. Como podía preverse, desde el advenimiento de los Lancaster, el gobierno inglés se había vuelto enteramente episcopal. Así aparece en las actas de ese tiempo. En 1429 el canciller inicia las sesiones del parlamento con una terrible arremetida contra la herejía.⁵

Para llevar el poder del cardenal a su cúspide, hacía falta que Bedford estuviera tan apurado en Francia como Gloucester en Inglaterra, que se viese reducido a acudir a Winchester, y que éste, a la cabeza de un ejército, fuera a hacer consagrar al joven Enrique VI. Winchester tenía completamente listo dicho ejército: el papa le había encargado una cruzada contra los husitas de Bohemia; con ese pretexto había contratado varios miles de hombres. El papa le había

⁴ Turner, vol. III, pp. 2-6.

⁵ Esa realeza de los obispos se pone de relieve con toda nitidez por un hecho poco conocido. En un estatuto del tercer año de Enrique VII los francmasones habían sido señalados en las asociaciones contrarias a las leyes y se habían prohibido sus capítulos anuales, etc. En 1429, cuando la influencia del protector Gloucester fue anulada por la de su tío, el cardenal, vemos al Arzobispo de Canterbury formar una logia de francmasones y declararse su jefe. *The early history of free masonry in England*, por James Orchard Halliwell, Londres, 1840, p. 95 [léase 42, con referencia a Lawrie, 95].

dado el dinero de las indulgencias para llevarlos a Bohemia; el consejo de Inglaterra le dio aún más dinero para retenerlos en Francia.⁶ Los cruzados, asombrados, vieron que el cardenal los había vendido; había sido pagado dos veces, pagado por un ejército que le servía para convertirse en el amo.

Con ese ejército, Winchester debía asegurarse de París, llevar al pequeño Enrique y consagrarlo ahí. Pero esa consagración sólo aseguraba el poder del cardenal, en tanto lograra desprestigiar la consagración de Carlos VII, deshonorar sus victorias, perderlo en el espíritu del pueblo. Como se verá, contra Carlos VII en Francia, contra Gloucester en Inglaterra, empleó un mismo medio, muy eficaz por entonces: un proceso por brujería.

Fue solamente el 25 de julio, nueve días después de que Carlos VII había sido efectiva y debidamente consagrado, cuando el cardenal entró con su ejército en París. Bedford no perdió el tiempo; partió con sus tropas para vigilar a Carlos VII.⁷ Dos veces estuvieron frente a frente y hubo algunas escaramuzas entre ellos. Bedford temía por Normandía; la protegió y durante ese tiempo el rey marchó hacia París (agosto).

Ése no era el parecer de la Doncella; sus voces aconsejaban no ir más allá de San Dionisio. La ciudad de las sepulturas reales era, como la de la consa-

⁶ Rymer, t. IV, pp. 159, 165, ss.

⁷ El desafío de Bedford "A Carlos de Valois" está escrito en la lengua devota y en las hipócritas formas que caracterizan por lo general a las actas de la casa de Lancaster: "Ayez pitié et compassion du povre peuple chrestien... Prenez au pays de Brie aucune place aux champs ...Et lors, si vous voulez aucune chose offrir, regardant au bien de la paix, nous laisserons et ferons tout ce que bon prince catholique peut et doit faire." [Tened piedad y compasión del pobre pueblo cristiano... Tomad algún lugar en los campos de la región de Brie... Y entonces, si queréis ofrecer algo en el bien de la paz, dejaremos y haremos todo lo que un buen príncipe católico puede y debe hacer.] (Monstrelet, t. V, p. 241, 7 de agosto.)

gración, una ciudad santa; más allá de ella, presentía algo sobre lo que ya no tenía influencia. Carlos VII debió pensar lo mismo. ¿No había peligro de poner frente a la ciudad razonadora y prosaica, la del pueblo burlón, la de los escolásticos y cabochianos, a esa inspiración de santidad guerrera, a esa poesía de cruzada que había conmovido los campos?

La empresa era imprudente. Una ciudad semejante no se gana de golpe; sólo se toma por hambre; ahora bien, los ingleses eran dueños del Sena por lo alto y lo bajo. Tenían la fuerza y eran sostenidos por buen número de habitantes que se habían comprometido con ellos. Por otra parte, se hacía correr el rumor de que los armañques llegarían para destruir y arrasarse la ciudad.

No obstante, los franceses se apoderaron de una plaza fuerte. La Doncella descendió al primer foso; franqueó el badén que lo separaba de un segundo. Ahí se dio cuenta de que ese último foso, que rodeaba los muros, estaba lleno de agua. Sin preocuparse por la lluvia de flechas que caían alrededor de ella, pidió a gritos que llevaran fajinas, mientras con su lanza sondeaba la profundidad del agua. Estaba casi sola, expuesta a todas las flechas; llegó una que le atravesó el muslo. Trató de resistir al dolor y permaneció ahí para dar valor a las tropas, para que empezaran el asalto; perdiendo mucha sangre se puso al abrigo en el primer foso; no pudieron convencerla de que regresara sino hasta las diez u once de la noche. Parecía sentir que ese fracaso ante los mismos muros de París debía perderla sin remisión.

Mil quinientos hombres habían sido heridos en ese ataque del cual erróneamente la acusaban. Volvió,

maldecida tanto por los suyos como por los enemigos. No se había tenido ningún escrúpulo en dar el asalto el día de la Natividad de Nuestra Señora (8 de septiembre); la piadosa ciudad de París se había escandalizado mucho.⁸

La corte de Carlos VII lo estaba aún más. Los libertinos, los políticos, los devotos cegados por la letra, enemigos jurados del espíritu, todos se declaran valientemente contra el espíritu el día en que éste parece debilitarse. El Arzobispo de Reims, canciller de Francia, que nunca había visto con buenos ojos a la Doncella, contra la opinión de ésta logró que se negociara. Fue a San Dionisio a solicitar una tregua; tal vez esperaba en secreto ganarse al duque de Borgoña, que por entonces se encontraba en París.

Mal querida, sin apoyo, la Doncella, sin embargo, durante el invierno puso sitio a Saint-Pierre-le-Moustier y a la Charité. En el primero, casi abandonada,⁹ dio no obstante el asalto y ganó la ciudad. El sitio de la Charité se prolongaba, languidecía, y los sitiadores se dispersaron atemorizados.

⁸ Divierte aquí la violencia del burgués: "Estoient pleins de si grant maleur et de si malle créance, que, pour ledit d'une créature qui estoit en forme de femme avec eulx, qu'on nommoit la Pucelle (que c'estoit? Dieu le scet), le jour de la Nativité Notre-Dame firent conjuration... de cellui jour assaillir Paris..." [Plenos de desgracia y maléfica creencia, que, por lo dicho por una criatura que estaba en forma de mujer con ellos, a la que se nombraba la Doncella (¿Quién era? Sabe Dios.), el día de la Natividad de Nuestra Señora conjuraron... para dar en aquel día el asalto a París...] *Journal du Bourgeois de Paris*, ed. Buchon, página 395.

⁹ Cuando sonaron la retirada, Daulon vio a la Doncella aparte con los suyos "et lui demanda qu'elle faisoit là ainsi seule, pourquoy elle ne se retyroit comme les autres; laquelle, après ce qu'elle eust osté sa salade de dessus sa tête, lui respondit qu'elle n'estoit point seule, et que encore avoit-elle en sa compaignie cinquante mille de ses gens, et que d'illec ne se partiroit, jusque ad ce qu'elle eût prinse ladite ville. Il dict il qui parle que a celle heure, quelque chose qu'elle dict, n'avoit pas avec elle plus de quatre ou cinq hommes." [Y le preguntó qué hacía ahí sola, y por qué no se retiraba como los otros; ella, después de quitarse

Entre tanto, los ingleses habían convencido al Duque de Borgoña de que los ayudara seriamente. Cuanto más débiles los veía éste, más esperanza tenía de retener las plazas que podría tomar en Picardía. Los ingleses, que acababan de perder Louviers, se ponían a su discreción. Ese príncipe, el más rico de la cristiandad, no vacilaba en gastar dinero y hombres en una guerra de la que esperaba sacar provecho. Por cierta suma de dinero, convenció al gobernador de Soissons. Después sitió Compiègne, cuyo gobernador también era un hombre muy sospechoso. Pero los habitantes estaban demasiado comprometidos con la causa de Carlos VII para dejar que entregara su ciudad. La Doncella fue a lanzarse ahí. Durante el mismo día, hizo una salida y por poco sorprende a los sitiadores. Pero éstos se recuperaron en un momento y empujaron con fuerza a los sitiados hasta la plaza fuerte, hasta el puente. La Doncella, que había permanecido en la retaguardia para cubrir la retirada, no pudo entrar a tiempo, sea que la multitud obstruyera el puente, sea que ya se hubiese cerrado la barrera. Su ropa la delataba; pronto fue rodeada, apresada, bajada de su caballo. El que la había aprehendido, un arquero picardo según unos, según otros, el bastardo de Vendôme, la vendió a Juan de Luxemburgo. Todos, ingleses, borgoñones, vieron con asombro que ese objeto de terror, ese monstruo, ese diablo, no era después de todo más que una muchacha de dieciocho años.

su yelmo de la cabeza, le respondió que no estaba sola, que todavía estaban en su compañía cincuenta mil de sus gentes, y que de ahí no se iría hasta que hubiera tomado la ciudad. El que habla dice que por más que ella dijera a esa hora, con ella sólo estaban cuatro o cinco hombres."] Deposition de Daulon, *Notices des mss.*, III, 370.

Que iba a suceder así, lo supo ella de antemano; ese cruel momento era infalible, digámoslo, necesario. Era preciso que sufriera. Si no hubiera tenido la prueba y la purificación supremas, sobre esta santa figura habrían quedado sombras dudosas entre los rayos luminosos; no habría quedado en la memoria de los hombres con el nombre de *La Doncella de Orleáns*.

Hablando de la liberación de Orleáns y de la consagración de Reims, ella había dicho: "Es para esto para lo que nació." Cumplidas esas dos cosas, su santidad se encontraba en peligro.

Guerra, santidad, dos palabras contradictorias; parece que la santidad es todo lo opuesto a la guerra, que más bien es el amor y la paz. ¿Qué valor juvenil podría mezclarse a las batallas sin compartir la ebriedad sanguinaria de la lucha y de la victoria?... A su partida decía que no quería servirse de su espada para matar a alguien. Más tarde, gustosamente habla de la espada que llevaba en Compiègne: "Excelente, dice, para dar tajos y estocadas."¹⁰ ¿No se encuentra allí el indicio de un cambio? La santa se convertía en capitán. El Duque de Alencon dijo que ella tenía una singular aptitud para el arma moderna, el arma mortífera, la artillería. Jefa de soldados indisciplinados, mortificada sin cesar, herida por sus desórdenes, se volvía ruda y colérica, al menos para reprenderlos. Se mostraba sin piedad, sobre todo hacia las mujeres de mala vida que arrastraban consigo. Un día, con la espada de Santa Catalina, con su parte plana, golpeó a una de esas desgraciadas. Pero la virginal espada no

¹⁰ "Bonus ad dandum *de bonnes buffes et de bons torchons*." [Buenos toques y buenos reverses.] Proceso ms., 27 de febrero de 1431.

resistió el contacto, se rompió y nunca se dejó volver a forjar.¹¹

Poco tiempo antes de ser apresada, ella misma había aprehendido a un partidario borgoñón, Franquet de Arrás, bandido execrado en todo el Norte. El bailío real lo reclamó para colgarlo. Ella rehusó primero, pensando poder cambiarlo; luego, decidió entregarlo a la justicia.¹² Merecía cien veces la horca; no obstante, el haber entregado a un prisionero, y consentido a la muerte de un hombre, debió alterar, incluso a los ojos de sus allegados, su carácter de santidad.

¡Infeliz condición de alma, semejante caída en las realidades de este mundo! Cada día debía perder algo de sí misma. No impunemente se vuelve uno de repente rico, noble, honrado y el igual de los señores y de los príncipes. Ese hermoso traje, esas cartas de nobleza, esas gracias de parte del rey, sin duda, todo eso, a la larga había alterado su heroica simplicidad. Para su aldea había obtenido la exención de la talla, y a uno de sus hermanos le había dado el rey el prebostazgo de Vaucouleurs.

¹¹ Pero el mayor peligro para la santa era su santidad misma, el respeto del pueblo, la adoración que le tenía. En Lagny le pidieron resucitar a un niño. El conde de Armagnac le escribió para preguntarle a cuál de los papas debía seguir.¹³ Si creemos su respuesta (tal vez falsificada), habría prometido decidir

¹¹ Véase la deposición del duque de Alençon, y Jean Chartier, ed. Godefroy, páginas 29, 42.

¹² "Elle fut consentante de le faire mourir.. pour ce qu'il confessast estre meurtrier, larron et traistre." [Consintió en hacerlo morir... porque él confesó que era asesino, ladrón y traidor.] (Interrogatorio del 14 de marzo de 1431.)

¹³ En Berriat-Saint-Prix, p. 337 [léase 339] y en Buchon, p. 539, ed. de 1838.

al finalizar la guerra, fiándose en sus voces interiores para juzgar a la misma autoridad.

Y sin embargo, no se trataba de orgullo. Nunca se las dio de santa; a menudo confesó que ignoraba el porvenir. En vísperas de una batalla se le preguntó si iba a ganarla el rey; ella respondió que nada sabía. En Bourges, cuando unas mujeres le rogaron que tocara cruces y escapularios, se puso a reír y a la señora Margarita, en casa de la cual se alojaba, le dijo: "Tocadlos, usted; serán igualmente buenos."¹⁴

La singular originalidad de esta muchacha, lo hemos dicho, era su buen sentido en la exaltación. Como se verá, fue eso lo que volvió implacables a sus jueces. Los escolásticos, los razonadores que la detestaban como inspirada, fueron tanto más crueles con ella al no poderla despreciar como loca y porque ella a menudo supo hacer callar sus razonamientos con una razón más alta.

No era difícil prever que iba a perecer. Bastante bien se lo imaginaba ella misma. Desde el principio había dicho: "Debéis utilizarme; no duraré más que un año, o un poco más." Varias veces, al dirigirse a su capellán, el hermano Pasquerel, repitió: "Si es preciso que muera pronto, decidle a nuestro señor el rey de mi parte, que funde capillas donde se ruegue por la salvación de aquéllos que han muerto por la defensa del reino."¹⁵

Cuando la volvieron a ver sus padres en Reims y le preguntaron si no tenía miedo de nada, dijo: "No temo nada, sólo la traición."¹⁶

¹⁴ Proceso de revisión, deposición de Marguerite la Touroulde.

¹⁵ *Ibidem*, deposición del hermano Pasquerel.

¹⁶ *Ibidem*, deposición de Spinal.

Al acercarse la noche, cuando se encontraba en campaña, si por allí había alguna iglesia, sobre todo de monjes mendicantes, a menudo entraba en ella gustosamente y se mezclaba con los niñitos que preparaban para la comunión. Si creemos a una antigua crónica, en el mismo día en que iba a ser apresada, fue a comulgar a la iglesia de Santiago en Compiègne; ahí, apoyándose tristemente en uno de los pilares, dijo a las buenas gentes y a los niños que se encontraban reunidos en gran número: "Buenos amigos míos, queridos niños míos, con certeza os puedo decir que un hombre me ha vendido; he sido traicionada y pronto me librarán a la muerte. Rogad a Dios por mí, os los suplico; pues ya no podré servir a mi rey ni al noble pueblo de Francia."¹⁷

Es probable que la Doncella haya sido objeto de mercancía, comprada como se acababa de comprar a Soissons. En un momento tan crítico, los ingleses, cuando su joven rey desembarcaba en Francia, hubieran dado por ella todo el oro del mundo. Pero los borgoñones querían tenerla y la tuvieron; era ése no solamente el interés del duque, del partido borgoñón en general, sino directamente el de Juan de Ligny, quien se apresuró a comprar a la prisionera.

Constituía una gran prueba para la caballería de la época el que la Doncella hubiera caído en las manos de un noble señor de la casa de Luxemburgo, de un vasallo del caballeresco Duque de Borgoña,¹⁸ del buen duque, como se decía. Prisionera de guerra,

¹⁷ Barante, según las *Chroniques de Bretagne*.

¹⁸ "Laquelle icelui duc alla voir au logis où elle estoit, et parla a elle aucunes paroles, dont je ne suis mie bien recors, jà soit ce que j'y estois présent." [A la cual este duque fue a ver en el alojamiento donde estaba, y le dijo algunas palabras que no recuerdo a pesar de que yo ahí estaba.] (Monstrelet, V. 294.)

muchacha tan joven, sobre todo virgen, ¿qué tenía que temer entre leales caballeros?¹⁹ Sólo se hablaba de caballería, de protección de damas y damiselas afligidas; el mariscal Boucicaut acababa de fundar una Orden que no tenía otro objeto.²⁰ Por otra parte, la virginidad parecía deber ser una salvaguardia inviolable, pues el culto de la Virgen, siempre en progreso en la Edad Media, se había convertido en la religión dominante.²¹

Para explicar lo que va a seguir, hay que conocer el curioso desacuerdo que existía entonces entre las ideas y las costumbres; por chocante que pueda ser el contraste, hay que situar respecto al sublime ideal, respecto de la Doncella, las prosaicas realidades de la época (a la casta muchacha que constituye el tema de este relato le pido perdón), hay que descender al fondo de ese mundo de codicia y de concupiscencia. Sin conocerlo tal como fue, no se podría comprender cómo los caballeros entregaron a la que parecía

¹⁹ Véase lo que antes dije sobre la influencia de las mujeres en la Edad Media, sobre Eloísa, Blanca de Castilla, Laura, etc.

²⁰ "Font à scavoir les treize chevaliers compaignons portanz en leur devise l'escu verd à la Dame blanche, premièrement, pourceque tout chevalier est tenu de droict de vouloir garder et défendre l'honneur, l'estat, le bien, la renommée et la louange de toutes dames et damoiselles, etc." [Lo declaran los trece caballeros compañeros que llevan en su divisa al escudo verde de la Dama blanca, en primer lugar, porque todo caballero se consagra por derecho a querer cuidar y defender el honor, el Estado, el bien, el buen nombre y alabanza de todas las damas y damiselas, etc.] *Livre des faits du maréchal de Boucicault*, colección Petitot, VI, 507.

²¹ Las fiestas de la Virgen siempre se han multiplicado: Anunciación, Presentación, Asunción, etc. Originalmente, su principal fiesta era la *Purificación*; en el siglo XII tiene tan poca necesidad de ser purificada que la *inmaculada* Concepción triunfa contra otras y se vuelve casi un dogma. Didron ha señalado que la Virgen, que aparece vieja en las pinturas de las catacumbas, rejuveneció poco a poco en la Edad Media. Cf. su *Iconographie chrétienne*. A partir del siglo XVII la Virgen pierde mucho, por eso se burlaron del embajador del rey de España, quien de la parte del rey, su amo, pedía a Luis XIV que admitiera a la *inmaculada* Concepción.

encarnar la caballería viviente; cómo, bajo ese reinado de la Virgen, se apareció la Virgen para ser desconocida tan cruelmente.

La religión de ese tiempo la constituye más la mujer que la Virgen; la caballería es la del pequeño Jehan de Saintré,²² solamente que la novela es más casta que la historia.

Los príncipes daban el ejemplo. Carlos VII, en presencia de la madre de su mujer, de la vieja reina de Sicilia, recibió a Agnes; madre, mujer, amante; en buena inteligencia, las lleva consigo, a todo lo largo del Loira.

Los ingleses, más serios, sólo desean el amor en el matrimonio; Glocester se casó con Jacqueline; entre las damas de ésta ve a una, bella e ingeniosa; también se casa con ella.²³

Pero en eso, Francia e Inglaterra, como en todo, no le llegan a Flandes,²⁴ al Conde de Flandes, el gran

²² Véase el tomo IV de nuestra *Historie de France*.

²³ Según algunos, esa dama ya era su amante; sea lo que sea, es incontestable la bigamia. (Cf. Lingard, Turner, etc.)

²⁴ Ya he caracterizado esa pingüe y blanca Flandes. He dicho cómo, debido a su práctica femenina, ha pasado sin cesar de un amo a otro, volado de marido en marido. A menudo las flamencas han hecho como Flandes. En ese país los divorcios son comunes. (Quételet, *Recherches*, 1822, p. 101.) Desde ese punto de vista la historia de Jacqueline es bastante curiosa; la valerosa condesa de cuatro maridos, que tan bien defendió sus dominios contra el Duque de Borgoña, no se cuidó tan bien a sí misma. Terminó por trocar Holanda a cambio de un último marido. Se retiró con él a un antiguo torreón y se dice que se divertía, mientras jugaba al tiro al blanco, en arrojar a los fosos jarras vacías por encima de su cabeza. Aseguran que una de esas jarras, al ser retirada de los fosos, tenía una inscripción de cuatro versos cuyo sentido es el siguiente: "Sachez que dame Jacqueline, ayant bu une suele fois dans cette cruche, la jeta par-dessus sa tête dans le fossé ou elle disparut." [Sabed que doña Jacqueline, habiendo bebido una sola vez en esta jarra, la arrojó por encima de su cabeza a un foso en donde desapareció.] Reiffenberg, notas sobre Barante, IV, 396; cf. los *Archives du nord de la France*, t. IV. la entrega, según un ms. de la Bibl. de la Universidad de Lovaina, y el trabajo que prepara Van Ertborn). El 1 de diciembre de 1424, Jacqueline, explica las causas de la nulidad de su matrimonio con el Duque de Brabante: "Doudit mariage et alliance sentoit sa conscience blechie, se estoit

Duque de Borgoña. La expresiva leyenda de los Países Bajos es la de la famosa condesa que dio a luz a trescientos sesenta y cinco hijos.²⁵ Los príncipes del país, sin llegar hasta eso, al menos parecen tratar de aproximarse. Un conde de Clèves tiene sesenta y tres bastardos.²⁶ Juan de Borgoña, Obispo de Cambray, oficia pontificalmente con sus treinta y seis bastardos e hijos de bastardos que le sirven en el altar.²⁷

Felipe el Bueno sólo tuvo dieciséis bastardos,²⁸ pero no menos de veintisiete mujeres, tres legítimas y veinticuatro amantes.²⁹ En esos tristes años de 1429 y 1430, durante la tragedia de la Doncella, él se entregaba por entero al gozoso asunto de su tercer matrimonio. Esta vez desposaba a Felipa de Lancaster,³⁰ una infanta de Portugal, inglesa por su madre. Por otra parte, los ingleses no pudieron retenerlo por más que le ofrecieron el mando de París;³¹ tenía prisa de

confiessée et l'en avoit estet bailie absolution, moyennant XII CT. couronnes a donner en amonsnes et en penance de corps que elle avoit accomplit." [De dicho matrimonio y alianza sentía herida su conciencia, se había confesado y le habían dado absolución mediante doce mil coronas para limosnas y penitencia corporal que ella cumplió.] *Particularités curieuses sur Jacqueline de Baviere*, p. 76, in-8, Mons., 1838.

²⁵ *Art de vérifier les dates*, Holanda 1276, III, 184 [léase 204].

²⁶ *Ibidem*, Clèves, III, 184. La parte relativa a los Países Bajos, como ahora se sabe, es del canónigo Ernst, sabio autor de la *Historia de Limbourg*, editada por Lavalleye, Lieja, 1837.

²⁷ Reiffenberg, *Histoire de la Toison d'or*, p. XXV [léase XXIV] de la Introducción.

²⁸ De este excelente príncipe, quedan no sé cuantas cartas y actas concernientes a los alimentos de los bastardos, pensiones de las madres y nodrizas, etc. (Véanse particularmente los *Archives de Lille*, cámara de cuentas, inventario, etc., t. VIII.)

²⁹ Reiffenberg, *Histoire de la Toison d'or*, introd., p. XXV [léase XXIV].

³⁰ El padre era el valiente bastardo Juan I, quien acababa de fundar una nueva dinastía como el bastardo Trastámara en Castilla. Era la gran época de los bastardos. A los doce años, el hábil y osado Dunois había declarado que no era hijo del rico y ridículo Canny, que no quería su sucesión y que él se llamaba el "bastardo de Orleáns".

³¹ Parece que los ingleses se vieron obligados: "Fut par les Parisiens requis

dejar ese país de hambruna, de regresar a Flandes, de recibir a su joven desposada. Las actas, las ceremonias, las fiestas, fueron celebradas, interrumpidas, vueltas a comenzar y se llevaron meses enteros. En Brujas, sobre todo, hubo galas inauditas, fabulosos regocijos, prodigalidades insesatas como para arruinar a todos los señores; y los eclipsaban los burgueses. Las diecisiete naciones que tenían sus establecimientos en Brujas desplegaron todas las riquezas del mundo. Las calles estaban tendidas con hermosos y suaves tapices de Flandes. Durante ocho días y ocho noches corrieron chorros de los mejores vinos; un león de piedra vertía el vino del Rin, un ciervo el de Baune, un unicornio lanzaba agua de rosa y malvasía durante las horas de la comida.³²

Pero el esplendor de la fiesta flamenca lo constituían las flamencas, las triunfantes bellezas de Brujas, tales como las ha pintado Rubens en su Magdalena del descendimiento de la Cruz. No ha de haber estado muy contenta la portuguesa al ver a sus nuevas súbditas. Ya la española Juana de Navarra se había despechado al verlas, y a su pesar había exclamado: "Aquí sólo veo reinas."³³

El día de su matrimonio (10 de enero de 1430), Felipe el Bueno instituyó la Orden del Vellocino de Oro,³⁴ "conquistado por Jasón", y tomó la conyugal y tranquilizadora divisa: "Otra no tendré."

au duc de Bourgogne qu'il lui plût a entreprendre le gouvernement de Paris." [Los parisienses le pidieron al Duque de Borgoña que tuviera a bien gobernar París.] (Monstrelet, V, 264.)

³² Monstrelet, V, 275, etc.

³³ Véase el t. III de nuestra historia.

³⁴ La absurda alegoría del siglo XV creyó ver en la Orden del Vellocino al triunfo de los pañeros de Flandes. Sin embargo no había manera de equivocarse. El galante fundador puso junto al vellocino un collar de pedernal con estas

¿Confiaba en ello la nueva esposa? Es de dudar. Ese vellocino de Jasón o de Gedeón³⁵ (como la Iglesia se apresuró en bautizar) era, después de todo, el vellocino de oro que recordaba los raudales dorados, las cascadeantes cabelleras de oro que Van Eyck, el gran pintor de Felipe el Bueno,³⁶ pone amorosamente sobre los hombros de sus santas. En la nueva orden, todo el mundo vio el triunfo de la belleza rubia, de la joven y floreciente belleza del Norte, a despecho de las sombrías bellezas del Mediodía. Parecía que el príncipe flamenco, consolando a las flamencas, les dirigiera esas palabras de doble sentido: "otra no tendré".

Bajo esas formas caballerescas, torpemente imitadas de las novelas, la historia de Flandes en ese tiempo no deja de ser como una fogosa kermés, alegre y brutal. Con el pretexto de torneos, de pasos de armas, de banquetes de la Mesa Redonda, sólo hay galanterías, amores fáciles y vulgares, interminables jolgorios.³⁷ El verdadero lema de la época es el que el señor de Ternant se atrevió a tomar en las justas de Arras: "¡Que satisfaga mis deseos, nunca otro bien!"³⁸

Podría sorprender que entre esas locas fiestas, magnificencias ruinosas, los negocios del Conde de Flan-

palabras: *Ante ferit quam flamma micat*. Se buscaron veinte sentidos, sólo hay uno. No es más oscura la jarretera de Inglaterra con su recatada divisa y la rosa de Saboya.

³⁵ Incluso más tarde al envejecer el príncipe, se hizo *Josué* de Jasón. [Reiffenberg, *Histoire de la Toison d'or*, p. XII-XXIV (léase XXVII).] En otra parte insisto sobre la importancia política de dicha orden.

³⁶ En el t. V de mi historia de la revolución hablo de lo que ese gran hombre hizo en las artes. Fue ayuda de cámara, después, consejero de Felipe el Bueno. Formaba parte de la embajada que fue a buscar a la infante Isabel a Portugal. Véase la relación en los *Documents inédits* publicados por Gachard, II, 63-91.

³⁷ La fiesta de los *comelones* y *bebedores* aún se celebraba en 1840 en Dilbeck y Zelick. Como premio se ofrece un diente de plata al mejor comelón, una canilla de tonel de plata al mejor bebedor.

³⁸ Nota de Reiffenberg sobre Barante, V, 264.

des parecían ir mucho mejor. Por más que diera, perdiera, derrochara, siempre le llegaba más. Iba acrecentando y redondeando su fortuna con la ruina general. Sólo encontró obstáculos en Holanda; pero sin mucho esfuerzo adquirió las posiciones dominantes del Somme y del Mosa, Namur, Péronne. Los ingleses, además de Péronne, le pusieron entre las manos Bar-sur-Seine, Auxerre, Meaux, los caminos de París, en fin, el mismo París.

Dicha tras dicha, la fortuna iba persiguiéndolo y abrumándolo y no le daba ni tiempo de respirar; había hecho caer en poder de uno de su vasallos a la Doncella, preciosa prenda que los ingleses hubieran comprado a cualquier precio. Y en el mismo momento, al complicarse su situación con una nueva dicha, se abría la sucesión del Brabante, pero no podía recogerla si no se aseguraba la amistad de los ingleses.

El Duque de Brabante hablaba de volver a casarse, de tener herederos. Murió muy oportunamente para el Duque de Borgoña.³⁹ Éste poseía casi todo lo que rodea el Brabante, quiero decir Flandes, Hainaut, Holanda, Namur y Luxemburgo. Le faltaba la provincia central, la rica Lovaina, la poderosa Bruselas. Era grande la tentación. Por eso no puso ninguna atención a los derechos de su tía,⁴⁰ de quien sin embargo recibió los suyos; incluso inmoló los derechos de sus pupilas, su propio honor, su probidad de

³⁹ Fallecido el 4 de agosto, según el *Art de vérifier les dates*, el 8 según Meyer. Estaba negociando con René de Anjou, heredero de Lorena, para desposar a su hija.

⁴⁰ Margarita de Borgoña, condesa de Hainaut, hija de Felipe el Atrevido y Margarita de Flandes, por la cual la herencia femenina de Brabante había llegado a la casa de Borgoña.

tutor.⁴¹ Puso la mano sobre el Brabante. Para conservar, para finiquitar los asuntos de Holanda y Luxemburgo, para rechazar a los de Lieja que acudían para sitiarse Namur,⁴² hacía falta quedar bien con los ingleses, es decir entregar a la Doncella.

Felipe el *Bueno*, según las ideas vulgares era un hombre bueno, tierno de corazón, sobre todo con las mujeres, buen hijo, buen padre, que lloraba fácilmente. Lloró los muertos de Azincourt; pero su alianza con los ingleses causó más muertes que Azincourt. Virtió torrentes de lágrimas en la muerte de su padre; después, para vengarlo, torrentes de sangre. Sensibilidad, sensualidad, ambas cosas a menudo van juntas. Pero la sensualidad, la concupiscencia, no por eso dejan de ser crueles dada la ocasión. Basta que el objeto deseado se esquite, que la concupiscencia lo vea huir y ocultarse a su tentativas, entonces se convierte en furia ciega... ¡Desgracia a quien le ponga obstáculos!... La escuela de Rubens, en sus bacanales paganas, mezcla con gusto tigres a los sátiros:⁴³ "Lust hard by hate."⁴⁴

El que tenía a la Doncella entre sus manos, Juan de Ligny, vasallo del duque de Borgoña, justamente se encontraba en la misma situación que su soberano. Estaba como aquél en un momento de codicia, de extrema tentación. Pertenece a la gloriosa casa de

⁴¹ La madre de Carlos y de Juan de Borgoña (hijo del Conde de Nevers, muerto en Azincourt) se había vuelto a casar con Felipe el Bueno en 1424, y él compartía con ella la guarda noble de sus dos entenados. Sobre la expoliación de la casa de Nevers, véase sobre todo la Bibl. real, mss., fondos Saint-Victor, núm. 1080, fol. 53-96.

⁴² Monstrelet, V, 298, agosto, 1430.

⁴³ Véanse entre otros cuadros, un Jordaens que pertenece al señor Pancoucke.

⁴⁴ Milton, *Paradise Lost*, I, 417.

Luxemburgo; el honor de ser pariente del emperador Enrique VII y del rey Juan de Bohemia bien valía que se le tratara con consideración; pero Juan de Ligny era pobre; era hijo menor de hijo menor.⁴⁵ Había tenido la habilidad de hacerse nombrar único heredero de su tía, la rica dama de Ligny y de Saint-Pol.⁴⁶ Esa donación, muy atacable, iba a serle disputada por su hermano mayor. En esa espera, Juan era el dócil y tembloroso servidor del duque de Borgoña, de los ingleses, de todo el mundo. Los ingleses lo requerían para que les entregara a la prisionera, y muy bien habrían podido tomarla en la torre de Beaulieu en Picardía donde Juan la había puesto. Por otra parte, si dejaba que la tomaran, perdería el favor del Duque de Borgoña, su soberano, su juez en el asunto de la sucesión, y que por lo consiguiente podía arruinarlo con una sola palabra. Provisionalmente la envió a su castillo de Beurevoir, cerca de Cambrai, en tierra imperial.

Los ingleses, exasperados por el odio y la humillación, requerían, amenazaban. Era tal su rabia contra la Doncella, que por haber hablado bien de ella, una mujer fue quemada viva.⁴⁷ Si la Doncella misma no era juzgada y quemada como bruja, si sus victorias no eran atribuidas al demonio, en la opinión del pueblo permanecerían siendo milagros, obras de Dios; pero entonces Dios estaba contra los ingleses, puesto que habían sido verdadera y lealmente bati-

⁴⁵ Era el tercer hijo de Juan, señor de Beurevoir, quien era hijo segundo-génito de Guy, conde de Ligny.

⁴⁶ Era inminente la muerte de la tía y tuvo lugar en 1431. [Véase el *Art de vérifier les dates*, condes de Saint-Pol, II, 780.]

⁴⁷ "Elle disoit... que dame Jehanne... estoit bonne." [Decía que doña Juana era buena.] *Journal du Bourgeois de Paris*, p. 411, ed. 1827.

dos; entonces su causa era la del diablo; no había término medio en las creencias de la época. Esa conclusión, intolerable para el orgullo inglés, lo era mucho más para un gobierno de obispos, como el de Inglaterra, el cardenal que dirigía a todo.

Winchester había tomado el asunto entre sus manos en estado casi desesperado. Al estar anulado Gloucester en Inglaterra, Bedford en Francia, él se encontraba solo. Había creído poder conducir el asunto llevando al joven rey a Calais (23 de abril), pero los ingleses no se movían. Había tratado de picarlos en su honor lanzando una ordenanza "contra aquellos que tienen miedo de los encantamientos de la Doncella".⁴⁸ Eso no tuvo efecto. El rey permanecía en Calais como barco encallado. Winchester se ponía en eminente ridículo. Después de haber reducido la cruzada de Tierra Santa⁴⁹ a la de Bohemia, se había contentado con la cruzada de París. El belicoso prelado, que había prometido officiar como vencedor en la iglesia de Nuestra Señora y consagrar ahí a su pupilo, encontraba todos los caminos cerrados; desde Compiègne el enemigo le cortaba el camino de Picardía, de Louviers, de Normandía. Mientras tanto la guerra se alargaba, el dinero se iba,⁵⁰ la cruzada se hacía humo. Aparentemente se inmiscuía el diablo; el cardenal sólo podía arreglárselas haciendo un proceso al maligno, quemando a la diabólica Doncella.

⁴⁸ "Contra terrificatos incantationibus Puellae." (Rymer, t. IV, p. 160, 165, 3 de mayo, 12 de diciembre 1430.)

⁴⁹ Proyectada por Enrique V.

⁵⁰ Aunque el cardenal se hizo dar mucho dinero, también ponía mucho del suyo. Un cronista asegura que la coronación se hizo *a expensas suas*; sin duda también hizo algunos pagos adelantados necesarios para el proceso: "... Magnificias suis sumtibus in regem Franciae... coronari." *Hist. Croyland. contin. apud Gale. Angl. script.*, I. 516.

Había que apoderarse de ella, sacarla de manos de los borgoñones. Había sido apresada el 23 de mayo; el 26 parte de Ruán un mensaje en nombre del vicario de la Inquisición requiriendo al Duque de Borgoña y a Juan de Ligny para que entregaran a esa mujer sospechosa de brujería. En Francia, la Inquisición no tenía gran fuerza; su vicario era un dominico muy miedoso y, sin duda, como los otros mendicantes, favorables a la Doncella. Pero se encontraba en Ruán bajo el terror del todopoderoso cardenal que lo tenía entre la espada y la pared. El cardenal acababa de nombrar capitán de Ruán a un hombre de acción, un hombre suyo, lord Warwick, gobernador de Enrique.⁵¹ Warwick tenía sin duda alguna dos cargos muy diversos, pero ambos de alta confianza, la guardia del rey y la de la enemiga del rey; la educación de uno, la vigilancia del proceso de la otra.⁵²

Como la carta del monje dominico era un documento de poco peso, se pidió escribir al mismo tiempo a la universidad. Parecía difícil que los universitarios ayudasen de buena gana a un proceso de inquisición papal en el momento en que iban a Basilea a luchar contra el papa por el episcopado. El mismo Winchester, jefe del episcopado inglés, debía

⁵¹ En su ordenanza, el pequeño Enrique VI dice: "Nous avons choisi le comte de Warwick..." "ad nos erudiendum... in et de bonis moribus, literatura, idiomate vario, nutritura et *facetia*..." Rymer, t. IV, pars IV, 1 de junio de 1428. Ese *molle atque facetum* que Horacio atribuye a Virgilio, como el don supremo de la gracia, parece algo raro, aplicado como lo es aquí al rudo carcelero de la Doncella. Además parece no haber sido más suave con su discípulo; la primera cosa que estipula al aceptar el cargo de gobernante es el derecho de *castigar*. Véanse artículos que presentó al consejo, Turner, II, 508.

⁵² Véase Comisión para pasar la revista del conde de Warwick, capitán del castillo, ciudad y puente de Ruán, y de una lanza a caballo, catorce a pie y cuarenta y cinco arqueros, para la seguridad del castillo, etc. *Archives du royaume*, K, 63, 22 de marzo de 1430.

preferir un juicio de obispos, o si podía, hacer actuar juntos a obispos e inquisidores. Ahora bien, justamente en su séquito y entre sus gentes tenía a un obispo muy apto para ese asunto, un obispo mendicante que vivía de su mesa y que seguramente juzgaría o juraría tanto como se necesitara.

Pierre Cauchon, obispo de Beauvais, no dejaba de tener méritos. Nacido en Reims,⁵³ muy cerca de la región de Gerson, era un doctor muy influyente de la universidad, amigo de Clémengis quien nos asegura que era "bondadoso y benefactor."⁵⁴ Esa bondad no le impidió ser uno de los miembros más agresivos del violento partido de la Cabocha. Como tal, fue expulsado de París en 1413. Volvió ahí con el Duque de Borgoña, se convirtió en Obispo de Beauvais y, bajo la dominación inglesa, la universidad decidió que conservara sus privilegios. Pero la invasión del norte de Francia por Carlos VII en 1429 fue funesta para Cauchon; trató de retener a Beauvais en el partido inglés, pero fue expulsado por los habitantes. No debió de divertirse en París junto al triste Bedford que no podía pagar su celo; fue a donde se encontraba la riqueza y el poderío, a Inglaterra, junto al Cardenal Winchester. Se hizo inglés, habló inglés. Winchester se dio cuenta de todo el partido que podía sacar de tal hombre; atrajo su apego haciendo por él tanto y más de lo que aquel nunca hubiera podido

⁵³ Véase Sobre Cauchon, Du Boulay, *Historia Univers. Parisiensis*, 912. El borgoñón Chastellain, ed. Buchon, 1836, p. 66, lo llama "Très-noble et solennel clerc." [Muy noble y solemne clérigo.] En otra parte hemos hablado de su extrema dureza con la gente de iglesia del partido contrario. Véase el *Religieux de Saint-Denis*, mss. Baluze, Bibl. real. tomo último, folio 176.

⁵⁴ Véase también la carta que Clémengis le dirige con el título "Contractus amicitiae mutuae." Nicol. de Clemang. *epistolae*, II, 323. Véase también la Introducción de Quicherat.

esperar, y como el Arzobispo de Ruán acababa de ser transferido a otra parte,⁵⁵ lo recomendó al papa para ese gran sitio.⁵⁶ Pero ni el papa ni el capítulo querían saber de Cauchon; Ruán, por entonces en guerra con la Universidad de París,⁵⁷ no podía tomar como arzobispo a un hombre de esa universidad. Todo fue suspendido; Cauchon, en presencia de esa magnífica presa, se quedó boquiabierto esperando siempre que el invencible cardenal apartara los obstáculos, lleno de devoción a él y no teniendo otro dios.

Que la Doncella hubiera sido aprehendida en el límite de la diócesis de Cauchon era muy buena oportunidad; cierto, eso no había sucedido en la diócesis, como juez ordinario, al rey de Inglaterra, para reclamar ese proceso y el 12 de junio una carta real le hizo saber a la universidad que el obispo y el inquisidor juzgarían juntos y concurrentemente. Los procedimientos de la Inquisición no eran los mismos que los de los tribunales ordinarios de la Iglesia. No obstante, no hubo objeción alguna. Las dos justicias querían verdaderamente actuar así, en convivencia. Sólo quedaba una dificultad: la inculpada estaba aún entre las manos de los borgoñones.

La universidad tomó la delantera; escribió nuevamente el Duque de Borgoña, a Juan de Ligny (14 de julio). Cauchon, en su celo, haciéndose el agente de los ingleses, mensajero suyo, se encargó de llevar la carta él mismo,⁵⁸ y la remitió a ambos duques. Al

⁵⁶ "Litterae directae Domino Summo Pontifici pro translatione D. Petri Cauchon, episcopi Belvacensis, ad ecclesiam metropolitanam Rothomagensis." Rymer, t. IV parte IV, p. 152, 15 de diciembre de 1429.

⁵⁷ Véase la amonestación de Ruán contra la universidad. Chéruel, 167.

⁵⁸ Cauchon recibía de los ingleses cien sueldos diarios, según un recibo suyo

mismo tiempo les hizo una conminación en su calidad de obispo, con el fin de que le entregaran una prisionera sobre la que tenía jurisdicción. En ese extraño acto, pasó del papel de juez al de negociador, y ofreció dinero; a pesar de que esa mujer no podía ser considerada como prisionera de guerra, el rey de Inglaterra daría dos o trescientas libras de renta al bastardo de Vendôme y, a aquellos que la retenían, la suma de seis mil libras. Luego, hacia el final de la carta aumenta la suma hasta diez mil francos, pero pone en relieve ese ofrecimiento: "Es tanto, señala, como se daría por un rey o príncipe, según la costumbre francesa."

Los ingleses no confiaban totalmente en las gestiones de la universidad y de Cauchon, por lo que no dejaban de emplear medios más eficaces. El mismo día en que Cauchon presentó su conminación, o al día siguiente, el consejo de Inglaterra prohibió a los mercaderes ingleses los mercados de los Países Bajos (19 de julio), en especial el de Amberes, impidiéndoles que compraran ahí telas y otros objetos por los cuales cambiaban su lana.⁵⁹ Eso equivalía a golpear al Duque en Borgoña, Conde de Flandes, en un lado muy sensible, el de las dos grandes industrias flamencas de la tela y el paño; los ingleses ya no iban a comprar una y dejaban de proveer la materia para la otra.

(comunicado por Jules Quicherat, a partir del ms. de la Bibl. real, colección Gaignière, vol. IV):

⁵⁹ Rymer, t. IV, parte IV, p. 165, 19 de julio de 1430. Para entender en su conjunto la especie de guerra comercial que comenzaba entre la joven industria inglesa y la de los Países Bajos, véanse las prohibiciones de importar en Flandes, paños y lanas hiladas en Inglaterra (1428, 1464, 1494), y finalmente la importación permitida (1499), con la promesa de reducir los derechos sobre la lana no trabajada que los ingleses venderían a los flamencos en Calais. *Rapport du jury sur l'industrie belge*, redactado por Gachard, 1836.

Mientras actuaban los ingleses de manera tan enérgica para perder a la Doncella, ¿actuaba Carlos VII para salvarla? Para nada, al parecer;⁶⁰ sin embargo tenía prisioneros entre sus manos, podía protegerla, amenazando con represalias. Incluso había negociado recientemente por intermedio de su canciller, el Arzobispo de Reims; pero ese arzobispo y los demás políticos no habían sido muy favorables hacia la Doncella. El partido de Anjou-Lorena, la vieja reina de Sicilia, que tan bien la había acogido, en ese momento no podía intervenir por ella ante el Duque de Borgoña. El Duque de Lorena estaba a punto de morir,⁶¹ disputaban de antemano su sucesión, y Felipe el Bueno sostenía a un competidor de Renato de Anjou, yerno y heredero del Duque de Lorena.

Así, por todos lados, ese mundo de interés y codicia se mostraba poco favorable a la Doncella, o cuando menos se mostraba indiferente. El buen Carlos VII nada hizo por ella, el buen Felipe la entregó. La Casa de Anjou quería Lorena, el Duque de Borgoña quería el Brabante; sobre todo quería la continuación del comercio flamenco con Inglaterra. También los pequeños tenían su interés: Juan de Ligny esperaba la sucesión de Saint-Pol; Cauchon, el Arzobispo de Ruán.

En vano la mujer de Juan de Ligny se echó a sus

⁶⁰ De l'Averdy sólo justifica al rey por conjeturas. Berriat-Saint-Prix lo considera inexcusable, p. 239. En las cartas en las que Carlos VII otorga diversos privilegios a los habitantes de Orleáns, inmediatamente después del sitio, no hay una sola palabra sobre la Doncella; la liberación de la ciudad era debida "a la divine grâce, au secours des habitants et a l'aide des gens de guerre". [a la gracia divina, a la ayuda de los habitantes y a la de los soldados.] *Ordonnances*, XIII, prefacio, p. 15. No obstante véase adelante la expedición de Saintrailles.

⁶¹ Falleció algunos meses después, el 25 de enero de 1431. *Art de vérifier les dates*, III, 54.

pies, en vano le suplicó no deshonrarse. Ya no era libre, ya había recibido dinero inglés;⁶² la entregó, no directamente a los ingleses, es verdad, sino al Duque de Borgoña. Esa familia de Ligny y de Saint-Pol con sus recuerdos de grandeza y sus ambiciones desenfrenadas, iba a perseguir la fortuna hasta el fin, hasta la Grève.⁶³ El que entregó a la Doncella parece haber sentido su miseria; sobre sus armas hizo pintar un camello sucumbiendo bajo el fardo, con el triste lema que los hombres de corazón desconocen: "Nadie está obligado a lo imposible."⁶⁴

⁶² Le pagaron antes del 20 de octubre, como lo prueba uno de los documentos copiados por Mercier en los archivos de Saint-Martin-des-Champs. Nota del abad Dubois, tesis, ed. Buchon, 1827, p. 217.

⁶³ Aquí se alude a la muerte del sobrino de Jean de Ligny, el famoso condestable Saint-Pol, quien por un momento creyó que podía formar un Estado entre las posesiones de las casas de Francia y de Borgoña, y fue decapitado en París en 1475.

⁶⁴ El mausoleo del "Toison d'or", Amst. 1689, p. 14, *Histoire de l'ordre*, IV, 26 [léase 27].

El proceso. Juana rehusa someterse a la Iglesia

¿Qué hacía entre tanto la prisionera? Su cuerpo se encontraba en Beaurevoir, su alma en Compiègne; combatía en cuerpo y alma por el rey que la abandonaba. Juana pensaba que sin ella la fiel ciudad de Compiègne iba a perecer y, al mismo tiempo, la causa del rey en todo el Norte. Ya había tratado de escapar de la torre de Beaulieu. En Beaurevoir, la tentación de huir fue aún más fuerte; sabía que los ingleses iban a pedir su entrega, sentía horror de caer entre sus manos. Consultaba a sus santas y no obtenía otra respuesta sino que era necesario sufrir, “que no sería liberada antes de haber visto al rey de los ingleses”. “Pero, entonces, decía para sí misma, ¿dejaría Dios morir a la pobre gente de Compiègne?”¹ En esa forma de viva compasión, la tentación venció. Por más que dijeron las santas, por primera vez no las escuchó; se lanzó de la torre y cayó al pie de ella casi muerta. Fue levantada por las damas de Lagny que la curaron, pero quería morir y estuvo dos días sin comer.

¹ “Comme Dieu layra mourir ces bonnes gens de Compiègne, qui ont esté et sont si loyaux a leur seigneur?” [¿Cómo dejará Dios morir a esas buenas gentes de Compiègne, que han sido y son tan leales con su señor?] Interrogatorio del 14 de marzo de 1431.

Ya entregada al Duque de Borgoña, fue conducida a Arras, después al torreón de Crotoy que después desaparecería entre las arenas. Desde ahí se veía el mar y a veces se distinguían las dunas inglesas, la tierra enemiga a la que había esperado llevar la guerra y liberar al duque de Orleans.² Cada día, un cura prisionero iba a decir misa a la torre. Juana rogaba ardientemente; pedía y obtenía. No por estar prisionera dejaba de actuar; mientras estuvo en vida, su plegaria atravesó los muros y disipó al enemigo.

En el día exacto que había predicho, según una revelación del arcángel, el de noviembre, Compiègne fue liberada. El Duque de Borgoña había avanzado hasta Noyón, como si hubiera querido recibir el ultraje desde más cerca y en persona. Todavía fue deshecho poco después en Germigny (20 de noviembre). En Péronne, Santrilles le ofreció batalla y él no se atrevió a aceptarla.

Esas humillaciones consolidaron sin duda la alianza del duque y los ingleses y lo hicieron decidirse a entregar a la Doncella. Pero bien hubiera bastado la sola amenaza del comercio. El Conde de Flandes, por caballero que se creyera y restaurador de la caballería, en el fondo era el servidor de los artesanos y mercaderes. Las ciudades que fabricaban paño, los campos que hilaban lino, no habrían podido soportar largo tiempo la interrupción del comercio y la desocupación; habría estallado una rebelión.

En el momento en que los ingleses tuvieron al fin a la Doncella y pudieron empezar el proceso, sus asuntos estaban bastante debilitados. Lejos de recuperar

² Interrogatorio del 12 de marzo de 1431.

Louviers, había perdido Châteauguillard; La Hire, que se apoderó de este lugar por medio de escalamiento, encontró ahí a Barbazán hecho prisionero, y desencadenó a ese temible capitán. Las ciudades se pasaban por sí mismas al partido de Carlos VII; los burgueses expulsaban a los ingleses. Los de Melun, tan cerca de París, expulsaron a su guarnición.

Para atajar, en lo que se pudiera, éste tan rápido descenso de la fortuna inglesa, lo menos que hacía falta era una grande y poderosa máquina. Winchester tenía una que podía utilizar: el proceso y el sacramento. Ambas cosas debían poder actuar juntas o, más bien, formaban un todo. Dishonar a Carlos VII, probar que había sido llevado a consagrar por una bruja, equivalía a santificar la consagración de Enrique VI; si uno era reconocido como el ungido por el diablo, el otro se convertía en el ungido de Dios.

Enrique entró en París el 2 de diciembre.³ A partir del 21 de noviembre, a la universidad se le había pedido escribir a Cauchon para acusarlo de lentitud, y para rogarle al rey que empezara el proceso. Cauchon no tenían ninguna prisa, aparentemente le costaba empezar la tarea, cuando el salario aún era tan incierto. No fue sino un mes después cuando se hizo dar por el capítulo de Ruán la autorización para proceder en dicha diócesis.⁴ Inmediatamente (3 de

³ Como el camino de Picardía estaba demasiado peligroso, se le hizo pasar por Ruán. En su carta, fechada en Ruán el 6 de noviembre de 1430, le otorga poderes al canciller de Francia para diferir la reapertura del parlamento: "Considérant que les chemins sont très dangereux et périlleux..." [Por considerar que los caminos son muy riesgosos y peligrosos...] Otra carta fechada en París, el 13 de noviembre, señala un nuevo plazo. *Ordonnances*, XIII, 159.

⁴ El capítulo sólo se decidió después de una deliberación solemne: "Vocentur ad deliberandum super petitis per D. episcopum Belvacensen, et compareant

enero de 1431) Winchester dio una ordenanza en la que se decía que el rey "habiendo sido requerido por el Obispo de Beauvais y exhortado por su querida hija, la Universidad de París, ordenaba a los guardias *conducir* a la inculpada con el obispo".⁵ Había dicho *conducir*, no ponían a la prisionera en manos del juez eclesiástico, sólo la prestaban, "salvo para volverla a tomar si no quedaba convicta". Los ingleses no arriesgaban nada, ella no podía escapar de la muerte; si fallaba el fuego, quedaba el hierro.

El 9 de enero de 1431, Cauchon abrió el proceso en Ruán. Hizo que se sentara cerca de él al vicario de la Inquisición y empezó por hacer una especie de consulta con ocho doctores, licenciados o maestros en artes de Ruán. Les mostró los informes que había recogido acerca de la Doncella. Esos informes, tomados de antemano y bajo el cuidado de los enemigos de la acusada, no les parecieron suficientes a los legistas de Ruán; eran tan poco, en efecto, que el proceso, en un principio definido como *proceso de magia*, a partir de esos erróneos datos, se convirtió en un *proceso de herejía*.

Cauchon, para conciliar a esos recalitrantes normandos, para volverlos menos supersticiosos respecto a la forma de los procedimientos, nombró a uno de ellos, Jean de la Fontaine, como consejero examinador. Pero el papel más activo, el de promotor del proceso, lo reservó a un cierto Estivet, uno de sus canónigos de Beauvais que lo había seguido. Encon-

sub poena pro quolibet deficiente amittendi omnes distributiones per octo dies... Assertiones pro quadam muliere in carceribus detenta... eidem in gallico exponantur et caritative moneatur..." Archivos de Ruán, reg. capitulares, 14-15, 1431, fol. 98 (comunicado por Chérueil). [Nota que se debe poner en 247.]

⁵ *Notices des mss.*, III, 13.

tró la manera de perder un mes en esos preparativos,⁶ pero finalmente Winchester, al haber vuelto el joven rey a Londres (9 de febrero), ya tranquilo por ese lado, se volvió a interesar vivamente en el proceso; sin fiarse en ninguno para vigilar su marcha, creyó, con razón, que el ojo del amo vale más y se estableció en Ruán para ver como lo instrumentaba Cauchon.

Lo primero que había que hacer era asegurarse del monje que representaba a la Inquisición. Cuando Cauchon reunió en casa de un canónigo a sus asesores, sacerdotes normandos y doctores de París, lo conminó a adherirse a él. El monje respondió que "si sus poderes eran considerados suficientes, haría lo que debería hacer". El obispo declaró suficientes esos poderes. Pero el monje todavía objetó que "quisiera verdaderamente abstenerse, tanto por escrúpulos de conciencia como por la seguridad del proceso", y sugirió que el obispo debería sustituirlo hasta que él mismo estuviera perfectamente seguro de que sus poderes bastaban.

Por más que dijo, no se pudo escapar; juzgó de grado o por fuerza. Lo que sin duda, además del miedo, ayudó a retenerlo, es el hecho de que Winchester mandó que le asignaran veinte sueldos de oro por sus penas.⁷ Tal vez el monje mendicante no había visto tanto oro en su vida.

⁶ El 13 de enero, Cauchon reúne algunos abades, doctores y juristas, diciéndoles que de los informes ya tomados se pueden extraer algunos artículos sobre los que se interrogaría a la acusada. Emplean diez días en elaborar ese pequeño extracto que es aprobado el 23, Cauchon entonces le encarga al normando Jean de la Fontaine, licenciado en derecho canónigo, hacer ese interrogatorio preliminar, especie de instrucción preparatoria, de encuesta sobre la vida y las costumbres por medio de la que se iniciaban los procesos eclesiásticos. *Notices des mss.*, t. III, 17. Véase sobre todo la Introducción de Quicherat.

⁷ Véase el recibo en los documentos copiados por Mercier en los archivos de Saint-Martin-des-Champs. Nota del abad Dubois, disertación, ed. Buchon, 1827, p. 219.

El 21 de febrero, la Doncella fue conducida ante sus jueces. El Obispo de Beauvais la amonestó "con dulzura y caridad" rogándole decir la verdad sobre lo que se le iba a preguntar, para abreviar su proceso y descargar su conciencia, sin buscar subterfugios. La respuesta fue ésta: "No sé sobre qué se me quiere interrogar; podríais preguntarme acerca de cosas de las cuales no diría nada." Consistió en decir verdad sobre todo lo que no concernía a sus visiones; "sobre ese punto, dijo, más bien me cortaríais la cabeza". No obstante, la convencieron para que jurara que iba a responder "acerca de lo que se relacionara con la fe".

Volvieron a hacerle nuevas instancias al día siguiente, 22 de febrero, y otras más el 24. Siempre se resistía: "Lo que dicen los niños es que *a menudo cuelgan a las gentes por haber dicho la verdad.*" Finalmente, harta de luchar, terminó por jurar "decir lo que supiera *acerca de su proceso*, pero no todo aquello que supiera".⁸

Interrogada sobre su edad, nombre y apodo, dijo que tenía alrededor de diecinueve años. "En el lugar donde nací, me llamaban Juanita y en Francia Juana..." En cuanto al apodo (la Doncella) parece que, por un capricho de modestia femenina, le hubiera dado pena decirlo, y eludió declararlo con una púdica mentira: "Del apodo, no sé nada."

Se quejaba de tener grilletas en las piernas. El obispo le dijo que, puesto que había tratado de escapar varias veces, se habían visto obligados a ponerse los. "Es verdad, dijo, lo he hecho; es cosa lícita en todo prisionero. Si pudiera escaparme, no podrían

⁸ Interrogatorio del 24 de febrero de 1431.

reprenderme por haber falseado mi palabra; nada he prometido.”

Le ordenaron decir el *Padre Nuestro* y el *Ave María* tal vez con la supersticiosa idea de que si estaba consagrada al diablo no podría decir esas plegarias. “Con gusto las diré si monseñor de Beauvais quiere oírme en confesión”, dijo. Diestra y conmovedora petición; al mostrar así su confianza a su juez, a su enemigo, habría hecho de él su padre espiritual y el testigo de su inocencia.

Cauchon rehusó; pero es fácil creer que se sintió conmovido. Por ese día levantó la sesión y al día siguiente no interrogó directamente, sino que encargó de ello a uno de sus asesores.

En la cuarta sesión, Juana estaba animada por una particular vivacidad. No ocultó que había escuchado a sus voces: “Me han despertado, dijo; junté las manos y les rogué que me dieran consejo, me dijeron: Pídelo a Nuestro Señor.” “—¿Y qué más dijeron? Que responda valientemente. —...No puedo decir todo, más bien tengo miedo de decir algo que os disguste, algo que no tengo por qué responder a vosotros. Os ruego que por ahora ya no me interroguéis.”

Al verla conmovida, el obispo insistió: —“Pero Juana, le dijo, ¿entonces disgusta uno a Dios diciendo cosas verdaderas?” —“Mis voces me han dicho ciertas cosas, no para vosotros, sino para el rey.” Y con vivacidad añadió: “¡Ah, si él supiera, estaría más a su gusto a la hora de cenar...! Desearía yo que supiera, y que no bebiera vino de aquí a Pascuas.”

En medio de esa ingenuidades, decía cosas sublimes: “Vengo de parte de Dios; no tengo nada que hacer aquí, devolvedme a Dios, pues de su parte he venido...”

“Decis que sois mi juez, reflexiona bien en lo que vais a hacer, pues en verdad soy la enviada de Dios; os ponéis en gran peligro.”

Sin duda esas palabras irritaron a los jueces, y entonces le dirigieron una insidiosa y páfida pregunta, pregunta tal que no sin crimen se le puede dirigir a un hombre vivo: “Juana, ¿crees estar en estado de gracia?”

Creían haberla atrapado en un lazo insoluble. Decir no era confesar que era indigna de ser el instrumento de Dios. Pero, por otra parte, ¿cómo decir que sí? ¿Quién de nosotros, frágiles criaturas, se encuentra aquí abajo seguro de estar en verdad en la gracia de Dios? Ninguno, sólo el orgulloso, el presuntuoso, el que justamente de todos es el que más lejos se encuentra de ella. Juana desató ese nudo con una simplicidad heroica y cristiana:

“Si no estoy, que Dios quiera ponerme. Si estoy, que Dios quiera mantenerme.”⁹

Los fariseos se quedaron estupefactos...¹⁰

Pero a pesar de su heroísmo, sin embargo era una mujer... Después de esas palabras sublimes, tuvo una recaída, se enterneció dudando de su estado, como es natural en un alma cristiana, interrogándose y tratando de alentarse: “¡Ah, si supiera que no estoy en la gracia de Dios, sería la criatura más doliente... Pero, si estuviera en pecado, no vendría la voz, sin duda... Quisiera que cada quien pudiera escucharla como yo misma...”

Esas palabras daban asidero a los jueces. Después

⁹ Interrogatorio del 24 de febrero, ed. Buchon, 1827, p. 68.

¹⁰ “Fuerunt multum stupefacti, et illa hora dimiserunt.” Proceso de revisión, *Notices des mss.*, III, 477.

de una larga pausa, volvieron a la carga con odio redoblado y una tras otra le hicieron las preguntas que podían perderla. ¿No le habían dicho las voces que *odiara* a los borgoñones? ¿No iba en su infancia al *árbol de las hadas*?, etc. Habrían ya querido quemarla como bruja.

En la quinta sesión la atacaron por un lado delicado y peligroso, el de las apariciones. El obispo, que de repente se había compadecido y puesto meloso, ordenó que le hicieran esta pregunta: —Juana, ¿cómo has estado desde el sábado, —Veis, lo veis, respondió la pobre prisionera cargada de grilletes, lo mejor que he podido.

Juana, ¿has ayunado todos los días de esta cuaresma? —¿Tiene que ver eso algo con el proceso? —Sí, ciertamente. —Y bien, sí, siempre he ayunado.

Entonces la interrogaron acerca de sus visiones, acerca de un signo que le habría aparecido al delfín, acerca de Santa Catalina y San Miguel. Entre otras preguntas hostiles e inconvenientes le preguntaron: —Si San Miguel *estaba desnudo*, ¿cuándo se te aparecía?... A esa vil cuestión, sin comprender, replicó con pureza celestial: —¿Pensáis, entonces, que Nuestro Señor no tiene con qué vestirlo?¹¹

El 3 de marzo le hicieron otras preguntas extrañas para hacerle confesar alguna intimidación con el diablo: —¿Tienen cuerpos, ese San Miguel, esas santas? ¿Son de verdad ángeles esas figuras? —Sí, tan firmemente lo creo como creo en Dios. Esa respuesta fue cuidadosamente anotada.

De ahí pasaron al traje de hombre, al estandarte:

¹¹ Interrogatorio del 27 de febrero, ed. Buchon, 1827, p. 75. Véanse también las demás preguntas extrañas de los casuistas, p. 131 *et passim*.

—¿No se hacía la gente de armas estandartes semejantes al tuyo? ¿No los cambiaban por los suyos? —Sí, cuando la lanza estaba rota. —¿No dijiste que esos estandartes daban suerte? —No, solamente decía: Id osadamente entre los ingleses, y yo misma iba.

—Pero, ¿por qué fue llevado ese estandarte en lugar del de los otros capitanes a la iglesia de Reims, a la consagración? —...Había estado en la pelea, razón había para que estuviera en el honor.¹²

—¿Qué pensaban las gentes que te besaban los pies, las manos y los vestidos? —Las pobres gentes venían con gusto a mí porque yo no les causaba disgusto, la sostenía y defendía en lo que pudiera.¹³

No había corazón humano que no se sintiera conmovido con tales respuestas. A partir de entonces Cauchon creyó prudente proceder con algunos hombres seguros, calladamente. A partir del momento en que el proceso se inicia, empieza a verse que el número de los asesores varía en cada sesión;¹⁴ algunos se van, otros llegan. Asimismo varía el lugar de los interrogatorios; interrogada primero en la sala del castillo de Ruán la acusada seguidamente lo es en la prisión. Cauchon, “para no fatigar a los demás”, llevaba ahí solamente a dos asesores y a dos testigos (del 10 al 17 de marzo). Lo que tal vez lo alentó a proceder a puerta cerrada es que a partir de entonces estaba seguro del apoyo de la Inquisición; el vicario de ésta por fin había recibido del Inquisidor general

¹² Interrogatorios del 3 y del 17 de marzo, pp. 81-82, 132-133.

¹³ *Ibidem*, 3 de marzo, p. 84.

¹⁴ Treinta y nueve asesores en el primer interrogatorio; en el segundo del 22 de febrero, cuarenta y siete; el 24, cuarenta; el 27, cincuenta y tres; el 3 de marzo, treinta y ocho, etc. *Notices des mss.*, t. III, 28.

de Francia la autorización para juzgar con el obispo (12 de marzo).

En esos nuevos interrogatorios se insiste solamente sobre algunos puntos indicados de antemano por Cauchon.

—¿Te ordenaron las voces esa salida de Compiègne en la que fuiste aprehendida? No responde directamente: —Las santas me habían dicho, sí, que yo sería apresada antes del día de San Juan, que era necesario que así fuera, que no debía asombrarme, sino tomar todo con paciencia, y que Dios me ayudaría... Puesto que Dios así lo ha querido, es para bien por lo que he sido apresada.

—¿Crees haber obrado bien al partir sin el permiso de tus padres? ¿No debe uno honrar a su padre y a su madre? —Me han perdonado. —Entonces, ¿piensas no pecar al actuar así? —Dios lo ordenaba; aun cuando tuviera cien padres y cien madres, habría partido.¹⁵

—¿No te han llamado las voces hija de Dios, hija de la Iglesia, hija de gran corazón? —Antes que el sitio de Orleáns se levantara, y después, las voces me han llamado y me llaman todo los días: “Juana, la Doncella hija de Dios.”

—¿Estuvo bien haber atacado París el día de la Natividad de Nuestra Señora? —Es bueno guardar las fiestas de Nuestra Señora; en conciencia, sería bueno guardarlas todo los días.

—¿Por qué saltaste de la torre de Beaurevoir? (Habrían querido hacerle decir que quería matarse). —Oí decir que todas las pobres gentes de Compiègne

¹⁵ *Procès*, ed. 1827, 12 de marzo, p. 98.

iban a ser muertas, incluso los niños de siete años; por otra parte sabía que me habían vendido a los ingleses; hubiera preferido morir a estar en manos de los ingleses.¹⁶ —¿Oodian a los ingleses Santa Catalina y Santa Margarita? —Ellas aman lo que ama Nuestro Señor y odian lo que él odia. —¿Odia Dios a los ingleses? —Del amor u odio que Dios tiene a los ingleses y lo que hace de sus almas, nada sé; pero bien sé que serán arrojados de Francia, salvo los que ahí perezcan.¹⁷

—¿No es pecado mortal tener a un hombre para rescate y luego hacerlo morir? —No lo he hecho. —Entonces, Franquet de Arras, ¿no fue conducido a la muerte? —Consentí en ello al no haberlo podido cambiar por uno de mis hombres; confesó ser un bandido y un traidor. Su proceso duró quince días en el tribunal de Senlis. —¿No diste dinero al que aprehendió a Franquet? —No soy tesorera de Francia para dar dinero.¹⁸

—¿Crees que tu rey ha hecho bien en matar o mandar a matar a monseñor de Borgoña? —Fue una gran pérdida para el reino de Francia; pero, hubiera lo que hubiera entre ellos, Dios me ha enviado para socorrer al rey de Francia.¹⁹

—Juana, ¿sabías por medio de las revelaciones si escaparías? —Eso no concierne a este proceso; me remito a Nuestro Señor, que de ello hará su voluntad... Y luego de un silencio continuó diciendo: —A

¹⁶ *Procès*, ed. 1827, 14 de marzo, p. 108. A una pregunta análoga que le hicieron el día siguiente, responde que todavía huiría si Dios lo permitiera: “Faceret ipsa *une entreprinse* [un intento], allegans proverbium gallicum: Ayde-toi, Dieu te aydera.” [Ayúdate, Dios te ayudará.] Proceso ms., 15 marzo.

¹⁷ Interrogatorio del 17 de marzo, ed. Buchon, 1827, p. 127.

¹⁸ *Ibidem*, 14 de marzo, p. 112.

¹⁹ *Ibidem*, 17 de marzo, ed. Buchon, 1827, p. 130.

fe mía, no sé la hora, ni el día. Hágase la voluntad de Dios —Entonces, ¿tus voces no te han dicho nada en general? —Bueno, sí, me han dicho que sería liberada, que esté contenta y sea valiente...²⁰

Otro día añadió: “Las santas me dicen que seré liberada victoriosamente.” También me dicen: “Tómalo todo con paciencia; no te preocupes de tu martirio, por fin llegarás al reino del Paraíso.”²¹ —Y luego que te dijeron eso, ¿estás segura de ser salvada y no ir al infierno? —Sí, creo tan firmemente lo que me han dicho como si ya estuviera salvada. —Esa respuesta es de mucho peso. —Sí, es para mí un gran tesoro. —Entonces, ¿crees que no puedes caer en pecado mortal? —Nada sé, de todo me remito a Nuestro Señor.

Los jueces por fin habían llegado al verdadero terreno de la acusación, ahí habían encontrado un fuerte asidero. No había manera de hacer pasar por bruja, por secuaz del diablo a esa casta y santa muchacha; tenían que renunciar a ello; pero, en esa santidad misma, como en la de todos los místicos, había un lado atacable: la voz secreta igualada o preferida a las enseñanzas de la Iglesia, a las prescripciones de la autoridad; la inspiración, pero libre; la revelación, pero personal; la sumisión a Dios, ¿cuál Dios?, el Dios interior.

Terminaron esos primeros interrogatorios preguntándole si quería someter todos sus dichos y hechos a la determinación de la Iglesia. A eso respondió: “Amo a la Iglesia y quisiera apoyarla con todo mi poder. En cuanto a las buenas obras que he hecho,

²⁰ *Ibidem*, 3 y 14 de marzo, p. 79, III.

²¹ *Ibidem*, 14 de marzo, 1827, p. 111.

es el Rey del cielo quien me ha enviado y a quien debo reportarme.”²²

Al volver a repetir la pregunta, no dio otra respuesta, pero añadió: “Es todo uno, Nuestro Señor y la Iglesia.”

Entonces le dijeron que había que distinguir, que existía la Iglesia *triunfante*, Dios, los santos, las almas gloriosas, y la Iglesia *militante*, dicho de otra manera: el papa, los cardenales, los clérigos, los buenos cristianos; esta última Iglesia, “perfectamente reunida” no puede equivocarse y es gobernada por el Espíritu Santo. —¿No te quieres entonces someter a la Iglesia *militante*? —He sido enviada al rey de Francia por Dios, la Virgen María, los santos y la Iglesia *victoriosa* de las alturas; a dicha Iglesia me someto, yo, mis obras, lo que he hecho y lo que haré. —¿Y la Iglesia *militante*? —Por ahora no responderé más.

Si creyéramos a uno de los asesores, ella habría dicho que en ciertos puntos no creía en abad, papa, ni en ninguno; que lo que tenía, le venía de Dios.²³

La cuestión del proceso se encontró así planteada en su simplicidad, en su grandeza; se abrió el verdadero debate: por una parte, la Iglesia visible y la autoridad; por la otra, la inspiración, testimonio de la Iglesia invisible... Invisible para los ojos vulgares, pero la piadosa muchacha la veía claramente, la contemplaba sin cesar y la escuchaba en ella misma; en su corazón llevaba a esas santas y a esos ángeles... Ahí se encontraba la Iglesia para ella, ahí resplande-

²² Interrogatorio del 17 de marzo, ed. Buchon, 1827, p. 125.

²³ “Non crederet nec praelato suo, nec papae, nec cuicumque, quia hoc habebat a Deo.” *Notices des mss.*, III, 477.

cía Dios, ¡y cuán oscuro se encontraba Él en cualquier otra parte!

Al ser tal el debate, no había más remedio, la acusada iba a perderse. No podía ceder; sin mentir, no podía desaprobado, negar lo que veía y entendía de manera tan nítida. Por otra parte (podría decirse), ¿seguía la autoridad siendo autoridad si abdicaba su jurisdicción, si no castigaba? La Iglesia militante es una Iglesia armada, armada con la espada a dos filos, ¿contra quién? Aparentemente contra los indóciles.

En la persona de los razonadores, de los escolásticos, de los enemigos de la inspiración, era terrible esta Iglesia; terrible e implacable, al verse representada por el Obispo de Beauvais. Pero, entonces, ¿no había otros jueces por encima del obispo? El partido episcopal y universitario, que predicaba la supremacía de los concilios, ¿podía, en ese caso particular, dejar de reconocer como juez supremo a su Concilio de Basilea, que iba a iniciarse? Por otra parte, la Inquisición papal, el dominio vicario de ella, no negaba sin duda que la jurisdicción del papa fuera superior a la suya, que de ella emanaba.

Un legista de Ruán, ese mismo Jean de la Fontaine, amigo de Cauchon y hostil a la Doncella, no creyó poder dejar a conciencia a una acusada sin consejo, que ignorara que había jueces de apelación, que, sin sacrificar nada en el fondo, ella podía tener recursos. También dos monjes creyeron que se debía preservar el derecho supremo del papa. Por irregular que fuera que unos asesores visitaran aisladamente y aconsejaran a la acusada, esas tres honradas personas, que veían todas las formas violadas por Cauchon para que triunfara la iniquidad, no dudaron en

violarlas ellas mismas en interés de la justicia. Intrépidamente se dirigieron a la prisión, se hicieron abrir y aconsejaron la apelación. Al día siguiente ella apeló al papa y al concilio. Cauchon, furioso, hizo llamar a los guardias y les preguntó quién había visitado a la Doncella. El legista y los dos monjes se vieron en gran peligro de muerte.²⁴ A partir de ese día, desaparecen y con ellos desaparece del proceso la última imagen del derecho.

Cauchon, en principio, había esperado poner de su lado la autoridad de las gentes de ley, tan importante en Ruán. Pero claramente había visto que debería arreglárselas sin ellas. Cuando les comunicó las primeras actas del proceso, el jurista Jehan Lohier, uno de esos graves legistas le respondió inequívocamente que el proceso no valía nada, que nada estaba en regla, que los asesores no estaban libres, que se procedía a puerta cerrada, que la acusada, muchacha simple, no era capaz de responder sobre cosas tan importantes y a doctores tales. En fin, el hombre de la ley se atrevió a decirle al hombre de la Iglesia: "Este proceso va en contra del honor del príncipe del cual es partidaria esta muchacha; también habría que llamarlo a él y darle un defensor." Esa intrépida gravedad que recuerda la de Papiniano ante Caracalla, habría costado caro a Lohier. Pero el Papiniano normando no esperó como el otro la muerte sobre su curul; al instante partió a Roma.

Parece que Cauchon iba a estar mejor apoyado por los teólogos. Después de los primeros interrogatorios, armado de respuestas que ella había dado en su

²⁴ El inquisidor declaró que si perturbaban a los dos monjes, ya no tomaría ninguna parte en el proceso. *Ibidem*, 502.

contra, se encerró con sus íntimos, ayudándose sobre todo con la pluma de un hábil universitario de París para extraer de esas respuestas un pequeño número de artículos, de los cuales debería tomarse el parecer a los principales doctores y cuerpos eclesiásticos. Ése era un uso detestable, pero, en fin (dígase lo que se diga) era el uso ordinario y regular de los procesos de Inquisición. Esas proposiciones extraídas de las respuestas de la Doncella y redactadas en forma general tenían la falsa apariencia de la imparcialidad. En realidad, no eran sino una deformación de sus respuestas, y no podían dejar de ser calificadas por los doctores consultores de acuerdo a la hostil intención del inicio redactor.²⁵

Cualquiera que haya sido la reacción de los doctores consultados; cualquier terror que pesara sobre ellos, sus respuestas estuvieron lejos de ser unánimes contra la acusada. Entre esos doctores, los verdaderos teólogos, los creyentes sinceros, aquellos que habían conservado la firme fe de la Edad Media, no podían rechazar tan fácilmente las apariciones, las visiones. Habría hecho falta dudar también de todas las maravillas de la vida de los santos, discutir todas las leyendas. El venerable Obispo de Avranches, a quien fueron a consultar, respondió que, según las doctrinas de Santo Tomás, no había nada imposible en lo

²⁵ Primeramente les fueron comunicadas a algunos de los asesores que Cauchon creía más seguros. No obstante, éstos creyeron que era su deber añadir una corrección a los artículos: "Elle se soumet à l'Église militante, en tant que cette Église ne lui impose rien de contraire à ses révélations faites et à faire." [Se somete a la Iglesia militante, siempre y cuando esta Iglesia no le imponga nada contrario a sus revelaciones ya hechas y a las que haga.] Cauchon, no sin razón, creyó que esa sumisión condicionada no era una sumisión, y se hizo cargo de suprimir semejante corrección. *Ibidem*, 411.

que afirmaba la muchacha, nada que se pudiera rechazar a la ligera.²⁶

El Obispo de Lisieux confesó que las revelaciones de Juana podían haberle sido dictadas por el demonio pero añadió humanamente que también podían ser *simples mentiras*, y que, si no se sometía a la Iglesia, debería ser considerada cismática y vehementemente *sospechosa* en su fe.

Varios legistas respondieron como normandos, encontrándola culpable y muy culpable, *a menos que tuviera orden de Dios*. Un bachiller fue más lejos; aun condenándola, pidió que, vista la fragilidad de su sexo, *se le hiciesen repetir las doce proposiciones* (con toda razón suponía que no se las habían comunicado), y que en seguida se enviasen al papa. Esto hubiera acarreado un aplazamiento indefinido.²⁷

Los asesores, reunidos en la capilla del arzobispo, decidieron en su contra respecto a las proposiciones. El capítulo de Ruán, también consultado, no tenía prisa en dar su decisión, en dar esa victoria al hombre que detestaba, que le daba miedo tener como arzobispo. El capítulo hubiera preferido esperar la respuesta de la Universidad de París, a la que pedían su parecer. La respuesta de París era de esperar: el partido galicano, universitario, no podía ser favorable a la Doncella; el Obispo de Coutances, hombre de ese partido,²⁸ sobrepasó a todos los demás en la dureza y la extravagancia de sus respuestas. Le escribió al Obispo de Beauvais, diciéndole que la consideraba

²⁶ *Notices des mss.*, III, 418.

²⁷ *Ibidem*, 52-53.

²⁸ Le escribió al obispo no queriendo, aparentemente, reconocer al inquisidor como juez. *Ibidem*, 53.

librada al demonio “porque no tenía las dos cualidades que exige San Gregorio, la virtud y la humanidad”, y que sus afirmaciones eran de tal manera heréticas, que aun cuando las revocara no por eso dejaría de ser necesario mantenerla bien vigilada.

La importante cuestión de saber si las revelaciones interiores deben callarse, o desaprobarse cuando la Iglesia lo ordena, cuestión tan debatida fuera y tan en alta voz, ¿no agitaba en silencio el alma de quien las afirmaba y creía en ellas con más fuerza? ¿No se libraba en el santuario mismo de la fe, en ese leal y sencillo corazón esa batalla de la fe...? Tengo razones para creerlo.

Tan pronto declaró que se sometía al papa y pidió serle enviada, luego distinguió y afirmó que en materia de fe estaba sometida al papa, a los prelados, a la Iglesia, pero que, por lo que había *hecho*, no podía más que remitirse a “su Rey, el juez del cielo y de la tierra”.

Por más cuidados que se hayan tomado en oscurecer tales cosas, en esconder ese lado humano en una figura que se desearía fuera completamente divina, son visibles las variaciones. Sin motivo se ha pretendido que los jueces lograron que se engañara respecto a esas cuestiones. Un testigo, con toda razón, afirmó que ella “era muy sutil, de una sutileza de mujer”.²⁹ Yo lo atribuiría más bien a esos combates internos. La enfermedad que la había afectado la acercó a la muerte. Su restablecimiento sólo tuvo lugar en el momento en que sus apariciones cambiaron; como ella misma nos lo hace saber, cuando el

²⁹ Deposition de Jean Beaupère, *Notices des mss.*, III, 509.

ángel Miguel, el ángel de las batallas, quien ya no la sostenía, cedió la plaza a Gabriel, el ángel de la gracia y del amor divino.

Durante la Semana Santa cayó enferma; sin duda la tentación comenzó en el domingo de Ramos.³⁰ Muchacha campirana, nacida a las orillas del bosque, ella, que siempre había vivido bajo el cielo, tenía que pasar ese hermoso día de Pascuas floridas en el fondo de la torre. El gran *socorro* que se invocaba a la Iglesia³¹ no acudió a ella; *la puerta no se abrió*.³²

El martes sí se abrió, pero fue para llevar a la acusada a la gran sala del castillo ante sus jueces. Le fueron leídos los artículos que se habían sacado de sus respuestas, pero previamente el obispo le mostró que “todos esos doctores eran gente de la Iglesia, clérigos y letrados en derecho, divino y humano; todos benignos y piadosos que querían proceder con suavidad, sin pedir venganza ni *castigo corporal*”³³ y solamente querían ilustrarla y ponerla en el camino de la verdad y la salvación; que, como no estaba suficientemente instruida en tan alta materia, el

³⁰ Un gran maestro de asuntos espirituales dijo: “Je ne sais pourquoi, Dieu choisit les jours de fetes les plus solennelles pour éprouver davantage et purifier ceux qui sont à lui... Ce n'est que là-haut, dans la fête du ciel, que nous serons délivrés de toutes nos peines.” [No sé por qué Dios eligió los días de fiesta más solemnes para hacer sufrir más y purificar a los que le pertenecen. Sólo allá, en las alturas, en la fiesta del cielo, es donde nos veremos liberados de todas nuestras penas.] Saint-Cyran, en las *Mémoires* de Lancelot, I, 64.

³¹ Domingo de Ramos, a la hora prima: “Deus in *adjutorium* meum intende...”

³² Todo mundo sabe que el oficio de esta fiesta es uno de los que han conservado las formas de la Edad Media. La procesión llega a la puerta de la iglesia y la encuentra cerrada, entonces el oficiante toca: “Attolite portas...” Y la *puerta se abre* al Señor.

³³ *Procès*, 3 de abril y no 27 [en las ediciones equivocadamente: 29] de marzo, como está en el ms. de Orleáns, donde hay mucha confusión en las fechas. Véase ed. Buchon, 1827, p. 139.

obispo y el inquisidor le ofrecían asistentes para aconsejarla". La acusada, en presencia de esa asamblea, en la que no veía un rostro amigo, respondió con dulzura: "En lo que me amonestan acerca de mi bien y nuestra fe, os los agradezco; en cuanto al consejo que me ofrecéis, no tengo intención de apartarme del consejo de Nuestro Señor."

El primer artículo concernía al punto capital: la sumisión. Respondió como antes: "Creo verdaderamente que nuestro Santo Padre, los obispos y demás gente de la Iglesia, están para vigilar la fe cristiana y castigar a quien desfallezca en ella. En cuanto a mis *hechos*, sólo me someteré a la Iglesia del cielo, a Dios y a la Virgen, a los santos y las santas del paraíso. No he fallado en la fe cristiana y no quisiera fallar."

Más tarde añadió estas palabras: "Prefiero mejor morir que revocar lo que he hecho por orden de Nuestro Señor."

Lo que pinta la época, el espíritu obtuso de esos doctores, su ciego apego a la letra sin consideración al espíritu, es que ningún punto les parecía más grave que el pecado de haberse puesto ropa masculina. Le mostraron que, según los cánones, los que así cambian la ropa de su sexo son abominables ante Dios. En principio no quiso responder directamente, y pidió un plazo hasta el día siguiente. Al insistirle los jueces para que se quitara ese atuendo, les dijo que "no dependía de ella decir cuándo se lo podría quitar". —¿Y si se te privara de oír misa? —Pues bien, Nuestro Señor bien puede hacérmela oír sin vosotros. —¿Quieres ponerte el traje de mujer para recibir a tu Salvador en Pascuas? —No, no puedo quitarme este

traje para recibir a mi Salvador, no veo ninguna diferencia entre éste u otro traje. Luego, parece quebrantada, y pide que al menos la dejen oír misa, y añade: "Todavía, si me dieran un vestido como los que llevan las hijas de los burgueses, un vestido *muy largo*."³⁴

Es evidente que se ruborizaba para explicarse. La pobre muchacha no se atrevía a decirles cómo se encontraba en su prisión, en qué continuo peligro. Hay que saber que tres soldados dormían en su cuarto,³⁵ tres de aquellos bandoleros conocidos como los *peleoneros*. Hay que saber que, encadenada a una viga con una gruesa cadena de hierro,³⁶ se encontraba casi a su merced; la ropa de hombre que querían hacerle quitar era su salvaguardia. ¿Qué decir de la imbecilidad del juez, o de su horrible connivencia?

Bajo la mirada de esos soldados, entre sus insultos y escarnios,³⁷ era además espiada desde fuera: Win-

³⁴ "Sicut filiae burgensium, unam houppelandam longam." Proceso latino, ms., domingo, 15 de marzo.

³⁵ "Cinq anglois, dont en demouroit de nuyt trois en la Chambre." [Cinco ingleses, de los cuales tres se quedaban en el cuarto.] *Notices des mss.*, III, 506.

³⁶ "De nuyt, elle estoit couchée ferrée par les jambes de deux paires de fers à chaine, et attachée moult estroitement d'une chaine traversante par les pieds de son lict, tenante à une grosse pièce de boys de longueur de cinq ou six pieds et fermante à clef, par quoi ne pouvoit mouvoir de la place." [Por la noche, se acostaba aherrrojada por las piernas con dos pares de grilletes de cadena, y sujeta muy estrechamente por una cadena que atravesaba los pies de su lecho, y estaba pegada a un gran pedazo de madera de cinco o seis pies de largo que se cerraba con llave, por lo que no podía moverse de lugar.] *Notices des mss.* Otro testigo dice: "Fuit facta una trabes ferrea, ad detinendam eam *erectam*." Proceso ms. de revisión, deposición de Pierre Cusquel.

³⁷ El conde de Ligny fue a verla con un lord inglés y le dijo: "Jeanne, je viens vous mettre à rançon, pourvu que vous promettiez que vous ne porterez plus les armes contre nous." [Juana, acabo de ponerte a rescate, a condición de que prometas no levantar más las armas contra nosotros.] Ella respondió: "Ah! mon Dieu, vous vous moquez de moi; je sais bien que vous n'en avez ni le vouloir, ni le pouvoir." [¡Ah! Dios mío, os burláis de mí, sé perfectamente que no tenéis el querer ni el poder.] Y cuando le repetía las mismas palabras, añadió: "Je sais bien que ces anglais me feront mourir, croyant apres ma mort gagner le

chester, el inquisidor, y Cauchon,³⁸ tenían cada uno llave de la torre y la observaban a toda hora; a propósito habían perforado la muralla; en ese infernal calabozo, cada piedra tenía ojos.

Todo su consuelo era que en principio habían permitido que se comunicara con ella a un sacerdote que se decía prisionero y del partido de Carlos VII. Ese Loyseleur, como se llamaba, era un normando del bando de los ingleses. Se había ganado la confianza de Juana y recibía su confesión, mientras unos notarios escondidos escuchaban y escribían... Se pretende que Loyseleur la alentó a resistir, para hacerla perecer. Cuando se deliberó si a Juana le darían tormento (cosa perfectamente inútil pues no negaba ni escondía nada), sólo hubo dos o tres hombres para aconsejar tal atrocidad, y el confesor fue de esos tres.³⁹

El deplorable estado de la prisionera se agravó en la Semana Santa debido a la privación de los socorros de la religión. El jueves, la Cena se le malogró; en ese día en que Cristo se hace huésped universal, en que invita a los pobres y a todos los que sufren, ella fue olvidada.⁴⁰

Durante el Viernes Santo, día de gran silencio, en que al cesar todo ruido cada uno sólo escucha su

royaume de France. Mais quand ils seroient cent mille *Godden* (centum mille *Godons* gallice) de plus qu'ils ne sont aujourd'hui, ils ne gagneroient pas le royaume. [Sé perfectamente que esos ingleses me harán morir, porque creen que después de mi muerte se van a apoderar del reino de Francia. Pero aun cuando fueran cien mil más godden de los que son ahora, no ganarían el reino.] El lord inglés se indignó tanto que sacó su daga para herirla, y lo hubiera hecho de no ser por la intervención del conde de Warwick. *Notices des mss.*, III, 371.

³⁸ No precisamente Cauchon, sino un hombre suyo, Estivet, promotor del proceso, *Notices des mss.*, III, 473.

³⁹ *Noatices des mss.*, III, p. 475, y *passim*. *Procès*, ed. Buchon, 1827, p. 164, 12 de mayo.

⁴⁰ “¿Usquequo oblivisceris me in finem?” *Oficios del Jueves Santo*, à laudes.

propio corazón, parece ser que el de los jueces haya hablado, que un sentimiento de humanidad y religión se haya despertado en sus viejas almas escolásticas. Lo que es cierto es que el miércoles se habían reunido treinta y cinco, y el sábado sólo eran nueve; sin duda los demás tomaron como pretexto las devociones del día.

Ella, por el contrario, había recuperado el ánimo; al asociar sus sufrimientos a los de Cristo, habíase reanimado. De nuevo respondió “que se remitiría a la Iglesia militante, *con tal de que no le ordenara cosa imposible*”. —Entonces, ¿crees no estar sujeta a la Iglesia que está en la tierra, a nuestro Santo Padre el papa, a los cardenales, arzobispos, obispos y preladados? —Sí, sin duda, siendo *servido Nuestro Señor*. —¿Te prohíben tus voces someterte a la Iglesia militante? —No lo prohíben, mientras *sirva primeramente a Nuestro Señor*.⁴¹

⁴¹ *Procès*, ed. Buchon, 1827, p. 155.

La tentación

Mantuvo esa firmeza el sábado. Pero al día siguiente, el domingo, ese gran domingo de Pascuas, ¿qué pasó con ella? ¿Qué le pasaba a ese pobre corazón cuando la fiesta universal estallaba ruidosamente por la ciudad, lanzaban por los aires sus alegres vuelos las quinientas campanas de Ruán,¹ resucitaba el mundo cristiano con el Salvador? ¡Ella permaneció en su muerte!

¡Cuál no sería en ese tiempo un aislamiento tan cruel! ¡Cuál no sería para un alma joven que sólo había vivido de fe!... Ella que, en su vida interior de visiones y revelaciones, no por eso había dejado de obedecer dócilmente los mandamientos de la Iglesia, ella que hasta entonces se había creído ingenuamente una muchacha sometida a la Iglesia, "buena muchacha" como ella decía, ¿podía ver sin terror que la Iglesia estaba contra ella? ¡Sola, cuando todos se unían en Dios! ¡Sola, excluida de la alegría del mundo y de la universal comunión, en el día en que la puerta del cielo se abre al género humano! ¡La única en ser excluida!...

¹ Relaciónese esto con lo que hemos dicho acerca de la profunda impresión que le causaban el sonido de las campanas, p. 24, nota 35, de esta edición.

¿Era injusta esa exclusión?... El alma cristiana es demasiado humilde para pretender jamás tener derecho a recibir a su Dios... ¿Quién era ella, después de todo, para contradecir a esos prelados, a esos doctores? ¿Cómo osaba hablar ante tanta gente hábil que había estudiado? ¿No había presunción y condenable orgullo en la resistencia de una ignorante a los doctos, de una simple muchacha a las personas de alta autoridad?... Ciertamente tuvo esos temores.

Por otra parte, esa resistencia no es la de Juana, sino más bien de las santas y ángeles que dictaron sus respuestas y la sostuvieron hasta entonces... ¿Por qué, ¡ay!, acuden pues más raramente en una necesidad tan grande? ¿Por qué esos consoladores rostros de las santas no aparecen más que en una dudosa luz y cada día más borrosos?... ¿Cómo no llega esa liberación tan prometida?... Ninguna duda cabe que la prisionera se haya hecho muy a menudo esas preguntas, que en voz baja, muy dulcemente, no haya reclamado a las santas y a los ángeles. Pero los ángeles que no cumplen, ¿son realmente ángeles de luz?... Espere-mos que ese horrible pensamiento no le atravesara la mente.

Tenía un medio de escapar. Era el de, sin retractarse expresamente, no afirmar más, que decir: "Me parece." Los legistas creían que era muy simple que dijera esas breves palabras.² Pero para ella, decir tales palabras de duda, era renegar en el fondo, y era abjurar al bello sueño de las amistades celestes, traicionar a las dulces hermanas de las alturas.³ Más

² Era la opinión de Lohier, *Notices des mss.*, III, 500-501.

³ "Sui fratres de Paradiso." Proceso ms. de revisión, deposición de Jean de Metz.

valía morir... Y en efecto, la infortunada, rechazada por la Iglesia visible, abandonada por la Iglesia invisible, por el mundo y por su propio corazón, desfallecía... Y el cuerpo iba en pos del alma desfalleciente...

Precisamente ese día ella había probado un pecado que el caritativo Obispo de Beauvais le enviaba;⁴ pudo creerse envenenada. Eso le habría interesado al obispo; la muerte de Juana habría terminado con ese embarazoso proceso, habría sacado al juez de apuros. Pero no era lo que les convenía a los ingleses. Lord Warwick dijo muy alarmado: "El rey no quisiera por nada del mundo que ella muriera de muerte natural; el rey la ha comprado, ¡ella le cuesta caro!...⁵ Es preciso que muera por la justicia, que sea quemada... Arregláoslas para curarla."

En efecto, tuvieron cuidado de ella, la auscultaron, la sangraron, pero no mejoró. Permanecía débil y casi moribunda. Sea que temiesen que así se escapara y muriera sin retractar nada, sea que ese debilitamiento del cuerpo diera esperanzas de que podrían sacar buen provecho de su estado mental, los jueces hicieron con ella una tentativa (18 de abril). Fueron a encontrarla a su cuarto y le mostraron que estaba en gran peligro si no quería tomar consejo y seguir el parecer de la Iglesia: "Me parece, en efecto, dijo, que visto mi mal, estoy en grave peligro de muerte.

⁴ "Eam interrogavit quid habebat, quae respondit quod habebat quod fuerat missa quaedam carpa sibi per episcopum Bellovacensem, de qua comederat, et dibutabat quod esset causa suae infirmitatis; et ipse de Estiveto ibidem praesens, redarquit eam dicendo quod male dicebat, et vocavit eam paillardam, dicens: Tu, paillarda, comedisti aloza et alia tibi contraria. Cui ipsa respondit quod non fecerat, et habuerunt ad invicem ipsa Joanna et de Estiveto multa verba injuriosa. Postmodumque ipse loquens... audivit ab aliquibus ibidem praesentibus quod ipsa passa fuerat multum vomitum." *Notices des mss.*, p. 471.

⁵ "Rex eam habebat caram emerat." *Ibidem*. [471].

Si es así, que Dios quiera hacer su voluntad conmigo; quisiera confesarme, recibir a mi Salvador y ser puesta en tierra santificada." —Si quieres tener los sacramentos de la Iglesia, es necesario que hagas como los buenos católicos y te sometas a la Iglesia. No replicó nada. Después, cuando el juez repitió las mismas palabras, le dijo: "Si el cuerpo muere en prisión, espero que lo pondrán en tierra santificada; si no lo hacen, remito eso a Nuestro Señor."

Ya en sus interrogatorios, había expresado una de sus últimas voluntades. A la pregunta: —¿Dices que llevas la ropa de hombre por orden de Dios, y sin embargo quieres tener camisa de mujer en caso de muerte?, respondió: —Basta con que sea larga.⁶ Esa conmovedora respuesta mostraba suficientemente que, en esa extremidad, estaba mucho menos preocupada de la vida que del pudor.

Los doctores predicaron por largo tiempo a la enferma, y el que estaba encargado especialmente de exhortarla, Nicolás Midy, uno de los escolásticos de París, acabó por decirle fríamente: —Si no obedeces a la Iglesia serás abandonada como sarracena. —Soy buena cristiana, —respondió dulcemente—, he sido verdaderamente bautizada, moriré como buena cristiana.

Esas lentitudes llevaban al colmo la impaciencia de los ingleses. Winchester había esperado poder poner fin al proceso antes de la campaña, arrancar una confesión a la prisionera, deshonar al rey Carlos. Hecha esa jugada, recuperaría Louviers,⁷ se ase-

⁶ *Procès*, ed. Buchon, 1827, pp. 158, 126.

⁷ "Non audebant, ea vivente, ponere obsidionem ante villam Locoveris." *Notices des mss.*, III, 473.

guraba Normandía, el Sena, y entonces podría ir a Basilea a comenzar otra guerra, la guerra teológica, asistiendo ahí como árbitro de la cristiandad, poniendo y deponiendo papas.⁸ Cuando tenía en perspectiva esos grandes proyectos, se veía obligado a aburrirse esperando lo que esa muchacha quisiera decir.

El torpe Cauchon, que se dejaba llamar de antemano "Monseñor el arzobispo", había, precisamente, predispuesto así al capítulo de Ruán⁹ del que solicitaban una decisión contraria a la Doncella. Entonces Winchester resolvió que, sin detenerse por la lentitud de esos normandos, se dirigieran directamente al gran tribunal teológico, la Universidad de París.¹⁰

Mientras esperaban la respuesta, hacían nuevas tentativas para vencer la resistencia de la acusada; se empleaba la astucia, el terror. En una segunda admonición (2 de mayo) el predicador, maese Chatillon, le propuso remitir de la verdad de sus apariciones a gente de su propio partido.¹¹ Ella no cayó en esa trampa. —Me atengo —dijo— a mi juez, el Rey del cielo y de la tierra. Esta vez ya no dijo como antes: "A Dios y al *papa*." —¡Pues bien! la Iglesia te dejará y correrás el peligro del fuego, para el alma y el

⁸ Como lo había hecho en el Concilio de Constanza. (Véase Endell Tyler, *Memoirs of Henry the Fifth*, II, 61 Londres, 1838.)

⁹ "La caedule que tenoit ledit monseigneur l'arcevesquë." [La cédula que tenía el dicho monseñor arzobispo.] (Lebrun, IV, 79, según el ms. de Urfé.)

¹⁰ Los doctores enviados a la universidad hablaron "au nom du roi" [en nombre del rey] en la gran asamblea que se reunió en los Bernardinos (Bulaeus, *Hist Univ. Parisiensis*, t. V, *passim*). Ese célebre convento en el que hubo tantas asambleas importantes de la universidad, en las que juzgaban a los papas, etc., aún subsiste. Es el almacén de aceites.

¹¹ Al Arzobispo de Reims, a La Trémouille, etc. También le ofrecieron consultar a la iglesia de Poitiers.

cuerpo. —Si hacéis lo que decís, en vuestro cuerpo y alma habrá gran malestar.

No se quedaron en vagas amenazas. A la tercera admonición que tuvo lugar en su cuarto (11 de mayo) se hizo acudir al verdugo, afirmando que la tortura estaba lista... Pero eso no tuvo efecto, por el contrario, se encontraron con que ella había recuperado todo su valor, como nunca lo había tenido. Recuperada después de la tentación, había subido tanto como un grado hacia las fuentes de la Gracia. —El ángel Gabriel vino a fortificarme —dijo—, verdaderamente es él, las santas me lo han asegurado...¹² Dios ha sido siempre el Señor en todo lo que he hecho, el diablo nunca ha tenido poder en mí... Aun cuando me hiciérais arrancar los miembros y sacar el alma del cuerpo, no diré otra cosa. El espíritu resplandecía de tal manera en ella, que el mismo Chatillon, su último adversario, se conmovió y se convirtió en su defensor, declarando que un proceso conducido así le parecía nulo. Cauchon, fuera de sí, le hizo callar. Por fin, llegó la respuesta de la universidad. Respecto a los doce artículos, su decisión era que esa muchacha estaba consagrada al diablo, era impía hacia sus padres, tenía la sangre cristiana alterada.¹³ Ésa era la opinión de la facultad de teología. La facultad de derecho, más moderada, la declaraba propicia al castigo, pero con dos restricciones: 1o., si se obstinaba, 2o., si estaba en su buen juicio.

Al mismo tiempo la universidad escribía al papa, a los cardenales, al rey de Inglaterra, alabando al

¹² "L'ange Gabriel est venu me visiter le 3 mai pour me fortifier." [El ángel Gabriel vino a visitarme el 3 de mayo para fortificarme.] (Tercera monición, II de mayo.) Lebrun, IV, 90, según las mayúsculas latinas del proceso.

¹³ Véase este documento curioso en Bulaeus, *Hist. Univ. Paris.*, V, 395-401.

obispo de Beauvais y declarando que “consideraba que había mostrado elevada gravedad, santa y justa manera de proceder, de la que todos deberían estar muy contentos”.

Armados con esa respuesta, algunos querían que se la quemara sin esperar más; eso hubiera bastado para satisfacer a esos doctores cuya autoridad rechazaba, pero no para los ingleses; a éstos les hacía falta una retractación que *infamara* al rey Carlos. Probaron nueva admonición, con un nuevo predicador, maese Pierre Morice, que no tuvo mejor éxito; por más que hacía valer la autoridad de la Universidad de París, “luz de toda ciencia”, ella respondió: “Aun cuando viera al verdugo y al fuego, aun cuando estuviera en el fuego, no podría decir sino lo que he dicho.”

Así se había llegado al 23 de mayo, un día después de Pentecostés; Winchester ya no podía permanecer en Ruán, era preciso terminar. Entonces decidieron preparar una enorme y terrible escena pública que pudiera espantar a la obstinada, o cuando menos engañar al pueblo. Por la noche, la víspera, le enviaron a Loyseleur, Chatillon y Morice, para prometerle que si se sometía, si dejaba la ropa de hombre, sería remitida a las gentes de la Iglesia y saldría de manos de los ingleses.

Fue en el cementerio de Saint-Ouen, detrás de la bella y austera iglesia monástica (ya construida como ahora la vemos) donde tuvo lugar esa terrible comedia. Sobre un patíbulo había unos escaños que ocupaban el cardenal Winchester, los dos jueces y treinta y tres asesores, varios de éstos con sus escribas sentados a sus pies. Sobre el otro patíbulo, entre los ujieres

y los torturadores, estaba Juana en ropas de hombre; además había notarios para recoger sus confesiones, y un predicador que debía amonestarla. Abajo, entre la multitud, se podía distinguir a un extraño oyente, el verdugo sobre la carreta, completamente dispuesto a llevársela desde el momento en que le fuera adjudicada.¹⁴

El predicador de ese día, Guillaume Erard, célebre doctor, creyó que era su deber, en una ocasión tan bella, dar rienda suelta a su elocuencia, y con su extremo celo lo echó a perder todo. —¡Oh noble casa de Francia, decía, que siempre habías sido protectora de la fe, has sido así engañada, al ligarte a una hereje y cismática... Hasta entonces, la acusada escuchaba pacientemente, pero cuando el predicador, volviéndose hacia ella, le dijo, señalándola con el dedo: “Es a ti, Juana, a quien hablo, y te digo que tu rey es hereje y cismático.” Y la admirable muchacha, al escuchar esas palabras, olvidó en qué peligro estaba y exclamó: “A fe mía, señor, a pesar del respeto que os tengo, me atrevo a decir y a jurar, con peligro de mi vida, que él es el más noble cristiano de todos los cristianos, el que más ama la fe y la Iglesia, no es tal como vos decís.” “Hacedla callar”, gritó Cauchon.

De esta manera tantos esfuerzos, trabajos, gastos, se venían por tierra. La acusada sostenía lo dicho. Todo lo que esta vez obtuvieron de ella, era que aceptaba someterse al *papa*. Cauchon le respondió diciéndole que el “Papa está demasiado lejos”. Entonces se puso a leerle el acta de condena, ya preparada de ante-

¹⁴ Véanse las deposiciones del notario Manchon, del ujier Massieu, etc. *Notices des mss.*, III, 502, 505 *passim*.

mano; allí se decía, entre otras cosas; "Y además, con espíritu de obstinación, te has negado a someterte *al santo padre* y el concilio, etc." Mientras tanto, Loyseleur y Erard la conjuraban para que tuviera piedad de sí misma; el obispo interrumpió su lectura, al recuperar cierta esperanza. Pero entonces los ingleses se pusieron furiosos; un secretario de Winchester le dijo a Cauchon que bien se veía que él favorecía a la muchacha; el capellán del cardenal decía otro tanto. "Mientes en eso",¹⁵ exclamó el obispo. "Y tú, dijo el otro, tú traicionas al rey." Aquellas graves personas parecían a punto de venir a las manos en su propio tribunal.

Erard no se descorazonaba, amenazaba, suplicaba. Ora decía: "Juana, ¡tenemos tanta piedad de ti!...", ora: "¡Abjura, o serás quemada." Todo el mundo intervenía, incluso un bondadoso ujier, quien tocado de compasión, le suplicaba ceder y le aseguraba que la salvarían de manos de los ingleses y la enviarían a la Iglesia. "Y bien, firmaré", respondió. Entonces Cauchon, volviéndose hacia el cardenal, le preguntó respetuosamente lo que se debía hacer.¹⁶ "Admitirla en la penitencia", respondió el príncipe de la Iglesia.

El secretario de Winchester sacó de su manga¹⁷ una pequeñísima revocación de seis líneas (la que se publicó después tenía seis páginas), le puso la pluma en la mano, pero como ella no sabía firmar, sonrió y

¹⁵ "Mentiebatur, quia potius, quum iudex esset in causa fidei, deberet quaerere ejus salutem quam mortem." *Notices des mss.*, 485. Cauchon, a decir verdad, debía añadir que lo que interesaba a los ingleses era la retractación, más importante que la muerte.

¹⁶ "Inquisivit a cardinali Angliae quid agere deberet." *Notices des mss.*, III, página 484.

¹⁷ "A mapica sua." *Ibidem*, p. 486.

trazó un círculo; el secretario le tomó la mano y la hizo trazar una cruz.

La sentencia de gracia era muy severa: "Juana, por gracia y moderación te condenamos a pasar el resto de tu vida en prisión, en el pan del dolor y el agua de la angustia, para que allí llores tus pecados."

Fue admitida por el juez eclesiástico a hacer penitencia, y eso sin duda no debía ser en otra parte sino en las prisiones de la Iglesia.¹⁸ El *in pace* eclesiástico, por duro que fuera, al menos debía sacarla de manos de los ingleses, ponerla al abrigo de sus ultrajes, salvar su honor. Cuáles no serían su sorpresa y desesperación, cuando el obispo dijo fríamente: "¡Condúcenla al lugar de donde la trajeron!"

Entonces, nada se había logrado; engañada así, no podía dejar de retractarse de su retractación. Pero, aunque hubiera querido persistir en ello, la rabia de los ingleses no lo habría permitido. Habían ido a Saint-Ouen con la esperanza de quemar por fin a la bruja; esperaban anhelantes, pero creían que iban a regresar pagados con un pequeño pedazo de pergamino, una firma, un gesto... En el momento mismo en que el obispo interrumpió la lectura de la condena, las piedras volaron sobre el patíbulo, sin respeto al cardenal... Al descender a la plaza, los doctores estuvieron a punto de perecer; por donde

¹⁸ Véase en *Processus contra Templarios*, con qué insistencia los defensores de esa orden piden "ut ponantur in manu Ecclesiae." Las prisiones eclesiásticas tenían antes el inconveniente de que se permanecía ahí mucho tiempo. En 1384 vemos a un asesino que se disputaban las dos jurisdicciones del obispo y del preboste de París, y que reclama la del preboste pidiendo ser colgado por las gentes del rey más que por las del obispo, las que le habrían hecho padecer de antemano una larga y dura penitencia: "Flere dies suos, et poenitentiam, cum penuriis multimodis, agere, temporis longo tractu." (*Archives du royaume*, registros del parlamento, año 1384.)

quiera encontraban espadas desnudas que les ponían en la garganta; los ingleses, más moderados, se contentaban con insultarlos de palabra con el ultraje: "Sacerdotes, no os ganáis el dinero del rey." Los doctores, temblorosos, desfilando de prisa, les respondían: "No os inquietéis, no la dejaremos escapar."¹⁹

Y el que mostraba esa sed de sangre no era sólo la soldadesca, el *mob* inglés. Las gentes honradas, los grandes, los lores, no se mostraban menos encarnizados. Lord Warwick, el hombre del rey, su gobernador, repetía lo que decían los soldados: "Al rey le está yendo mal.²⁰ Ya no van a quemar a la muchacha."

Warwick, precisamente era, según las ideas inglesas, un hombre honrado, el cumplido inglés, el perfecto *gentleman*.²¹ Valiente y devoto como su amo, Enrique V, campeón celoso de la Iglesia *establecida*, había hecho una peregrinación a Tierra Santa y algún otro viaje caballeresco, sin faltar a un solo torneo en su camino. Él mismo organizó uno de los más brillantes y célebres a las puertas de Calais, donde desafió a toda la caballería de Francia. Un largo recuerdo quedó de esa fiesta; la valentía, la magnificencia de ese Warwick sirvieron bastante para preparar el camino al famoso Warwick, *hacedor de reyes*.

Con toda su caballería, no por eso Warwick dejaba de azuzar encarnizadamente la muerte de una mujer,

¹⁹ "Non curetis, bene rehaebimus eam." *Notices des mss.*, III, 486.

²⁰ "Quod rex male stabat." *Ibidem*.

²¹ "A true pattern of the knightly spirit, taste, accomplishments and adventures, etc." Fue uno de los embajadores enviados por Enrique V al Concilio de Constanza; allí fue desafiado por un duque al que mató en duelo. Turner, a partir de un manuscrito, da la descripción de su fastuoso torneo en Calais (Turner, II, 506).

de una prisionera de guerra; entre los ingleses, aun el mejor y el más estimado de todos, no había ningún escrúpulo de honor en matar por sentencia de sacerdotes y por medio del fuego a la que los había humillado por la espada.

Ese gran pueblo inglés, entre tantas buenas y sólidas cualidades, tiene un vicio que echa a perder esas mismas cualidades. Ese vicio inmenso, profundo, es el orgullo. Cruel enfermedad, pero que no deja por eso de ser su principio de vida, la explicación de sus contradicciones, el secreto de sus actos. En ellos, virtudes y crímenes, todo casi siempre es orgullo; también sus ridículos vienen de ahí. Ese orgullo es prodigiosamente sensible y doloroso; por él sufren infinitamente, y todavía ponen orgullo en esconder sus sufrimientos. No obstante, éstos se declaran; la lengua inglesa posee como propiedad característica dos palabras expresivas: *disappointment* y *mortification*.²²

Esa adoración de sí, ese culto interior de la criatura por ella misma, es el pecado que hizo caer a satanás, la impiedad suprema. Con tantas virtudes humanas, esa seriedad, esa honradez externa, esa habilidad de ingenio bíblico, ninguna nación se encuentra más lejos de la gracia. De Shakespeare²³ a Milton, de

²² Les debemos esas palabras. La de *mortificación* era, es verdad, empleada mucho en la lengua ascética; se aplicaba a la penitencia voluntaria que hace el pecador para someter la carne y apaciguar a Dios; lo que creo que es inglés, es haberla aplicado a los sufrimientos involuntarios de la vanidad, haberla hecho pasar de la religión de Dios a la del yo humano.

²³ No recuerdo haber visto el nombre de Dios en Shakespeare; si está, ha de ser raramente, por azar y sin sombra de sentimiento religioso. El verdadero héroe de Milton es satanás. En cuanto a Byron, no ha rechazado mucho el nombre de jefe de la escuela satánica que le daban sus enemigos; ese pobre gran hombre, tan cruelmente torturado por el orgullo, no se hubiera disgustado, según parece, de pasar por el diablo en persona. (Véase en mi *Introduction a l'histoire universelle* ese carácter de la literatura inglesa.)

Milton a Byron, su hermosa y sombría literatura es escéptica, judaica, satánica. "En derecho, dice muy bien un legista, los ingleses son judíos, los franceses cristianos."²⁴ Lo que dice por el derecho, un teólogo lo hubiera dicho por la fe. Los indios americanos, que a menudo poseen tanta penetración y originalidad, expresaban a su manera esa distinción: "Cristo, decía uno de ellos, era un francés que los ingleses crucificaron en Londres; Poncio Pilato, un oficial al servicio de la Gran Bretaña."

Los judíos nunca tuvieron tal encono contra Jesús como los ingleses contra la Doncella. Hay que decirlo, ella los había herido cruelmente en el lado más sensible, en la estima ingenua y profunda que tienen de sí mismos. En Orleáns, los invencibles gendarmes, los famosos arqueros, con Talbot a la cabeza, habían dado la espalda; en Jargeau, en una plaza y detrás de sólidas murallas, se habían dejado apresar; en Patay habían huido a la carrara, huido ante una muchacha... Eso era muy duro de pensar, eso era lo que esos taciturnos ingleses rumiaban sin cesar en sí mismos... Una muchacha les había metido miedo, y no era muy seguro que dajara de meterles miedo de nuevo, por encadenada que estuviera... No ella, aparentemente, sino el diablo del que era agente; al menos trataban de creerlo así y hacerlo creer.

Para eso, había sin embargo una dificultad, es que se la decía virgen, y que era notorio y perfectamente establecido que el diablo no podía pactar con una

²⁴ Esas palabras profundas, cuyo alcance no ha sido sentido, tal vez ni siquiera por quien las dijo, son de Houard. (Prefacio de las *Anciennes lois des Français conservées dans les coutumes anglaises de Littleton*, etc.)

virgen. El regente Bedford, la más sensata cabeza que hubiera entre los ingleses, resolvió esclarecer ese punto, y la duquesa, su mujer, envió a varias matronas para que declararan si en efecto era Doncella.²⁵ Precisamente esa declaración favorable se volvió contra ella, dando lugar a otra idea supersticiosa. Se imaginaron que esa virginidad era lo que hacía su fuerza, su poder; despojarla de ella, equivalía a desarmarla, a romper el sortilegio, hacerla descender al nivel de las demás mujeres.

La pobre muchacha, en un peligro semejante, sólo había tenido hasta entonces la defensa de la ropa de hombre. Pero, cosa extraña, nadie había querido comprender nunca por qué lo guardaba. Sus amigos, sus enemigos, todos estaban escandalizados. Desde el principio, se había visto obligada a explicárselo a las mujeres de Poitiers. Cuando fue tomada y estaba bajo la guarda de las damas de Luxemburgo, esas bondadosas damas le rogaron vestirse como convenía a una muchacha honesta. Las inglesas sobre todo, que siempre han hecho mucho alarde de castidad y pudor, debían considerar ese disfraz monstruoso e

²⁵ ¿Haría falta decir que el Duque de Bedford, generalmente tan estimado como hombre honesto y sensato, "erat in quodam loco secreto ubi videbat Joannam visitari"? *Notices des mss.*, III, 372.

²⁶ Era hermana del Duque de Borgoña, pero había adoptado las costumbres inglesas. El "Bourgeois de Paris" nos la muestra galopando siempre tras su marido. "Luy et sa femme qui partout où il alloit, le suivoit." [El y su mujer, quien donde quiera que él iba lo seguía.] *Journal du Bourgeois*, año 1428, p. 379. ed. 1827. "Et à cette heure s'en alloit le régent et sa femme par la porte Saint-Martin, et encontrèrent la procession, dont ils tinrent moult peu de compte; car ils chevauchèrent moult fort, et ceux de la procession ne purent reculer; si furent moult touillez de la boue que leurs chevaux jettoient par devant et derrière." [Y a esa hora iban el regente y su mujer por la puerta de San Martín y encontraron la procesión a la que no le hicieron caso puesto que cabalgaban muy rápido, y los de la procesión no pudieron retroceder y recibieron mucho lodo que proyectaban los caballos por delante y por detrás.] *Ibidem*, ann., 1427, p. 362.

intolerablemente indecente. La Duquesa de Bedford²⁶ le envió un vestido de mujer, pero, ¿con quién?, con un hombre, un sastre.²⁷ Ese hombre osado y familiar se atrevió precisamente a querer ponerle el vestido, y como ella lo rechazaba, sin miramientos puso la mano sobre ella, esa mano de sastre sobre la mano que había llevado la bandera de Francia..., ella le dio una bofetada.

Si las mujeres no comprendían nada de esa cuestión femenina, ¡Cuánto menos los sacerdotes!... Citaban el texto de un concilio del siglo IV que anatematizaba esos cambios de vestido.²⁸ No veían que esa prohibición se aplicaba especialmente a una época que salía apenas de la impureza pagana. Los doctores del partido de Carlos VII, los apologistas de la Doncella, se sienten embarazados para justificarla sobre ese punto; uno de ellos supone gratuitamente que, desde el momento en que se baja del caballo, vuelve a ponerse el traje de mujer; confiesa que Esther y Judith han empleado otros medios más naturales, más femeninos, para triunfar de los enemigos del pueblo de Dios.²⁹ Esos teólogos, completamente preocupados del alma, parecen haber hecho abstracción del cuerpo.

A condición que se siga la letra, la ley escrita, el alma será salvada; que la carne se convierta en lo que

²⁷ Parecería que las grandes damas se hacían vestir por sastres: "Cuidam Joanny Symon, sutori tunicarum... Quum induere vellet, eam accepit dulciter per manum..., tradidit unam alapam." *Notices des mss.*, II, 372.

²⁸ Εἰ τις γυνή διὰ νομιζομένην ἄσκησιν μεταβάλλοιτο ἀμφιάσμα καὶ ἀντὶ τοῦ εἰωθότου γυναικείου ἀμφιάσματος, ἀνδρεῖον ἀναλάβοι, ἀνάθεμά ἐστω. *Concil. Gangrense*, alrededor de 324, tit. XIII, *apud Concil. Labbe*, II, 420.

²⁹ "Licet ornarent se cultu solemniori, ut gratius pacerent his cum quibus agere conceperunt." (Gerson, *Opera*, ed. Du Pin, IV, 859.)

pueda... Hay que perdonar a una pobre y sencilla muchacha no haber sabido distinguir tan bien.

Aquí nuestra dura condición es que el alma y el cuerpo estén fuertemente ligados el uno al otro, que el alma arrastre a esta carne, que de ella sufra las contingencias y responda a ellas... Esta fatalidad siempre ha sido agobiante, pero ¡cuánto más lo es, bajo una ley religiosa que ordena soportar el ultraje, que no permite que el honor en peligro pueda escapar dejando ahí el cuerpo y refugiándose en el mundo de los espíritus!

La muerte

Ya despojada del atuendo de hombre, la infortunada prisionera tenía mucho que temer el viernes y el sábado. La brutalidad, el furioso odio, la venganza, todo incitaba a los cobardes a degradarla antes de que pereciera, a mancillar a la que iban a quemar... Podían verse, por otra parte, tentados a cubrir su infamia con una *razón de Estado* según las ideas de la época; al despojarle de su virginidad, sin duda iba a destruirse ese poder oculto del que tanto miedo tenían los ingleses; tal vez recuperarían valor al saber que después de todo no era sino una mujer. Según su confesor, a quien ella se lo reveló, un inglés, no un soldado, sino un *gentleman*, un lord, se había consagrado patrióticamente a ese designio, se había comprometido a violar a la muchacha encadenada, y, al no lograrlo, la había emprendido con ella a golpes.¹

¹ La inocente Doncella le reveló que... "on l'avait tourmentée violement en la prison, molestée, bastue et déchoullée, et qu'un millourt d'Angleterre l'avait forcée." [la habían atormentado violentamente en la prisión, maltratado, golpeado y rebajado, y que un milord de Inglaterra la había forzado.] *Notices des mss.*, III, 497, según el ms. Soubise. No obstante, en su segunda deposición redactada en latín, el mismo testigo dice: "Eam temptavit vi opprimere." (Lebrun, IV, 169.) Lo que permite creer que el atentado no se consumó, es que en sus últimas lamentaciones, la Doncella exclamaba: "...Qu'il faille que mon corps, net en entier, qui ne fut jamais corrompu, soit consumé et rendu en

"Al llegar el domingo, día de la Trinidad, cuando tuvo que levantarse por la mañana (como lo informó al que habla),² díjoles a los ingleses, sus guardias: —Quitadme los hierros para que pueda levantarme. Uno de ellos arrebató la ropa de mujer que estaba sobre ella, dejó caer el saco en que estaba el atuendo de hombre, y le dijo: —Levántate. —Señores —respondió ella—, sabéis que lo tengo prohibido; de veras no lo tomaré. —Ese debate duró hasta el mediodía, y finalmente, por necesidad corporal, se vio obligada a salir y ponerse esa ropa. De regreso, no quisieron darle otro, por más súplicas que hiciera."³

A los ingleses sinceramente no les convenía que volviera a ponerse el traje de hombre y anulara de esa manera una retractación obtenida con tanto esfuerzo. Pero en ese momento su rabia ya no conocía límites. Ya Saintrilles emprendía una osada tentativa contra Ruán. ⁴ ¡Qué buena jugada hubiera sido irrumpir en el tribunal y llevarse a los jueces, conducir a Winchester y Bedford a Poitiers! Bedford además estuvo a punto de ser capturado a su regreso, entre Ruán y París. En tanto viviera esa maldita muchaha, que sin duda continuaba sus maleficios en prisión, ya no había seguridad para los ingleses. Era preciso que pereciera.

cenizas." [Que haga falta que mi cuerpo, enteramente limpio, nunca corrompido, sea consumido y convertido en ceniza.]. *Notices des mss.*, III, 498.

² Deposición del ujier Massieu que la siguió hasta la hoguera. *Ibidem*, 506.

³ ¿No es asombroso que los señores Lingard y Turner supriman detalles tan esenciales, que disimulen la causa que obligó a la Doncella a volverse a poner el traje de hombre? Aquí el católico y el protestante no son más que ingleses.

⁴ ¿Había sido enviado por Carlos VII para liberar a la Doncella? No hay nada que lo indique. El rey creía haber encontrado la manera de arreglárselas sin ella; Saintrilles se hacía conducir por un pastorcito gascón. La expedición falló, y el pastor fue aprehendido. Alain Chartier, *Chronique du roi Charles VII*, y Jean Chartier, mayo 1431, ed. Codefroy, p. 47; *Journal du Bourgeois*, p. 427, ed. 1827.

Los asesores, a quienes de inmediato se les había prevenido para que fueran al castillo a ver el cambio de ropa, se encontraron en el patio con un centenar de ingleses que les cerraban el paso. Pensando que si entraban esos doctores podían echar a perder todo, levantaron sobre ellos las hachas, las espadas, y los expulsaron llamándolos *traidores armañiques*.⁵ Cauchon, quien fue introducido con mucho trabajo, se hizo el gracioso para quedar bien con Warwick, y dijo riendo: "Ya la tenemos."

Regresó el lunes con el inquisidor y ocho asesores para interrogar a la Doncella y preguntarle por qué había vuelto a ponerse ese traje. Ella no dio excusa alguna, sino que, afrontando su peligro con valentía, dijo que esa ropa le convenía más en tanto estuviera vigilada por hombres; que, por otra parte, no se le había cumplido la palabra dada. Sus santas le habían dicho que "daba mucha piedad haber abjurado para salvar su vida". Por lo demás no se rehusaba a volver a ponerse ropa de mujer. "Que me den una prisión cómoda y segura,⁶ me portaré bien y haré todo lo que pida la Iglesia."

Cuando salía, el obispo encontró a Warwick y a un grupo de ingleses; para mostrarse buen inglés con ellos, les habló en su lengua. "Farewell, farewell." Ese alegre saludo quería más o menos decir: "Buenas tardes, buenas tardes, asunto arreglado."⁷

El martes, los jueces le formaron al arzobispo una asamblea tal que en ella se encontraban algunos que

⁵ Deposition del notario Manchon. *Notices des mss.*, III, 502.

⁶ "In loco tuto." El proceso verbal pone en su lugar "Carcer graciosus". (Lebrun, IV, 167.)

⁷ "Faronnelle, faictes bonne chière, il en est fajct." [Faronnelle (sic) coman bien, ya estuvo.] Deposition de Isambart. *Notices des mss.*, III, 495.

sólo habían asistido a las primeras sesiones, otros nunca; por lo demás, se trataba de gentes de toda especie, sacerdotes, legistas, e incluso tres médicos. Se les rindió cuenta de lo que había pasado y se les pidió su parecer. Contrariamente a lo que se esperaba, su opinión fue que se debía hacer comparecer a la acusada otra vez y releerle su acta de abjuración. Es de dudar que tal cosa estuviera en poder de los jueces. En el fondo ya no había jueces, ni juicio posible, en aquella atmósfera saturada por la rabia de los soldados, en medio de las espadas. Se requería sangre; tal vez la de los jueces no estuviera lejos de derramarse. Rápidamente redactaron una convocatoria para que fuera notificada a las ocho del día siguiente; ya sólo iba a comparecer para ser quemada.

Por la mañana, Cauchon le envió como confesor al hermano Martín el Advenu, "para anunciarle su muerte e inducirla a penitencia... Y cuando hizo saber a la pobre mujer de qué muerte debía morir ese día, ella, deshecha, mientras se mesaba los cabellos exclamó dolorosamente: "¡Ay!, me tratan tan horrible y cruelmente que hará falta que mi cuerpo enteramente limpio, nunca corrompido, hoy se vea consumido y convertido en ceniza. ¡Ay, ay!, más bien preferiría que me decapitaran siete veces en vez de que me quemaran así!... ¡Ah!, pongo como testigo a Dios de todos los perjuicios y agravios que se me hacen."⁸

Después de esa explosión de dolor, se recuperó y se confesó; luego pidió comulgar. El hermano se sintió confundido, pero el obispo, al que consultaron, res-

⁸ Deposition de Jean Toutmouillé. *Notices des mss.*, t. III, 493.

pondió que se le podía dar la comunión “y todo lo que pidiera”. De esta manera, en el momento mismo en que la juzgaban como hereje relapsa y la excluían de la Iglesia, él le daba todo lo que la Iglesia da a sus fieles.

Tal vez un último sentimiento humano brotó en el corazón del malvado juez, y pensó que ya era mucho quemar a esa pobre criatura, sin desesperarla y condenarla. Tal vez, también, el malvado sacerdote, por una ligereza de descreído, otorgaba los sacramentos como algo sin consecuencia que después de todo sólo podía calmar y hacer callar a la paciente... Por lo demás, primero trataron de llevar a cabo dicha cosa calladamente, enviando la Eucaristía sin estola y sin luz. Pero el monje se quejó; y la Iglesia de Ruán, debidamente advertida, se dio gusto en testimoniar lo que pensaba del juicio de Cauchon y mandó el cuerpo de Cristo con gran cantidad de antorchas y numerosos clérigos que cantaban letanías y a lo largo de las calles iban diciéndole al pueblo arrodillado: “Rogad por ella.”⁹

Después de la comunión, que recibió con muchas lágrimas, se percató de la presencia del obispo y le dirigió estas palabras: “Obispo, muero por tu causa...” y añadió: “Si me hubieras puesto en prisiones de la Iglesia y dado guardias eclesiásticos, esto no hubiera sucedido... por eso recorro a Dios como testigo de lo que me haces.”¹⁰

Después, al ver entre los asistentes a Pierre Morice, uno de los que la habían sermoneado, le dijo: —¡Ah!, maese Pierre, ¿donde estará esta noche? —¿No tienes,

⁹ Deposition del hermano Jean de Levozoles. (Lebrun, IV, 183.)

¹⁰ Deposition de Jean Toutmouillé. *Notices des mss.*, III, 494.

pues, verdadera esperanza en el Señor? —¡Ah, sí, con ayuda de Dios, estaré en el Paraíso!

Eran las nueve; la vistieron con ropa de mujer y la colocaron en una carreta. A un lado suyo estaba el confesor, hermano Martín el Advenu, del otro, el ujier Massieu. El hermano Isambart, monje agustino quien ya había mostrado tanta caridad y valor, no quiso dejarla. Se asegura que también fue hacia la carreta el miserable Loyseleur y le pidió perdón; sin la intervención del conde de Warwick, lo hubieran matado los ingleses.¹¹

Tal vez, salvo su tentación de la semana santa, la Doncella no había desesperado nunca. Aun cuando decía, como a veces dijo: “Estos ingleses me harán morir”, en el fondo no lo creía. No se imaginaba que alguna vez pudiera verse abandonada. Tenía fe en su rey, en el buen pueblo de Francia. Expresamente había dicho: “En la prisión o durante el juicio habrá algún disturbio, por el cual seré liberada... ¡liberada victoriosamente!...”¹² Pero aun cuando el rey y el pueblo le hubieran fallado, tenía otro socorro, verdaderamente más poderoso, el de sus amigas de las alturas, las buenas y queridas santas... Mientras sitiaba Saint-Pierre y en el asalto la abandonaban los suyos, las santas habían enviado en su ayuda un ejército invisible. ¿Cómo desampararían a su obe-

¹¹ Esto, por lo demás, únicamente es un *decir* (*audivit dici...*), circunstancia dramática de la que la tradición popular tal vez ha ornado gratuitamente al relato. *Notices des mss.*, III, 488.

¹² *Procès français*, ed. Buchon, 1827, p. 79, III. “An suum consilium dixerit sibi quod erit liberata a praesenti carcere? Respondet: Loquamini mecum *infra tres menses*... Oportebit semel quod ego sim liberata... Dominus noster non permittet eam venire ita basse quin habeat succursum a Deo bene cito et *per miraculum*.” Proceso latino ms., 27 de febrero [léase 1 de marzo], 17 de marzo de 1431.

diente hija?, ¡tantas veces le habían prometido *salvación y alivio!*...

¿Cuáles fueron, pues, sus pensamientos, cuando vio que verdaderamente había que morir, cuando en la carreta atravesaba una multitud temblorosa vigilada por ochocientos ingleses armados con lanzas y espadas? Lloraba y se lamentaba, no obstante, sin acusar a su rey ni a sus Santos..., tan sólo se le escaparon estas palabras: “¡Oh, Ruán, Ruán!, ¿debo entonces morir aquí?”

El mercado de pescado, el mercado viejo, era el término del triste viaje. Se habían erigido tres cadalsos. Sobre uno estaba el púlpito episcopal y real, el trono del cardenal de Inglaterra entre los sitios de sus prelados. Sobre el otro deberían figurar los personajes del lúgubre drama, el predicador, los jueces y el bailío; por último, la condenada. Aparte se veía un gran cadalso de yeso, cargado y sobrecargado de madera; espantaba por su tamaño. No sólo era así para hacer más solemne la ejecución, estaba hecho así con el fin de que por estar la hoguera construida tan alto, no la alcanzara el verdugo más que por abajo, sólo para encenderla, sin poder abreviar el suplicio,¹³ ni matar luego a la paciente como hacían con los otros, dispensándoles las llamas. Aquí no se trataba de defraudar a la justicia, de darle al fuego un cuerpo muerto; se quería que realmente fuera quemada viva, que estando colocado en la cima de esa montaña de madera, dominando el círculo de las

¹³ “De quoy il estoit for marry et evoit grant compassion...” [Por lo que se sentía muy afligido y tenía mucha compasión.] Este detalle y la mayoría de los que van a seguir, están sacados de las deposiciones de los testigos oculares, Martin Ladvenu, Isambart, Toutmouillé, Manchon, Beaupère, Massieu, etc. Véase *Notices des mss.*, III, 489-508.

lanzas y las espadas, pudiera ser observada desde toda la plaza.

Así había lugar para ceer que quemada lentamente, durante, mucho tiempo, dejaría al final escapar alguna debilidad, diría algo que se pudiera tomar como una retractación, al menos palabras confusas que pudieran interpretarse, tal vez plegarias vulgares, humillantes gritos de gracia, como los de una mujer enloquecida.

Un cronista, amigo de los ingleses, en este punto los ridiculiza cruelmente. Si le creemos, querían que, ya que el vestido se iba a quemar primero, la paciente se quedara desnuda “para suprimir toda duda del pueblo” que por encontrarse alejado del fuego sólo podía verla así y “ver todos los secretos que pueden o deben estar en una mujer”. Pretendían además que después de esa impúdica y feroz exhibición, “el verdugo volviera a encender un fuerte fuego sobre su pobre carroña...”¹⁴

La espantosa ceremonia empezó con un sermón; Nicolás Midy, una de las lumbreras de la Universidad de París, predicó alrededor de este edificante texto: “Cuando un miembro de la Iglesia está enfermo, toda la Iglesia está enferma.” Esa pobre Iglesia sólo podía curarse cortándose un miembro. Concluyó su sermón con la fórmula siguiente: “Juana, ve en paz, la Iglesia ya no puede defenderte.”

Entonces, el Obispo de Beauvais, juez de la Iglesia, la exhortó benigneamente a ocuparse de su alma y a recordar todas sus fechorías para incitarse a la contribución. Los asesores habían considerado que según el

¹⁴ *Journal du Bourgeois*, ed. 1827, p. 424.

derecho debía releérsele su abjuración; no lo hizo el obispo. Temía desmentidos, reclamaciones. Pero la pobre muchacha para nada pensaba en disputar sobre su vida de esa manera; tenía verdaderamente otros pensamientos. Incluso, antes de que la hubiesen exhortado a la contrición, se había puesto de rodillas invocando a Dios, la Virgen, San Miguel y Santa Catalina, perdonando a todos y pidiendo perdón, y diciéndoles a los asistentes: "Rogad por mí..." Sobre todo a los sacerdotes les solicitaba que dijeran cada uno una misa por su alma... Todo ello de manera tan devota, tan humilde y tan conmovedora, que al ir creciendo la emoción, ya nadie pudo contenerse; el Obispo de Beauvais se puso a llorar, el de Boulogne sollozaba, y he allí que los ingleses mismos lloraban, y también Winchester, como los demás, tenía los ojos húmedos.¹⁵

¿Sería en ese momento de universal enternecimiento, de lágrimas, de contagiosa flaqueza, cuando la infeliz, debilitada, ahora una simple mujer, había confesado que se daba cuenta que se había equivocado, que aparentemente había sido engañada cuando le prometieron rescatarla? Al respecto no podemos creer mucho en el interesado testimonio de los ingleses.¹⁶ No obstante, se tendría que conocer bien poco la naturaleza humana para dudar, que engañada así en su esperanza, no haya vacilado en su fe...

¹⁵ "Episcopus Belvacensis flevit..." "Le cardinal d'Angleterre et plusieurs autres Anglois furent contraincts plourer." [El cardenal de Inglaterra y otros ingleses se vieron reducidos al llanto.] *Notices des mss.*, III, 480 [léase 489], 496.

¹⁶ El informe que mandaron a hacer sobre sus pretendidas retractaciones no está firmado por los testigos ante los que deberían haber tenido lugar, ni por los escribanos del proceso. Tres de esos testigos, interrogados más tarde, nada dicen de ello, y parecen no haber tenido conocimiento. (L'Averdy, *ibidem*, 130, 448.)

¿Dijo las palabras? Eso es algo incierto; yo afirmo que las pensó.

Entre tanto, los jueces, turbados por un momento, se habían recuperado y fortalecido; el Obispo de Beauvais, enjugándose las lágrimas, se puso a leer la condena. Le recordó a la culpable todos sus crímenes: cisma, idolatría, invocación de demonios, el hecho de que había sido admitida en penitencia y "seducida por el príncipe de la mentira, había recaído, ¡oh dolor!, como el perro que regresa a su vómito... Por lo tanto, nosotros consideramos que eres un miembro podrido, y como tal, excluido de la Iglesia. Te entregamos al brazo secular, rogándole no obstante que modere su juicio, evitándose la muerte y la mutilación de miembros".

De esta manera, desamparada por la Iglesia, se confió por entero a Dios. Pidió la cruz. Un inglés le pasó una cruz de madera, que hizo con un bastón; no por ello dejó de recibirla con gran devoción, besó esa ruda cruz y la colocó bajo sus vestidos y sobre su carne. Pero hubiera preferido la cruz de la Iglesia para tenerla delante de sus ojos hasta la muerte. El bondadoso ujier Massieu y el hermano Isambart tanto hicieron que lograron que se le llevara una de la parroquia San Salvador. Cuando besaba esa cruz, e Isambart la alentaba, los ingleses comenzaron a sentir que todo eso se alargaba ya mucho; cuando menos debía ser mediodía, los soldados refunfuñaban, los capitanes exclamaban: "¡Cómo!, sacerdotes, ¿nos vais a hacer cenar aquí?...". Entonces, perdiendo la paciencia y sin esperar la orden del bailío, quien no obstante era el único que tenía la autoridad para enviarle a la muerte, hicieron subir a dos sargentos

para sacarla de manos de los sacerdotes. Al pie del tribunal, fue tomada por los hombres de armas que la arrastraron hacia el verdugo, diciéndole a éste: "Cumple con tú oficio..." Ese furor de la soldadesca causó horror; algunos de los asistentes, incluso de los jueces, se escaparon para ya no ver más.

Cuando ella se encontró abajo en la plaza, entre esos ingleses que le ponían la mano encima, su naturaleza padeció y la turbación la hizo exclamar de nuevo: "¡Oh Ruán, serás pues mi última morada!..." Ya no dijo más, y *no pecó con sus labios* en ese momento de terror y ofuscamiento...

No acusó a su rey, ni a sus santas. Pero al llegar a lo alto de la hoguera, al ver esa gran ciudad, esa muchedumbre inmóvil y silenciosa, no pudo evitar volver a decir: "¡Ah, Ruán, Ruán, mucho me temo que vayas a sufrir por mi muerte!" La que había salvado al pueblo y que el pueblo abandonaba, al morir sólo expresó (¡admirable dulzura de alma!) compasión por él...

La ligaron bajo el infame escrito, le colocaron una mitra en la que se leía: "Hereje, relapsa, apóstata, idólatra..." Y entonces el verdugo encendió el fuego... Ella lo vio desde arriba y lanzó un grito... Después, como el hermano que la animaba no ponía atención a la llama, olvidándose de ella misma, sintió miedo por él, y le hizo descender.

Lo que ciertamente prueba que hasta entonces ella no había retractado nada expresamente, es que el desgraciado Cauchon se vio constreñido (sin duda por la alta voluntad satánica que presidía) a acercarse al pie de la hoguera, obligado a afrontar de cerca el rostro de su víctima, para tratar de arrancarle algu-

nas palabras... Las únicas que obtuvo eran desesperantes para él. Con dulzura repitió lo que ya le había dicho en una ocasión: "Obispo, muero por tu causa... Si me hubieras puesto en las prisiones de la Iglesia, esto no hubiera sucedido." Sin duda habían esperado que, al creerse abandonada por su rey, por fin lo acusaría y hablaría en su contra. Más incluso aún, lo defendió: "Que yo haya bien o mal hecho, nada tiene que ver mi rey; no es él quien me ha aconsejado."

Entre tanto la llama subía... En el momento en que la tocó, la desgraciada tuvo un estremecimiento y pidió *agua bendita*; *agua* era aparentemente el grito del terror. Pero restableciéndose de inmediato ya sólo nombró a Dios, a sus ángeles y a sus santas: "Sí, mis voces eran de Dios, mis voces no me han engañado..."¹⁷ Que toda incertidumbre haya cesado entre las flamas, debe hacernos creer que aceptó la muerte por la *redención* prometida, que no entendió más la *salvación* en el sentido judaico y material, como hasta entonces lo había hecho, que por fin vio claro, y que, al salir de las sombras, obtuvo lo que le faltaba aún de luz y de santidad.

Nos confirma sus grandes palabras, el testigo obligado y jurado de la muerte, el dominico que subió con ella a la hoguera, al que ella hizo bajar, pero que desde abajo le hablaba, la escuchaba y le sostenía la cruz.

También tenemos otro testigo de esa santa muerte, un testigo verdaderamente serio. Ese hombre, de quien la historia debería conservar el nombre, era el

¹⁷ "Quod voces quas habuerat, erant a Deo... nec credebat per easdem voces fuisse deceptam." *Notices des mss.*, III, 489.

monje agustino ya mencionado, el hermano Isambart de La Pierre. Durante el proceso había estado a punto de perecer por haber aconsejado a la Doncella, y no obstante; a pesar de estar tan bien designado al odio de los ingleses, quiso subir con ella en la carreta e hizo que llevaran la cruz de la parroquia, la socorrió entre esa multitud furiosa, sobre el cadalso y en la hoguera.

Veinte años después, los dos religiosos, sencillos monjes consagrados a la pobreza y sin tener nada que ganar ni temer en este mundo, declaran lo que se acaba de leer. “La escuchamos, añaden, invocar a sus santas, su arcángel, repetir en el fuego el nombre del Salvador... Finalmente, dejando caer su cabeza, exhaló un profundo grito: ¡Jesús!”

“Diez mil hombres lloraban...” Sólo algunos ingleses reían o trataban de reír. Uno de ellos, entre los más furiosos, había jurado poner un leño en la hoguera; expiraba en el momento en que lo puso; se sintió mal y a punto de desvanecerse, sus camaradas lo llevaron a una taberna para hacerle beber y volver en sí, pero no podía recuperarse. “He visto, decía fuera de sí, he visto con el último suspiro de su boca volar una paloma.” Otros habían leído en las llamas la palabra que repetía: “¡Jesús!” Por la noche el verdugo fue al encuentro del hermano Isambart; estaba completamente espantado, se confesó, pero no podía creer que Dios llegara a perdonarlo algún día... Un secretario del rey de Inglaterra, a su regreso, decía en voz alta: “¡Estamos perdidos, hemos quedado a una santa!”

Índice

Introducción	7
Infancia y vocación de Juana	13
Juana libera a Orleáns y hace consagrar al rey en Reims	39
Juana es traicionada y entregada	54
El proceso. Juana rehusa someterse a la Iglesia	80
La tentación	104
La muerte	120